

UN NIDO DE  
VÍBORAS  
ANDREA  
CAMILLERI



narrativa  
salamandra

Andrea Camilleri

UN NIDO  
DE VÍBORAS



salamandra

# Contenido

Portada

Contenido

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Nota

Créditos

# 1

De la virginidad de la intrincada selva en la que, sin comerlo ni beberlo, habían acabado Livia y él no cabía la más mínima duda, porque una decena de metros atrás habían visto un letrero de madera clavado en el tronco de un árbol en el que, con letras grabadas a fuego, estaba escrito: «SELVA VIRGEN.» Parecían Adán y Eva, puesto que estaban los dos completamente desnudos y se cubrían las llamadas vergüenzas

(las cuales, pensándolo bien, no tenían nada de vergonzoso) con las clásicas hojas de higuera, en este caso de plástico, que habían comprado en un tenderete de la entrada por un euro cada una. Como eran rígidas, molestaban un poco. Claro que lo que de verdad molestaba era andar descalzos.

Cuanto más avanzaba, más se convencía Montalbano de que yaeza de león divisada entre los árboles, que no eran árboles sino helechos gigantes, le ofreció la explicación.

—Livia, ¿tú sabes dónde estamos?

—Claro que lo sé, en una selva virgen. ¿No has visto el letrero?

—Pero ¡es que se trata de una selva

pintada!

—¿Cómo que pintada?

—¡Estamos dentro de *El sueño de Yadwigha*, el célebre cuadro del Aduanero Rousseau!

—¿Tú estás mal de la cabeza?

—Ya verás como tengo razón, dentro de poco vamos a tropezarnos con Yadwigha.

—¿Y tú de qué conoces a esa señora?

—preguntó Livia, con la mosca detrás de la oreja.

En efecto, al poco rato se tropezaron con Yadwigha, la cual, al verlos, se quedó tan tranquila en el diván, tumbada cuan larga era, aunque se llevó el dedo índice a los labios para pedirles que



guardaran silencio, y dijo:

—Está a punto de empezar.

En una rama se posó un pájaro, quizá un ruiseñor. Tras hacer una especie de reverencia a los visitantes, atacó *Il cielo in una stanza*.

El ruiseñor cantaba estupendamente, a las mil maravillas, haciendo modulaciones casi imposibles incluso para Mina, y estaba claro que improvisaba, pero con una fantasía de auténtico artista.

Entonces se oyó un golpe seco, luego otro y después un tercero más violento que los demás, y Montalbano se despertó.

Entre juramentos, comprendió que

había estallado un fuerte temporal. Uno de esos que señalan la muerte del verano.

Pero ¿cómo era posible que en mitad de todo aquel estruendo siguiera oyendo, una vez despierto, al pájaro que cantaba *Il cielo in una stanza*? No podía ser.

Se levantó y miró la hora: eran las seis y media de la mañana. Se dirigió al porche, los silbidos procedían de allí. Y no se trataba de un pájaro, sino de un hombre que sabía silbar como un pájaro. Abrió la cristalera.

En el porche, tumbado en el suelo, había un individuo de unos cincuenta años mal vestido, con una chaqueta harapienta, una barba larga que le daba

un aire a Moisés y una mata enmarañada de pelo color ceniza. A su lado, una bolsa. Era un vagabundo, estaba claro.

En cuanto vio a Montalbano, se incorporó y preguntó:

—¿Lo he despertado? Lo lamento mucho. Me he metido aquí para guarecerme de la lluvia. Si le molesto, me voy.

—No, hombre, quédese —contestó Montalbano.

La forma de hablar de aquel hombre lo había sorprendido. Aparte de que se expresaba en un italiano perfecto, lo que lo había impresionado era su tono de voz educado.

Como le parecía mal cerrarle la

cristalera en las narices, la dejó medio abierta y fue a hacer café.

Se había bebido el primer tazón cuando le entró una especie de remordimiento. Sirvió otro y se lo llevó a aquel hombre.

—¿Para mí? —preguntó él, desconcertado, levantándose.

—Sí.

—¡Gracias, gracias!

Mientras se deleitaba debajo de la ducha, se le ocurrió que aquel pobre individuo debía de llevar una eternidad sin lavarse. En cuanto acabó, volvió al porche. Llovía a mares.

—¿Quiere darse una ducha?

El vagabundo lo miró atónito.

—¿Lo dice en serio?

—En serio.

—No sueño con otra cosa, ¿sabe? Ni se imagina cuánta gratitud me merece.

No, aquel tipo hablaba demasiado bien para ser lo que aparentaba. Se agachó a recoger la bolsa y siguió al comisario. Si era una persona instruida, educada, ¿cómo había acabado así?

Cuando salió del baño, el hombre se había cambiado de camisa, aunque también ésa tenía los puños y el cuello roídos, como la anterior. Sonrió a Montalbano.

—Me siento rejuvenecido —confesó, y luego, haciendo un ademán de

reverencia, añadió—: Encantado. Me llamo Savastano.

—Un placer. Montalbano —respondió el comisario, tendiéndole la mano.

El otro, antes de estrechársela, hizo un gesto instintivo: se pasó la palma por la pernera del pantalón, para limpiársela. Volvió a sonreír; le faltaba un incisivo.

—Lo conozco, ¿sabe? Una noche, en un bar, lo vi por la televisión.

—Mire —lo interrumpió Montalbano —, tengo que irme a comisaría.

El otro lo entendió al vuelo. Se agachó para coger la bolsa y salió al porche.

—¿Le molesta, comisario, si me quedo aquí hasta que escampe? Mi, digamos, residencia... queda a dos pasos, pero con esta lluvia... Usted cierre, por supuesto.

—Oiga, si quiere puedo llevarlo en coche.

—Gracias, pero le sería bastante difícil.

—¿Y eso?

—Vivo en una gruta en mitad de la costa, en la colina de marga que queda justo detrás de su casa.

Desde luego, estar en una gruta era mejor que dormir cubierto de cartones bajo las columnas del ayuntamiento.

—Entonces, quédese todo el tiempo

que quiera. Hasta otra.

Sacó la cartera del bolsillo, cogió un billete de veinte euros y se lo tendió.

—No, gracias, ya ha hecho demasiado por mí —lo rechazó el otro, decidido.

Montalbano no insistió.

Al cerrar la cristalera, oyó que se había puesto a silbar otra vez.

La verdad era que se le daba muy bien. Casi tanto como al ruiñeñor del sueño.

En cuanto pisó la comisaría, Catarella colgó el teléfono y exclamó:

—¡Ah, *dottori*, *dottori*!  
¡*Pricisamente* estaba a punto de llamarlo a usted de usía a su propia



casa!

—¿Qué ha pasado?

—¡Pues un *micidio*! ¡Fazio se ha marchado *in situ* ahora mismo! ¡Quería que fuera también usted de usía *in situ* consigo de él *in situ*! ¡Por ese motivo, y no por otro, estaba a puntito de llamarlo a su propia casa a primera hora de la mañana!

—Muy bien, ¿dónde ha sido?

—Me lo ha escrito en un papelito. Aquí está. Chalet Pariella, en el término de Tosacane.

—¿Y dónde está ese chalet Pariella?

—En el término de Tosacane, *dottori*.

—Sí, pero el término ¿dónde está?

—Ah, ni idea.

—A ver, me llamas a Fazio y me lo pasas.

Siguiendo las instrucciones del inspector jefe, llegó al chalet Mariella (que Catarella acertara un nombre ya lo daba por imposible). Le costó unos tres cuartos de hora porque había mucho tráfico y la lluvia, que continuaba cayendo en abundancia, obligaba a todo el mundo a ir más despacio.

El chalet, de dos plantas, estaba situado en primera línea de mar. La verja estaba abierta y Montalbano vio el coche patrulla en un garaje porticado, al lado de otros dos vehículos. Como no quería calarse hasta los huesos, porque

seguía lloviendo a cántaros, entró también él con su coche y lo aparcó junto a los demás.

Estaba bajando cuando Fazio se asomó por la puerta.

—Buenos días, jefe.

—¿A ti te lo parecen?

—No, no. Es una forma de hablar.

—¿Qué ha pasado?

—Han matado al propietario del chalet, el perito mercantil Cosimo Barletta.

—¿Y a quién tenemos ahí dentro?

—A Gallo, al muerto y a su hijo, Arturo, que ha sido quien ha encontrado a su padre asesinado.

—¿Has avisado a todo el mundo?

—Sí, jefe. Hace cinco minutos.

Entró en la casa, seguido de Fazio.

En la primera estancia, bastante grande y utilizada claramente como comedor, estaban Gallo y un hombre de unos cuarenta años, un gafotas flaco y corriente (es decir, propietario de una de esas caras que se olvidan un segundo después de verlas), bien vestido, arreglado, que estaba fumándose un pitillo y que no parecía preocupado en absoluto por lo que le había sucedido a su padre.

—Soy Arturo Barletta.

—Perdone, ¿Mariella quién es?

El otro lo miró sorprendido.

—No sé... No sabría decirle...

—Disculpe, se lo he preguntado porque como el chalet se llama así...

Arturo Barletta se dio con la mano en la frente.

—¿Sabe? En momentos así uno no... Mariella era el nombre de mi pobre madre.

—¿Está muerta?

—Sí. Falleció hace cinco años. Un accidente.

—¿Qué tipo de accidente?

—Se ahogó en el mar. Debió de encontrarse mal mientras nadaba. Fue justo aquí delante.

Montalbano miró a Fazio.

—¿Dónde está?

—En la cocina. Acompañeme.

En la sala de estar había una escalera que llevaba al primer piso, así como una puerta a mano izquierda que daba a la cocina y otra a mano derecha que daba al baño.

La cocina era espaciosa y, por lo general, los habitantes del chalet debían de comer allí.

Estaba en perfecto orden, con la excepción de una taza volcada encima de la mesa, de la que se había derramado algo de café que manchaba el mantel.

Al difunto perito mercantil Cosimo Barletta lo habían matado mientras estaba sentado de través bebiéndose un café que el asesino no le había dejado

terminar.

Un único disparo en la nuca, descerrajado a medio centímetro de distancia.

Casi una ejecución.

El impacto lo había hecho caer de la silla y el cadáver había quedado tirado en el suelo, de costado, con los pies debajo de la mesa. Para verle la cara, el comisario tuvo que tumbarse boca abajo; en cualquier caso, había poco que ver, porque la bala, que había entrado por detrás, había salido justo por encima de la nariz y se había llevado por delante un ojo y parte de la frente. Sin duda alguna, el asesino, a menos que hubiera sido un enano, había orientado

el cañón un poco hacia arriba, porque en caso contrario la trayectoria habría sido distinta.

Aun así, en el suelo no había mucha sangre.

El comisario volvió al comedor. Arturo fumaba sin parar.

—Siéntese, por favor. Me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Estoy a su disposición.

—Me han dicho que ha encontrado usted a su padre asesinado.

—Sí.

—Cuénteme cómo ha sido.

—Yo vivo en Montelusa y...

—¿A qué se dedica?

—Trabajo de contable en una gran



constructora, Primavera Siciliana. ¿La conoce?

—No. ¿Está casado?

—Sí.

—¿Tiene hijos?

—No.

—Continúe.

—Mi padre y yo hablábamos por teléfono todos los días. Anoche me llamó para avisarme de que vendría a dormir aquí, porque esta mañana quería poner orden en el chalet.

—¿En qué sentido?

—Bueno, ha terminado el verano, así que...

—¿En invierno no venía nunca?

—¡Claro que sí! Todos los sábados.

Pero como últimamente había venido mi hermana con sus dos hijos, quizá lo habían desordenado un poco y mi padre, en cambio, era...

—¿Cómo se llama su hermana?

—Giovanna. Está casada con un representante de comercio y también vive en Montelusa.

—Continúe.

—Bueno, pues papá me llamó anoche y...

—¿A qué hora?

—Poco después de las nueve. Ya había cenado en su casa de Vigàta y...

—¿Había vuelto a casarse?

—No.

—¿Vivía solo?

—Sí.

—¿Cuántos años tenía?

—Sesenta y tres.

—Siga.

—¿Qué le estaba diciendo? Oiga, perdone, pero es que me interrumpe continuamente y entonces no puedo...

—Me estaba diciendo que su padre lo llamó después de las nueve.

—Ah, sí. Me dijo que iba a dormir aquí. Entonces yo le respondí que por la mañana vendría a ayudarlo.

—¿Con su mujer?

Arturo Barletta pareció un tanto cohibido.

—Mi padre con mi mujer no...

—Entendido. ¿Y entonces?

—Esta mañana he llegado a las ocho y...

—¿En coche?

—Sí. Es ese de color verde. El granate es el de mi padre. La puerta estaba cerrada. He abierto con mi llave y...

—¿Su hermana también tiene llave?

—Sí, creo que sí.

—Y, al entrar, ¿no ha notado nada raro?

—No... Bueno, disculpe, sí.

—¿El qué?

—Que los postigos estaban cerrados y la luz, encendida. Pero he dado por hecho que mi padre estaría aún dormido y que se habría olvidado de apagarla.

He subido al primer piso y la cama estaba deshecha, pero no había ni rastro de él. Entonces he bajado, he entrado en la cocina y lo he visto.

—¿Qué ha hecho?

—No entiendo.

—¿Qué ha hecho? ¿Se ha puesto a gritar? ¿Ha corrido hasta su padre para ver si aún estaba vivo? ¿Alguna otra cosa?

—No recuerdo si he gritado, pero estoy seguro de no haberlo tocado.

—¿Por qué? A mí me parece una reacción instintiva.

—Sí, pero, mire, me ha bastado agacharme y verlo para... Ya no tenía cara, y al instante me he dado cuenta de

que ya no...

—Dígame qué ha hecho.

—He salido corriendo de la cocina.

No soportaba la... He venido aquí y los he llamado a ustedes.

—¿Con ese teléfono? —preguntó Montalbano, señalando el aparato que estaba encima de una mesita auxiliar.

—Sí.

—Me ha dicho que nada más entrar se ha fijado en que la luz estaba encendida. ¿Recuerda si la de la cocina también lo estaba?

—Me parece que sí.

—Tenía que estarlo por fuerza, puesto que los postigos aún siguen cerrados.

—Estaría encendida.

—¿Vamos arriba? —preguntó Montalbano a Fazio.

Subieron. En el piso superior había dos habitaciones de matrimonio, otra individual con literas y un baño. En la primera habitación de matrimonio, la cama estaba deshecha, como había dicho Arturo.

Sin embargo, se había olvidado de añadir que era evidente que en aquella cama habían dormido dos personas.

Los otros dos dormitorios estaban ordenados, pero en el baño las dos toallas grandes de rizo estaban todavía húmedas. Se habían duchado dos personas.

Bajaron otra vez al comedor.

—¿Su padre tenía una amante?

—No, que yo sepa.

—Pues resulta que esta noche alguien ha dormido con él. ¿No ha visto la cama?

—Sí, pero no le he dado importancia.

—Oiga, no se ofenda, pero la persona que ha dormido con él no tiene por qué haber sido necesariamente una mujer.

Arturo Barletta hizo un amago de sonrisa.

—A mi padre sólo le gustaban las mujeres.

—Pero ¡si acaba de decirme que no tenía ninguna amante!

—Porque he entendido que se refería a alguien fijo. Mi padre era... Vamos,



que no dejaba pasar una, si podía. Y le gustaban jovencitas. Mi hermana se ha peleado con él muchas veces por ese motivo.

—¿A qué se dedicaba su padre?

Arturo Barletta titubeó ligeramente.

—A muchas cosas.

—Dígame alguna.

—Bueno... Tenía un almacén de madera al por mayor... Participaba en la propiedad de un supermercado... Poseía una decena de pisos alquilados tanto en Vigàta como en Montelusa...

—Vamos, que era rico.

—Tenía una buena posición, diría yo.

—¿Le importaría echar un vistazo y decirme si falta algo?

—Ya lo he hecho mientras los esperaba. No me parece que falte nada.

—¿Tenía enemigos?

—Pues... no lo descartaría.

—¿Por qué?

—Mi padre tenía un carácter difícil. Y, cuando se trataba de hacer un negocio, no había quien le parase los pies.

—Entendido —contestó el comisario. Hizo una pausa y luego se dirigió a Fazio—: ¿Hay indicios de que hayan forzado la puerta o las ventanas?

—Ninguno, *dottore*.

—O sea, que habrá abierto mi padre —intervino Arturo.

Montalbano lo miró, pensativo.

—¿Usted cree? También puede haber abierto la persona que ha dormido con él. Y tampoco hay que descartar la posibilidad de que el asesino tuviera llave.

El otro no replicó.

—Dele su dirección y la de su hermana a Fazio —pidió el comisario, y luego se volvió hacia el inspector jefe —: Yo vuelvo a comisaría. Quédate tú a esperar al fiscal y a los demás. Nos vemos luego. Adiós.

Llovía con más intensidad que antes.

## 2

—Mándame al *dottor* Augello —pidió el comisario al pasar delante de Catarella, que estaba en el cubículo que hacía las veces de recepción y centralita.

El telefonista se levantó de un brinco y se cuadró para contestar:

—No se encuentra *in situ*, *dottori*.

—Pero ¿ha hecho acto de presencia esta mañana?

—Ha hecho acto y lo ha deshecho

enseguida, *dottori*, parecía un relámpago relampagueante y fulminante, en tanto en cuanto nada más llegar ha vuelto a irse. Más remedio no ha tenido.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que han *tilifoniado* aquí a la *cintralita* de la comisaría con el objetivo de pedir ayuda urgentísimamente con mucha urgencia, en tanto en cuanto estaba produciéndose una violación a una cecina.

—¿Estaban violando a una cecina?

—Eso mismo, *dottori*.

¿Cómo era posible eso?

—¿Tienes la grabación de la llamada?

—Naturalísimamente, *dottori*.

—Pues pónmela.

Catarella toqueteó las teclas y poco después se oyó la voz exaltada de una mujer mayor que llamaba porque estaba asistiendo a la violación de una vecina.

Eso tranquilizó en cierta medida al comisario, a pesar de que siempre le entraban ganas de matar a los violadores cuando los tenía a tiro.

Si se hubiera tratado en efecto de una violación a una vecina, eso habría significado que la humanidad estaba acelerando peligrosamente el viaje — emprendido con maestría ya tiempo atrás— hacia la locura más absoluta.

Entró en su despacho y se sentó, desanimado, delante del enorme montón

de papeles que esperaba su firma encima de la mesa.

Se le ocurrió que, sin duda, la burocracia tan extendida por todo el mundo estaba contribuyendo a su fin: ¿cuántos miles de miles de bosques se habían talado, a lo largo de los años, con el único fin de fabricar el papel necesario para llevar a cabo esas prácticas burocráticas tan inútiles?

Encima, no contestar de inmediato a una carta de la Administración era aún peor, porque indefectiblemente mandarían otra de reclamación por el trámite que había quedado detenido. ¡Detenido! En cambio, si contestaba... ¿considerarían que el trámite se había

evadido?

El mismo verbo que se utilizaba cuando alguien huía de la cárcel. En realidad, la burocracia podía compararse con un universo carcelario, una especie de inmenso campo de concentración. ¡Por eso un auténtico revolucionario como el Che Guevara le tenía tanta tirria!

Resignado, agarró el bolígrafo y la carpeta que estaba en lo alto del montón.

Hacia las doce, cuando ya se le había dormido el brazo de tanto firmar, le pidió a Catarella que llamara a Fazio al móvil.

—¿Dónde estás?



Antes de contestar, Fazio soltó un largo suspiro.

—Sigo aquí, en el chalet, jefe.

—¿Por qué está tardando tanto la cosa?

—Oiga, *dottore*?

—¡Sí, sí! ¿Qué pasa? ¿No me oyes bien?

—Espere un momento, que salgo. Aquí dentro no hay buena cobertura.

Era una excusa. Sin duda, no quería que lo oyeran las personas que tenía delante.

—Oiga, ¿jefe?

—Sí, dime.

—El fiscal Tommaseo ha llegado hace cinco minutos. Ha estampado el

coche contra un surtidor de gasolina.

Y, como resulta que se ha roto las gafas, después del surtidor le ha dado también a un camión con remolque que había allí aparcado.

Era bien sabido que Tommaseo, al volante, constituía un auténtico peligro público. Ni yendo a diez kilómetros por hora estaba garantizado que no fuera a darse un trompazo.

—¡Ni le digo las blasfemias y los insultos que ha soltado el *dottor* Pasquano, que ha tenido que esperarlo para poder levantar el cadáver!

—Oye, ¿Arturo Barletta te ha dado esos datos?

—Sí, señor.

—Llama a su hermana. Recuérdame el nombre...

—Giovanna.

—Dile que venga a comisaría hoy después de comer, a las cuatro.

Apenas había colgado cuando entró Mimì Augello, el subcomisario.

—¿Qué es esa historia de la violación?

—Una señora, una tal Assuntina Naccarato, ha visto desde su ventana que un individuo estaba tratando de forzar a una jovencita que lloraba desesperada en un dormitorio de la casa de enfrente y nos ha llamado.

—Por supuesto, has llegado tarde.

—Tardísimo. El tipo la había violado

tranquilamente y ya se había largado. La chica, sin dejar de llorar, me ha dicho que no había podido reconocerlo porque era un negro al que no había visto en la vida y que se había colado en su casa aprovechando que la puerta se había quedado abierta.

—¿Has interrogado a la vecina?

—¿A la Naccarato? Claro.

—¿Y lo ha confirmado?

—¡Qué va! La señora Assuntina asegura que el violador no era en absoluto negro, sino blanco, y que además lo ha reconocido perfectísimamente.

—Explícate mejor.

—Según la señora Assuntina, se

trataría... a ver cómo te lo digo, de una violación periódica.

—¿Cómo que periódica? —preguntó Montalbano, estupefacto.

—Ahora te lo cuento todo. Desde hace unos tres meses, el tío de la chica, el hermano de su padre, se presenta en esa casa todas las semanas cuando no hay nadie y se aprovecha de ella. Te advierto de que la pobre es medio tonta. Esta vez, sin embargo, se ha puesto hecha un basilisco y la señora Assuntina se ha sentido obligada a avisarnos.

—¿Y las veces anteriores por qué no nos llamó?

—Dice que no quería entrometerse, pero que en esta ocasión la chica se ha

puesto como loca y entonces...

—Se ve que la moralidad de la señora Naccarato funciona según los decibelios. Aun así, parece raro, ¿no?

—¿El qué?

—Que el violador no fuera un inmigrante.

—¡¿Qué dices, hombre?!

—Si no lo digo yo. Precisamente ayer oía al director de un informativo de la tele afirmar que los italianos se equivocan al matar a golpes a un congoleño o al mandar al hospital a un chino, pero que, de todos modos, hay que tener en cuenta que todas, y con la voz subrayó ese «todas», las violaciones a mujeres italianas son cosa de

inmigrantes. ¿Qué te parece?

—Vamos, que en el informe tendré que poner que Antonio Sferlazza, que es como se llama el tío, es de origen magrebí lejano —contestó Augello.

—¿Lo has detenido?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Aquí, en el calabozo. Estoy esperando a que vengan a recogerlo de la cárcel de Montelusa. ¿Te lo traigo?

—Ni se te ocurra. Me entrarían ganas de saltarle los dientes a patadas.

Se fue a la *trattoria* de Enzo. Teniendo en cuenta que sin duda iba a seguir lloviendo hasta la noche y que, en

consecuencia, no podría dar el habitual paseíto digestomeditativo por el muelle hasta el pie del faro, decidió comer poco.

—¿Qué le pongo?

—Enzo, quiero una cosa ligerita.

Nada de primer plato. Tráeme...

—¡Qué lástima!

—¿Por qué?

—Porque mi señora ha preparado espaguetis con mejillones y almejas, y ha tenido la gran idea de echarles una pizca de guindilla u otro condimento que no me ha querido decir. ¿Me cree usted?

¡Un milagro!

—Tráemelos —replicó el comisario sin vacilar.



Al final, comió más de lo habitual.

Sin embargo, cuando salió de la *trattoria* se sintió mejor preparado para afrontar el resto de aquella jornada gris y lluviosa.

En la comisaría se encontró a Fazio.

—¿Ya has ido a comer?

—Sí, jefe.

—Pues entonces, siéntate. ¿Qué ha dicho Pasquano?

—Ya sabe de qué pie cojea el *dottore*, ¿no? Esta vez, por culpa del retraso del fiscal, el humor de perros de siempre ha ido a más.

—Ya me imagino.

—Ha sido absolutamente imposible

dirigirle la palabra. Si llego a atreverme, a lo peor me habría mordido como un perro rabioso.

—Ya lo llamo yo mañana, o voy a verlo. Esperemos que esta noche, en el Círculo, gane al póquer, que entonces se vuelve más tratable. Ahora cuéntame qué más ha pasado, aparte de la mala leche de Pasquano.

—*Dottore*, en el lado de la cama ocupado por Barletta, la Científica ha encontrado tres pelos de mujer, largos y rubios naturales.

—¿No tendrían que haber estado en la almohada del otro lado, en vez de en la de Barletta?

Fazio se puso colorado.

—Es que, por lo visto, jefe, la mujer se había movido porque... había colocado la cabeza encima de la barriga de Barletta, y él, probablemente, al tirarle con fuerza del pelo, le ha arrancado unos cuantos... ¿Me explico?

—A la perfección.

—Luego el *dottor* Pasquano le ha dicho a Arquà que quería que examinasen el café volcado en el mantel y el poso que se había quedado en la taza, empastado con el azúcar.

Montalbano se sorprendió.

—¿Y ha explicado por qué?

—Pues no.

—Pero si a Barletta se lo han cargado de un disparo en la nuca, ¿qué tiene que

ver el café?

—Ni idea.

—Mira, quiero que estés aquí conmigo cuando llegue la hija de Barletta, pero luego, en cuanto acabemos, te pones manos a la obra. Quiero saberlo todo sobre el muerto y su hijo.

—A la orden.

—Y quiero que trates de enterarte de quién era la rubia que se acostó con él.

—Eso será algo más difícil.

—Tú inténtalo de todos modos.

Giovanna Barletta de Pusateri era un bellezón de treinta y cinco años que, sin tener la más mínima necesidad, se

esforzaba por aparentar alguno menos. Quizá le habría gustado que el tiempo se hubiese detenido una década antes. Era rubia, alta, de ojos con reflejos verdosos y piernas largas, e iba muy elegante con sus vaqueros de marca. Montalbano, que no se la esperaba así, se quedó mirándola desconcertado durante unos segundos. Fazio también estaba claramente asombrado.

A diferencia de su hermano, era evidente que la muerte de su padre la había afectado. Tenía los ojos llorosos y le temblaban las manos. Pero se controlaba.

En cuanto se sentó, el comisario le preguntó:

—¿Por qué no ha venido su marido?

Giovanna pareció sorprenderse.

—No me han dicho que tuviera que acompañarme. Además...

Montalbano miró con gesto interrogativo a Fazio, que se encogió de hombros.

—*Dottore*, no me ha pedido que...

—Da igual, da igual, ya lo veré mañana por la mañana.

Giovanna negó con la cabeza.

—Eso es lo que quería decirle. Carlo no está en Montelusa. Tenía un viaje de trabajo. Se ha marchado y volverá pasado mañana.

—¿Tienen hijos?

—Dos. Uno de trece años y otro de

once.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su padre?

—Hace una semana. Bajaba a Vigàta una vez por semana, por lo general cuando sabía que Carlo iba a estar fuera.

—Esos días, sin su marido, ¿tenía más tiempo para usted?

—No era sólo por eso, comisario. Carlo y mi padre no... No se entendían, vamos.

—¿Puede decirme por qué?

—Me casé con Carlo en contra de la voluntad de papá. En fin, se lo cuento todo yo misma antes de que se entere por otros. A los veinte años me fui de casa para vivir con Carlo. Papá se

mostró inflexible, decía que era un tarambana y que no me había dejado otra opción. Nos casamos al cabo de dos años, pero mi padre no vino a la boda. Al final, acabó perdonándome y recuperamos el contacto. A veces me quedaba a dormir en su casa.

—¿Y los niños?

—Tienen una tata.

¿Una tata? ¿Y aquella ropa de marca? ¿Cuánto podía ganar un representante de comercio? Las preguntas pasaban a toda velocidad por la cabeza de Montalbano.

—Disculpe, ¿quién le ha comunicado la noticia?

—¿De la muerte de papá? Arturo, naturalmente.



—¿Cuándo?

—Esta mañana, no recuerdo muy bien a qué hora. Debían de ser las siete y media.

—¿Está segura?

—Bueno, minuto arriba, minuto abajo. Gianni y Cosimo, mis hijos, habían acabado de desayunar hacía un momento.

—Entendido. ¿Sabe si su padre tenía enemigos?

—Pues claro que sí.

—Deme algún nombre.

Ella forzó una sonrisa. Sin duda alguna, era una mujer muy guapa, con una boca muy tentadora.

—Creo que la lista sería larga. Papá

no... no tenía buen carácter y, además, en los negocios más bien no tendía a la sutileza.

Casi las mismas palabras de Arturo.

—Y la relación con su hermano ¿cómo era?

—Al principio, perfecta. Luego, hace tres años, tuvieron algunas desavenencias.

—¿Sabe por qué motivo?

—Claro. Por el testamento.

—Explíquese.

—Un domingo, era verano, papá nos invitó a Arturo y a mí a comer en el chalet. No quiso que llevara a los niños. Durante los postres nos comunicó que tenía intención de hacer testamento. Y

nos adelantó que el porcentaje principal de la herencia sería para mí. Arturo reaccionó mal, le pidió explicaciones. Y papá le contestó que había tomado esa decisión porque yo tenía dos hijos y él, ninguno. Arturo se levantó de la mesa y se marchó. Luego hicieron las paces, pero la relación ya no volvió a ser la de antes.

—Y, que usted sepa, ¿hizo testamento o no?

—La verdad es que no lo sé.

—¿Tenía notario?

—Sí, un gran amigo suyo. El notario Piscopo, de Montelusa.

—Tengo que abordar un asunto delicado. ¿Su padre tenía una amante?

—No.

—Después de la trágica muerte de su mujer, según usted, ¿no volvió a tener más...?

La sonrisa de Giovanna fue aún más forzada que antes.

—No estoy diciendo eso. Papá era un hombre vigoroso, vital. No tenía amante fija, vamos. Pero se veía con algunas chicas, ¡eso desde luego!

Una vez más, las declaraciones de los hermanos coincidían.

—¿Chicas?

—Sí, le gustaban jovencitas.

—¿Cómo de jovencitas?

—No se equivoque. No era un pederasta. Le gustaban las veinteañeras.

—¿Le dio algún nombre?

—Anna, Giuliana, Vittoria...

—Perdone, pero ¿por qué iban unas chicas tan jóvenes con un señor mucho mayor que ellas?

—Indudablemente, papá tenía el atractivo del hombre maduro. Se esforzaba por estar en forma, vestía bien. Y además...

—Dígame.

—Era muy generoso con ellas. Arturo discutía mucho con él precisamente por...

Se interrumpió de golpe.

—Continúe.

—No me gustaría dar lugar a equívocos...

—No voy a equivocarme.

—Se trataba de discusiones familiares de lo más normales, no es que montaran ningún numerito. Arturo le reprochaba que despilfarrara su dinero con esas jovencitas.

—¿Y su padre qué decía?

—Le contestaba que no se preocupara, que a su muerte no se encontraría la caja fuerte vacía. Sin embargo, Arturo se temía otra cosa y me quería como aliada, pero yo nunca me he inmiscuido.

—¿Cuál era el temor de su hermano?

—Que papá perdiera la cabeza por una de esas chicas.

—¿Y qué?

—Me explico mejor: le daba miedo que se enamorase y cambiase el testamento. Me decía que, si eso ocurría, yo también perdería la herencia.

—Entendido. Tengo que decirle que su padre no ha pasado la última noche solo en el chalet.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y con quién estaba?

—Con una rubia.

—¿Y eso cómo lo saben?

—La Científica ha encontrado pelos rubios de mujer en la cama.

—¿No podían estar allí de antes?

—Explíquese mejor.

—Papá no tenía mujer de la limpieza

para el chalet. Bueno, sí, pero sólo iba en invierno, de vez en cuando. Se ocupaba de todo él mismo y se hacía la cama, aunque a menudo se limitaba a echar la sábana por encima. O sea, que esos pelos no tienen que ser necesariamente de la última noche, de ayer.

El razonamiento no iba desencaminado.

—Además, ¿por qué tiene que ser eso tan importante? —continuó la hija del muerto—. Como acabo de decirles, papá...

—Es importante. Como no hay indicios de que hayan forzado la puerta, es posible que esa mujer se la abriera al



asesino.

Giovanna puso los ojos como platos.

—¿Usted cree?

—Es una posibilidad.

—¡Dios mío, qué cosa tan horrible!

—¿Sabe con quién se veía su padre actualmente?

—No quisiera equivocarme, pero hace poco menos de dos meses, estando en su casa, sonó el teléfono y lo cogí yo. Me habló una voz juvenil. Dijo que se llamaba Stella y que quería hablar con papá.

—¿Oyó algo?

—No pude evitarlo. Él le dijo que aquella noche la esperaría donde siempre, a la hora de siempre. Y colgó.

—¿No sabe nada más de esa Stella?

—Sí. En broma, le pregunté a papá quién era ese nuevo ligue. Y me contestó que una estudiante de Medicina que vivía con sus padres aquí, en Vigàta. Más no sé decirle.

Montalbano se levantó y Fazio lo imitó.

—Gracias, nos ha sido de mucha utilidad. Si vuelvo a necesitarla, la llamaré. Fazio, acompaña a la señora.

Por detrás tampoco estaba nada mal, la verdad. Nada mal.

—¿Sabes qué es lo primero que tienes que hacer? —preguntó el comisario a Fazio en cuanto volvió.

—Sí, jefe.

—Dímelo.

—Enterarme del apellido de una tal Stella que estudia Medicina.

### 3

Había dejado de llover, pero en la calle había una humedad que le calaba a uno hasta los huesos.

No era cuestión de cenar en el porche, pero se quedó allí un rato, mirando el mar. En la lejanía relucía algún que otro candelero, ya que los peces ahora permanecían mar adentro, lejos de la costa, asquerosa y contaminada. A continuación, entró y puso la mesa en la cocina.

Adelina, la asistente, le había dejado en la nevera un plato generoso de ensalada de marisco que habría bastado y sobrado para tres personas. Se lo zampó entero, aplicándose a conciencia, y, como se quedó con hambre, se preparó una buena ración de tostadas con aceitunas negras que se comió de pie, apoyado en el marco de la cristalera. Después de una jornada de trabajo, siempre necesitaba limpiarse los pulmones y la mente respirando aire de mar.

Luego, tras dejar la cristalera entornada, se sentó en el sofá y encendió el televisor. Fue pasando de un canal a otro hasta toparse con una película que

ya había visto, pero que le había gustado mucho, *Teniente corrupto*. Volvió a verla y luego pasó a las noticias de Televigàta.

Naturalmente, lo más destacado era el homicidio del perito mercantil Cosimo Barletta. A lo largo del informativo no dijeron nada que el comisario no supiera ya.

La única novedad fue la entrevista, ya al final, a Arturo Barletta, que no hizo más que repetir lo que ya le había contado a él. Sin embargo, en un momento dado, cuando el periodista le preguntó si tenía alguna idea sobre el posible autor del crimen, contestó lo siguiente:

«Oficialmente, existían cuatro juegos de llaves del chalet. Uno está en mi poder, el segundo lo tiene mi hermana, el tercero lo han encontrado en el bolsillo de mi padre y el cuarto, el de reserva, no se ha movido de la casa de Vigàta. Lo he comprobado yo mismo. Así pues, y dado que el asesino ha entrado sin forzar la puerta, sólo hay dos posibilidades: o ha utilizado uno de los cuatro juegos de llaves o le ha abierto mi padre.»

En ese momento, el entrevistador puso cara de sorpresa y dijo:

«Perdone, pero de sus palabras se deduce que, si excluimos la hipótesis de que la puerta la haya abierto su padre,

los sospechosos son a la fuerza su hermana y usted. ¿Se da cuenta?»

Arturo lo miró con una sonrisa.

«Por supuesto que me doy cuenta, pero las cosas son así. De todos modos, no descarto que existan algunas copias de las llaves, encargadas por mi padre para dárselas a alguien que no fuera de la familia.»

El periodista:

«¿Y por qué habría hecho esas copias?»

Y Arturo, encogiéndose de hombros:

«No sabría decirle.»

El comisario dio vueltas por la casa durante media hora, a la espera de la llamada de Livia, que llegó cuando



quedaba poco para las doce.

Tenía la voz alegre.

—Escucha, Salvo. Por un golpe de suerte completamente inesperado, tengo la oportunidad de ir a pasar unos días contigo. Podría llegar pasado mañana. ¿Qué te parece?

—Te espero con los brazos abiertos, pero en este momento no sé decirte si tendré tiempo de ir a buscarte a Punta Raisi.

—¿Tienes mucho trabajo?

—Esta mañana han descubierto un asesinato.

—¿Una mujer?

—No, un hombre. ¿Por qué has pensado que la víctima podía ser una

mujer?

—Porque en Italia está de moda matar a las mujeres. ¿Lo sabías?

—No. En fin, creo que durante los próximos días voy a estar muy liado.

—No me importa, me basta con que por las noches vuelvas a casa.

—Eso te lo garantizo. ¿Sabes qué? Esta mañana me ha pasado una cosa curiosa. He soñado que tú y yo estábamos...

Y pasó a contarle, con pelos y señales, la historia del vagabundo del porche y la fuerte impresión que le había causado.

—¿Ha rechazado el dinero que le ofrecías?

—Sí.

—¿Y eso?

—Pues no sé.

—¿Alto, bajo, delgado, gordo...?

—Más o menos tiene la misma complexión que yo.

—Mira, tú tienes como mínimo dos camisas que no te has puesto nunca porque te las regaló Adelina según su gusto. Y además está ese traje, el marrón, que no has querido volver a ponerte porque la manga izquierda de la americana está manchada. Y también hay un par de zapatos, los ingleses, que dices que te hacen daño... Hazle un paquete con todo eso y llévaselo a la gruta.

Había un único problema.

—Vale, pero las camisas de Adelina no.

—¿Por qué? ¿Ahora te encantan? ¿Has cambiado de gustos?

—No he cambiado de gustos, pero, si Adelina se entera de que las he regalado, aquí se arma la de Dios es Cristo.

—¿Qué has dicho?

—Que Adelina se enfadaría.

—¡Pues deja que se enfade! ¡Tú a esa señora se lo consientes todo!

Las dos mujeres no podían ni verse, no se tragaban, hasta tal punto que, cuando llegaba Livia, Adelina desaparecía para no regresar hasta su

partida.

—A ver, Livia...

—¡Que no! En cuanto alguien te toca a tu Adelina adorada, te...

—¡Venga, Livia, no seas tonta!

—¡El tonto eres tú! ¡No te das cuenta de que la has hecho dueña y señora de nuestra casa!

—¡No digas estupideces!

—¡¿Qué has dicho?!

Llegados a ese punto, la cosa sólo podía acabar a bofetadas. Y, en efecto, así acabó.

Después de colgar, fue a abrir el armario. Sacó el traje marrón y una camisa que no tenía intención de volver a ponerse y los dejó encima de la cama.

Luego entró en el baño, sacó los zapatos ingleses del zapatero y los guardó en una bolsa de plástico. A continuación, lo metió todo en una gran funda de tintorería, de las que Adelina recogía y guardaba en el trastero.

Después de cerrar la cristalera, se dio una buena ducha y por fin fue a acostarse.

El día amaneció tan claro y luminoso que parecía que quisiera hacerse perdonar el diluvio de la jornada anterior.

Cuando salió de casa con la funda en la mano, se puso a mirar la colina de marga blanca que había al otro lado de

la carretera de Vigàta. Casi de inmediato, encontró la gruta en mitad de la costa. Se llegaba por un sendero estrecho y algo empinado.

Montalbano cruzó la carretera con cierta dificultad, debido al tráfico que había ya a esa hora, y ascendió por el sendero hasta la entrada de la gruta.

—¿Hay alguien?

No recibió respuesta. Se agachó y entró.

En el interior apenas había luz suficiente para ver que el hombre no estaba. O no había vuelto, o ya había salido.

La gruta estaba acondicionada: había un jergón para dormir, una mesita

destartalada, una silla de paja medio desfondada y una lámpara de petróleo. En un rincón vio varias cajas de cartón cerradas con cinta adhesiva. El comisario dejó la funda encima de la mesita, volvió a recorrer el sendero, cruzó la carretera, cogió el coche y se marchó.

Apenas se había sentado en su despacho para mirar apesadumbrado el montón de papeles —que por uno de esos misterios de la vida era más alto de lo que recordaba— cuando sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori*! Parece que estaría aquí una chica, la cual desearía hablar con usía personalmente en persona, y



asegura que se trata de un asunto urgentísimamente muy urgente.

—¿Te ha dicho cómo se llama?

—Sí, señor, pero no lo he entendido bien. Por lo visto, se llama igual que su hermana.

—¿Cómo? ¿Y no tiene un nombre propio?

—No, señor. Utiliza el de su hermana, *dottori*.

—Bueno. Hazla pasar.

La joven que entró tenía unos veinte años y una altura mediana, el pelo rubio y largo, una carita de ángel y un cuerpo que suscitaba pensamientos nada angelicales. Estaba claramente asustada.

—Siéntese, señorita...

—Stella Mirmana.

¡Stella! ¡La jovencita sobre la cual Fazio estaba buscando información en aquel momento!

—¿Estudia Medicina? —le preguntó el comisario.

A la pobre chica, que ya estaba colorada de la emoción, le salieron llamas en las mejillas.

—Veo que ya está al corriente... —respondió, clavando la vista en el suelo.

Y, de golpe, se puso a llorar.

Montalbano se levantó, fue a cerrar la puerta con llave, cogió la botella de agua que había encima del archivador, sirvió un vaso, se lo ofreció y volvió a sentarse. Ella se bebió la mitad con

avidez.

—¿Puedo dejarlo encima de la mesa?

—Cómo no.

—Per... perdone por esta...

—No se preocupe. Hable cuando se vea con fuerzas.

La chica sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón, se secó los ojos y se sonó la nariz. Entonces empezó.

—Anoche, por la tele... oí que habían encontrado pelos rubios en la cama. ¿Es verdad?

No había dicho ningún nombre.

—Sí.

—He venido a decirle que míos no son. He preferido venir en persona para... En fin, para evitar que... No son

míos. Pueden hacer todas las pruebas que quieran.

—Es decir, que no fue usted la que durmió con Barletta esa última noche.

—No.

Decidida y segura, mirándolo a los ojos.

—¿Cuándo estuvo en el chalet por última vez?

—Sólo he ido una vez. Él quiso que nuestro primer encuentro fuera allí. Luego no he vuelto, entre otras cosas porque llegó el verano y no quería arriesgarse a que nos sorprendiera uno de sus hijos, que tenían llave.

—A propósito de llaves, ¿Barletta no le dio una copia?

—No.

—Y habitualmente, ¿dónde tenían lugar sus encuentros?

—En su casa. Era mucho más sencillo.

—Explíqueme eso.

—Mis padres y yo vivimos en el mismo edificio que Barletta. Que es todo de su propiedad. Nosotros estamos de alquiler en el tercero, él estaba en el segundo. Cuando quería verme, ponía el felpudo de su puerta de una forma determinada. Yo me daba por enterada, hacía todo lo que tenía que hacer en casa y luego bajaba en cuanto mis padres se dormían.

—¿Y nunca han sospechado nada?

—¡Nunca! Y me da pavor la idea de que... ¿No podría encargarse de que mi nombre no...?

—Haré lo posible, pero ¿podría demostrarme que la otra noche no estuvo en el chalet?

—Creo que sí.

—Cuénteme.

—A las nueve de la noche había quedado con Giulio, mi novio. Primero fuimos a comer una pizza con una pareja de amigos, Antonio Burgio y Paola Nicotra, que pueden confirmarlo; le daré sus direcciones y sus teléfonos. Luego fuimos al cine los cuatro y salimos pasadas las doce. Como no teníamos sueño, nos fuimos a una discoteca. Yo

volví a casa a las tres de la madrugada.

¿Puede bastar con eso?

—¿Usted tiene coche?

—No.

—Creo que sí, puede bastar con eso.

La joven soltó un largo suspiro de alivio.

—Me gustaría saber una última cosa

—añadió Montalbano sin quitarle los ojos de encima—. ¿Usted quiere a su novio?

La pregunta la cogió desprevenida.

Volvió a encendérsele la cara.

—Sí.

—Y, entonces, ¿por qué?

Fue como si le hubieran dado un buen mazazo.

Se transfiguró, se puso a temblar de pies a cabeza y trató de hablar, pero no lo consiguió. Tenía los puños apoyados con fuerza en las mejillas.

Empezaron a aparecerle en la frente unas gotas de sudor de considerable tamaño. A Montalbano le dio miedo que acabara sufriendo un ataque de histeria.

Entonces la chica habló por fin, con los dientes apretados y en voz baja y grave:

—¿Se creería que, cuando me enteré de que lo habían matado, me puse a saltar de alegría? Mentalmente di gracias al asesino por haberme devuelto la libertad.

El temblor se había ido acentuando.



Montalbano se levantó, se acercó a la chica, le dio a beber el resto del agua, casi obligándola a abrir la boca, y luego se sentó en la silla contigua y empezó a acariciarle la frente poco a poco, apartando el pelo que se la cubría.

Ella, que tenía los ojos como platos, los cerró bajando los párpados muy despacio.

Después soltó un suspiro profundo, y luego otro más, cogió a Montalbano por las muñecas, les dio la vuelta y se pasó las palmas de sus manos por las mejillas, como acariciándose, y finalmente las soltó.

—Gracias.

El comisario comprendió que la crisis

había terminado. Y Stella empezó a hablar con voz normal:

—A mi padre lo despidieron hace cuatro meses de la empresa donde trabajaba. Con el dinero del paro no le llegaba para mantenerme en Palermo mientras estudio en la universidad. Entonces, sin decirnos nada ni a mi madre ni a mí, fue a hablar con Barletta y le pidió una prórroga para pagar el alquiler. Tenía la esperanza de encontrar otro trabajo pronto. Sin embargo, Barletta se negó, como era de esperar. Le dijo que nos echaría de casa si no le pagaba a tiempo. Papá, desesperado, nos lo contó todo. Luego, una noche, Barletta se cruzó conmigo por la

escalera y me paró. Me hizo la propuesta que ya puede imaginarse. Básicamente, me pagaría el equivalente del dinero del alquiler, que luego mi padre, sin saber nada, le devolvería.

—¿Y usted cómo justificaba delante de su padre lo que ingresaba?

—Le dije que había conseguido una beca. Desde el despido, la verdad es que se le iba un poco la cabeza, así que no hizo demasiadas preguntas. Mi madre es una pobre mujer que... Luego, por suerte, el mes pasado mi padre encontró trabajo. Pero Barletta quería seguir.

—¿Cómo?

—Haciéndome chantaje.

—¿Con qué?

—A escondidas, me había hecho fotos con el móvil cuando yo estaba... Me las enseñó. Y me amenazó con mandárselas a mis padres y a mi novio si no... Me dijo que tenía que estar a su disposición mientras a él siguiera apeteciéndole. Durante este último mes había conseguido no verlo, pero por las noches no dormía, me daba miedo que cumpliera sus amenazas.

Levantó los ojos hacia el comisario y concluyó:

—Si pudiera, iría a escupir sobre su cadáver.

Montalbano le tapó la boca con la mano para impedirle decir nada más. Luego se levantó y le tendió la mano.

Ella se la estrechó, sorprendida.

—Puede marcharse.

En ese instante, Stella se agachó y le besó la mano, que seguía aferrando con la suya.

En cuanto salió la chica, Montalbano telefoneó a Catarella.

—Llámame a Fazio al móvil y...

—Pido *comprinsión* y *pirdón*, *dottori*, pero ¿por qué quiere que lo llame al móvil?

¿Cómo se atrevía?

—Catarè, no me toques los cojones y, cuando lo hayas encontrado, pásamelo.

—A las órdenes de usía.

Al cabo de un minuto, sonó el

teléfono.

—Soy Fazio, jefe. Dígame.

—¿Qué estás haciendo?

—Revisar las notas sobre la...

—Déjalo todo y vente a mi despacho.

Sólo le dio tiempo a colgar antes de que apareciera Fazio en la puerta. Montalbano lo miró atónito. ¿Había llegado volando? ¿O quizá se trataba de un caso de teletransporte?

—Pero ¿dónde estabas?

—En mi despacho, jefe. He llegado hace cinco minutos y, como Catarella me ha dicho que estaba ocupado... ¿Por qué me ha llamado al móvil?

—Nada, cosas mías... Me han entrado unas ganas repentinas de hablar contigo

por el móvil... ¿Vale? ¿Algún problema?  
—replicó el comisario, furioso.

Fazio lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—El jefe es usía.

Montalbano prefirió cambiar de tema.

—¿Sabes quién estaba aquí conmigo?

—No, señor.

—Stella.

Fazio abrió mucho los ojos.

—La misma chica que...

—La misma.

Y se lo contó todo. Al final le preguntó:

—¿Tú qué habías descubierto de ella?

—Para empezar, el apellido.

—¿De dónde lo has sacado?

—Aquí en Vigàta hay una asociación universitaria. Hay una sola estudiante de Medicina, Stella Mirmana.

—¿Algo más?

—Sí, jefe. Todo el mundo dice que es buena chica, seria. Sale con un tal Giulio Marchica.

—A mí también me ha parecido seria. Escúchame una cosa. ¿Tommaseo ha precintado también la vivienda de Barletta en Vigàta?

—Sí, jefe.

—¿Quién tiene las llaves?

—Yo.

—Vamos a acercarnos.



El piso era amplio y estaba bastante ordenado. Un vestíbulo, una sala de estar, dos habitaciones de matrimonio, un despacho, la cocina, dos baños. En el despacho había un gran escritorio negro, decimonónico.

El comisario fue a tiro hecho.

En el primer cajón, a mano derecha, había una veintena de sobres amarillos, de los de uso comercial. En cada uno había escrito un nombre de mujer: Rita, Giulia, Rosalba.

Cogió uno al azar y sacó la decena de fotos que había dentro. En todas ellas se veía a la misma chica, desnuda, en posturas obscenas o manteniendo relaciones sexuales con Barletta.

—Hazme un favor, Fazio. Vete a la cocina a ver si hay una bolsa de las de supermercado.

Cuando volvió el inspector jefe con una bolsa de plástico, metió dentro los sobres amarillos.

—Vámonos. Tú lleva todo esto a comisaría. Sigue informándote sobre los Barletta, padre e hijo. Yo me voy a comer. Nos vemos luego.

## 4

El paseo por el muelle hasta el pie del faro lo dio más despacio que de costumbre, pasito a pasito, con frecuentes paradas para mirar primero a un pescador que tiraba el anzuelo y luego un barco pesquero que regresaba a puerto, ya que en la *trattoria* de Enzo se había dado un buen homenaje a base de pulpos hervidos, tiernísimos, y sabía perfectamente que, hasta que los derrota la digestión, esos animales son unos

combatientes infatigables dentro de la tripa.

Se sentó en la roca plana y dejó que, durante unos diez minutos, el sol lo calentara. Luego encendió un pitillo. Quería despejar la cabeza de todo pensamiento por unos instantes. No lo consiguió. El cerebro es una máquina muy puñetera que no sólo no se detiene nunca, sino que te obliga a pensar en lo que a él le viene en gana. Te pones a evocar un momento feliz de tu vida y, al cabo de menos de cinco minutos, el cerebro ya te ha obligado a recordar lo que no te apetecía.

A continuación, se puso a tirar gujarros a un charco formado entre dos

rocas y a observar los círculos concéntricos.

Entonces dio por terminada la pausa y volvió mentalmente al asesinato.

Desde luego, ninguno de los dos hijos de Barletta había pintado un buen retrato de su padre. Habían dejado claro que tenía malas pulgas y que, en cuestión de negocios, no se andaba con miramientos.

Sin embargo, las pinceladas que había añadido la joven Stella habían recargado los trazos del cuadro: Barletta no era únicamente un prestamista sin escrúpulos, sino también un hombre capaz de aprovecharse de una muchacha en apuros e incluso de chantajearla después para seguir llevándosela a la

cama.

Resumiendo: la cantidad de gente que tenía motivos para odiarlo debía de conformar una cifra de dos ceros.

Resumiendo aún más: aquel caso iba a tocarle los cojones a base de bien. Habría decenas de pistas que seguir y todas acabarían resultando desencaminadas.

Además, tampoco tenía unas ganas locas de meterse a fondo en la investigación, porque una cosa era mandar a la sombra al asesino de un hombre de bien, y otra muy distinta mandar a la sombra al asesino de un cabrón de tomo y lomo.

El otro Montalbano, el que estaba

agazapado en su interior y salía a la primera de cambio, dio señales de vida al instante.

—Enhorabuena, Salvo. ¡Tienes un sentido de la justicia muy digno! ¡Dos raseros bien diferenciados!

—Ya sabes que yo soy así de fábrica.

—¡Vamos, que saliste defectuoso!

—¡Pues sí, señor! Y no sé qué hacer.

Si una persona decente decide matar a alguien que la ha llevado a la más absoluta desesperación, a mí me da por ponerme de su parte.

—Y, por esa regla de tres, acabas justificando a todos los que se toman la justicia por su mano.

—¡Ni por asomo! Yo lo único que

digo es que, frente a una persona así, que se rebela contra quien la persigue, yo intento, mientras le pongo las esposas, demostrar la máxima *comprinsión*, como diría Catarella. Y vamos a dejarlo aquí, que tengo que volver a comisaría.

También se tomó con calma el camino de vuelta, porque aún quedaba algún pulpo que no se había rendido.

—¿Ha llegado Fazio? —preguntó al entrar en la comisaría.

—Está *in situ*, *dottori*.

—Dile que venga a verme.

En cuanto pisó su despacho, se dio cuenta de que, encima de la mesa, la



tambaleante pila de papeles había desaparecido.

¿Era posible que se hubiera producido un milagro? ¿Que el Señor hubiera dado a los ángeles la orden de hacer desaparecer todos los trámites burocráticos de la faz de la tierra?

Entró Fazio con la bolsa de plástico en la mano.

—Ah, jefe, los papeles los he guardado yo.

—¿Por qué?

—Se habían caído al suelo. Se los he metido en el armario.

Se llevó un chasco. Por un instante, había esperado un arrebató de sentido común por parte del Altísimo... Fazio,

mientras tanto, había vaciado la bolsa encima de la mesa.

—Ya los miraremos luego —señaló el comisario, recogiendo los sobres amarillos con las fotografías de las chicas y guardándolos en el cajón central.

—Me he enterado de una cosa sobre Barletta —anunció Fazio mientras se sentaba.

—¿Sólo de una?

—Mucho tiempo no he tenido, jefe, pero lo que he descubierto me parece muy importante.

—¿Y qué es?

—Barletta prestaba dinero con intereses abusivos.

—¿Seguro?

—Segurísimo. ¿Se acuerda de que, al lado del monumento a los caídos, había unos almacenes de ropa enormes que en un momento dado quebraron?

—Sí, claro. Los Almacenes Brancato.

—Exacto. La quiebra fue obra de Barletta, que acabó con Brancato endosándoles unos intereses del cuatrocientos por cien. Incluso se quedó el local. Por lo que me han dicho, Brancato no fue su única víctima. Al parecer, otro comerciante se suicidó por su culpa.

¡Lo que faltaba!

Además de que en los negocios no había quien le parase los pies, además

de que era un mujeriego y un chantajista, Barletta resultaba ser un usurero.

—Trata de descubrir más cosas sobre ese asunto.

—Muy bien.

—¿Te das cuenta de que, con esa novedad estupenda que me has traído, ahora medio Vigàta puede ser sospechoso?

—Sí, jefe, pero así son las cosas. En su opinión, ¿por dónde podemos empezar?

Buena pregunta. El comisario no tenía la más mínima idea. Entonces se le ocurrió la única posibilidad que tenían.

—¿Está el *dottor* Augello?

—Sí, jefe.

—Ve a llamarlo.

Mientras Fazio cumplía sus órdenes, Montalbano sacó del cajón los sobres amarillos y los dejó encima de la mesa.

—Buenas —saludó Mimì Augello al entrar, seguido de Fazio.

—Buenas. Sentaos.

De un sobre elegido al azar, sacó una fotografía y la miró.

Una muchacha desnuda, tumbada en una cama, levantaba las piernas y las abría al máximo.

Se la mostró a Augello.

—¿Le interesa el artículo, caballero? —preguntó con el tono de voz de un vendedor ambulante.

—¡Ya lo creo! —exclamó Mimì.

—Bueno. Pues entonces, Fazio y tú quedaos aquí y mirad estas fotos una por una. A ver si reconocéis a alguna de las chicas. Yo me voy a Montelusa y vuelvo dentro de hora y media como mucho.

Se levantó.

—¿Vas a ver al jefe superior? — preguntó Mimì.

—¡Lo que me faltaba! No, voy a ver a Pasquano.

Había un tráfico que parecía soliviantado, convulso y caótico, y el comisario, al que no le gustaba conducir, sudó la gota gorda durante treinta minutos, peor que en una sauna.

Aparcó delante del Instituto

Anatómico Forense, pero antes de bajar del coche se fumó un cigarrillo para tranquilizarse y secarse un poco.

Luego se decidió a entrar.

—¿Está el *dottore*? —preguntó al recepcionista, que lo conocía.

—Está en su despacho.

—¿Y de qué humor?

—Del de siempre.

Eso significaba que había que proceder con pies de plomo.

Llamó a la puerta con delicadeza. No hubo respuesta. Volvió a llamar un poco más fuerte. Nada. Entonces abrió y entró.

Lo recibió un grito tremendo:

—¡Sólo usted es capaz de entrar

aunque nadie le haya dicho que pase! Y sólo usted es capaz de venir a tocarle los cojones a un hombre de bien mientras trabaja.

—¿Su trabajo consiste básicamente en zamparse los cuatro *cannoli* que tiene delante?

Pasquano se rió con ganas.

—Son de primera, ¿sabe? ¿Le apetece uno?

Montalbano lo aceptó. Estaba realmente bueno y lo saboreó.

—Ahora que he satisfecho su glotonería, de evidente origen senil, ¿le importaría decirme qué coño quiere de mí?

El *dottore*, siempre con la simpatía y



la gentileza que lo caracterizaban.

—¿No lo adivina?

—Lo adivino. Pero disfruto al oír su voz cuando me pide algo.

Montalbano puso una cara muy seria y preocupada.

—No sé si...

—Diga, diga.

—¿Podría hacerme el favor de prestarme cincuenta mil euros? Me hacen falta cuanto antes.

Pasquano se sorprendió.

—¿Lo dice en serio?

—No, pero, como ha dicho que disfruta cuando le pido algo, he puesto toda la carne en el asador.

Pasquano soltó una carcajada.

—¿Sabe que me lo había creído? ¡Qué buen actor es usted! ¿Así les da por culo a los pobres desgraciados que caen en sus manos? Enhorabuena. ¿Quiere información sobre el difunto perito mercantil Barletta?

—Si le placiera.

—¡Virgen santa, qué bien habla el caballero! Pero ¿no sería más adecuado «pluguiere»? En fin, vamos a ver: por hablar y para pasar el rato, según su aguda inteligencia, ¿cómo lo mataron?

—De un disparo en la nuca.

Pasquano lo miró con un gesto de lástima. Negó varias veces con la cabeza.

—¿Cuántos años tiene, Montalbano?

—Cincuenta y ocho.

—Pues entonces no se explica esa decadencia precoz de su cerebro. Está demasiado viejo para seguir en este oficio. ¿Por qué no se jubila? Se lo he dicho y repetido ya una decena de veces. Le estoy dando un consejo de amigo. Ganaría usted y ganaría yo, que no tendría que seguir soportando la condena de que venga a tocarme los cojones día sí y día no.

—*Dottore*, entre partidas de póquer y autopsias, ¿nunca se ha dado cuenta de que tiene un año más que yo?

—Sí, querido amigo, pero ¡la edad no tiene nada que ver! ¡A mí la cabeza me funciona perfectamente, estoy como una

rosa! ¡Mejor aún!

—En eso tiene razón: ¿cómo se llama una rosa antes de abrirse, que no me acuerdo?

Pasquano acusó el golpe a su manera: echó los hombros hacia atrás y se puso a reír hasta que se le saltaron las lágrimas. Luego se serenó.

—A ver, ¿me explica cómo puede ser que, con toda su experiencia, no se haya fijado en que había...?

—¿...poca sangre para tanta herida?

—¡Eso mismo!

—Me fijé perfectamente, como ve.

—Y, si se fijó, ¿por qué no se ha preguntado cuánto son dos y dos? ¿Por qué no ha sacado las debidas

conclusiones?

—Las conclusiones son cosa suya. Yo respeto las atribuciones de cada uno.

—¿Usted? ¡Venga ya, no me haga reír! Pregunte, vamos.

—¿Por qué pidió que la Científica analizara el poso del café?

—¿No ve como usted también lo ha pensado?

—¿Estaba ya muerto cuando le dispararon?

—Exacto.

—¿Murió envenenado?

—Exacto.

—¿Y por qué el asesino lo envenena primero y luego le pega un tiro?

—Eso no entra en mis atribuciones,

sino en las suyas. De todos modos, me gustaría echarle una mano, como en los concursos de la tele: ¿quién le ha dicho que fuera la misma persona?

—¿A qué hora murió?

—Ésa es la primera pregunta inteligente que me hace —aseguró Pasquano—. No más tarde de las seis de la mañana.

—¿Qué clase de veneno?

—Veo que, aunque sea a ratos, el cerebro le funciona. Le ahorro el nombre científico y le digo sólo que produce una parálisis inmediata a la que sigue la muerte súbita.

—Déjeme que lo entienda.

—Vale, pero ¿cuánto va a tardar?

Porque, si la cosa va para largo, le advierto que tengo trabajo.

—Entonces le hago unas preguntas y luego ya podrá comerse el *cannolo* que le queda.

—Nada de «unas preguntas», eso es demasiado genérico. Digamos que le permito dos preguntas más.

—Muy bien. La primera. ¿Es posible que la parálisis producida por el veneno hiciera que Barletta se quedara sentado en la silla como si estuviera vivo?

—Muy posible.

—¿Había mantenido relaciones sexuales?

—Barletta no era amigo del agua, se lavaba de uvas a peras. Sí, señor, las

había mantenido.

—¿Puede decirme si...?

—Se han agotado las preguntas. No lo acompaño, ya sabe dónde está la puerta.

—¿Me da medio *cannolo*?

—Ni aunque se arrodille.

Cuando llegó a la comisaría, además de Fazio y Augello estaba Pitrotta, de Antivicio.

—Hemos pedido ayuda —explicó Mimì.

—Habéis hecho bien. ¿Algún resultado?

—Hemos identificado a dos. Una yo y la otra Pitrotta.

Montalbano miró interrogativo al



agente de la Brigada Antivicio, que cogió un sobre en el que estaba escrito el nombre de Janicka y se lo tendió. Montalbano ni lo abrió.

—¿Las mismas poses?

—Las mismas.

—¿Quién es?

—Una esclava de diecinueve años — contestó el otro—. La detuvimos hace ya tres meses porque iba indocumentada. Creo que la repatriaron.

—Infórmate y luego me lo cuentas. Gracias, Pitrotta.

El aludido se despidió y se marchó.

—¿Y la tuya cuál es? —preguntó Montalbano a Mimì.

—Ésta —respondió Augello,

alargándole un sobre que llevaba el nombre de Stefania.

—¿En qué burdel la has conocido?

Augello miró a Fazio, que lo pilló al vuelo.

—Les pido disculpas, vuelvo dentro de cinco minutos —dijo, antes de levantarse a toda prisa y salir.

—¿Y bien?

—No la he conocido en ningún burdel, sino en casa de unos amigos. Tiene veintiún años, es dependienta de una perfumería.

—¿Se prostituye?

—Salvo, tienes que creerme: tú cuando hablas de mujeres llevas cien años de retraso.

—Pues explícame tú qué es una mujer que se deja hacer fotos mientras...

—Es una mujer que se apunta a lo que le apetece.

—Pero cobra.

—No siempre. No empieces a establecer categorías.

—¿Te la has tirado?

—Aprecio la finura con la que me haces esa pregunta. Habría podido. Pero preferí pasar.

—¿Por qué?

—No me inspiraba confianza.

—Explícate mejor.

—Me pareció de las que se te pegan como una lapa, ¿sabes? De las que son capaces de llamarte a casa... De

mandarte notitas... peligrosísimas. Yo con las tías así mantengo las distancias.

—¿Prefieres a las que echan un polvo y se largan?

—Oye, no estamos aquí para hablar de mis gustos en cuestión de mujeres. ¿Quieres que la haga venir?

—No. Ve tú a hablar con ella, puesto que ya la conoces.

—¿Qué te interesa saber?

—Todo. Que te cuente cómo empezaron, cuánto duró la cosa, dónde se veían, por qué se acabó la relación, qué clase de hombre era Barletta, qué le regaló...

—Muy bien.

—¿Necesitas las fotos?

—No —contestó Mimì, y le dio el sobre.

Montalbano lo metió entre los demás. ¡Menuda colección había reunido Barletta! Entonces volvió a aparecer Fazio.

—¿Puedo irme? —preguntó Augello.

—Espera cinco minutos. Tú, Fazio, siéntate. Pasquano me ha dicho que Barletta no murió de un disparo.

Fazio pegó un brinco en la silla.

—¿Es una broma?

—No.

—¿Y cómo murió?

—Envenenado. Le echaron veneno en el café.

—¿Se puede saber de qué estáis

hablando? —preguntó Augello, que apenas tenía información sobre la investigación de la muerte de Barletta.

Montalbano lo puso al corriente.

—Entonces, ¿hubo dos asesinos? —preguntó por fin el subcomisario.

—Eso parece.

—Pero ¿qué necesidad había de dispararle una vez muerto?

—Podría haber una explicación.

—¿Cuál?

—Los dos asesinos actuaron cada uno por su cuenta. El primero lo mató con el veneno y...

—Un momento... —intervino Fazio—. Cuando murió, estaba bebiéndose el café, porque está claro que volcó la

taza. ¿Cómo es posible que se quedara sentado en la silla?

—¿Y quién dice que el tiro no se lo pegaron una vez en el suelo?

—No, *dottor* Augello. La trayectoria de la bala lo deja claro. Entró por la nuca, salió por la cara y acabó en la pared de delante.

—Volvieron a asesinarlo una vez muerto —aclaró Montalbano—. Pasquano me ha dicho que es posible, puesto que se trata de un veneno paralizante. Te deja como una estatua. Y eso sólo puede querer decir una cosa.

—¿El qué? —preguntaron a una Mimì y Fazio.

—Que el segundo asesino, cuando le

disparó, creía que Barletta estaba vivo.

Fazio lo miró boquiabierto.

—Pero... ¡eso es increíble! —  
exclamó Mimì.

—Por eso, repito, se trata de dos  
personas que actuaron cada una por su  
cuenta.

—Se me está ocurriendo algo... —  
comentó Fazio.

—Cuenta.

—En el fregadero había una taza, un  
posavasos y una cucharilla, lavados y  
secos. Eso significa que el asesino se  
tomó el café con Barletta, le echó el  
veneno en la taza a escondidas y, una  
vez seguro de que estaba muerto, lavó  
escrupulosamente lo que había tocado y



se marchó tan campante después de cerrar la puerta a su espalda. Mi conclusión es ésta: el asesino es una asesina, la mujer que había pasado la noche con él. Además, el veneno es una forma de matar muy femenina.

—Eso ya no es así —replicó Montalbano—. Desde Hedda Gabler, las mujeres utilizan armas de fuego.

—¿Y quién es esa tal Graber? —preguntó Mimì.

A Montalbano le entraron ganas de bromear.

—Una nórdica que se pegó un tiro. El caso lo contó un célebre criminalista del siglo diecinueve que se llamaba Ibsen.

—Me suena que Ibsen era uno que

escribía cosas de teatro —contestó Mimì.

—¡Muy bien! Este Ibsen del que hablo yo era su hermano gemelo.

—Antes, las mujeres, para matarse, o se envenenaban o se tiraban por la ventana —comentó el inspector jefe.

—¡Qué tiempos aquéllos! —exclamó Montalbano—. En fin, sea como sea, la reconstrucción de Fazio es verosímil.

## 5

—La falta total de verosimilitud empieza en el momento en que un segundo hombre interviene en el asunto con el propósito de cargarse a Barletta —afirmó Mimì.

—Explícate.

—Pasquano ha dicho que se lo cargaron antes de las seis de la mañana, ¿no es así?

—Exactamente.

—La reconstrucción de Fazio me

convence, pero, antes de seguir, me gustaría precisar un detalle. Y es que Barletta y la mujer con la que pasó la noche tuvieron que levantarse por fuerza hacia las cinco y media, no más tarde. Si no, no encaja que la hora de la muerte fuera las seis. Se vistieron los dos y bajaron a la cocina. Él hizo el café para ambos y murió envenenado. Ahora la pregunta que me hago es: ¿por qué madrugaron tanto? Barletta, según nos ha contado su hijo, tenía intención de quedarse en el chalet todo el día. No necesitaba levantarse tan temprano. O sea que quizá el madrugón se debió a que ella tenía algo que hacer y no podía quedarse. ¿Es razonable?

—Sigue —pidió el comisario, intrigado.

—Por eso la que estaba con él no debía de ser una fulana cualquiera... No sería una profesional, sino una mujer que quizá tuviese obligaciones familiares o laborales.

—No estoy de acuerdo —intervino Fazio.

—¿Y eso?

—Puede que a Barletta le diera miedo que su hijo Arturo se adelantara y lo pillase con esa mujer —explicó el inspector.

—Eso también es posible —reconoció Augello—. Pero nos queda el hecho inexplicable de que, en cuanto la

desconocida salió tras haber dado muerte a Barletta, entró casi de inmediato el otro asesino. En resumen: dos asesinos que deciden matar a una persona el mismo día y casi a la misma hora. Eso es lo que no me cuadra.

—¿Por qué has dicho «casi de inmediato»? Pasquano no me ha precisado cuándo se produjo el disparo —dijo el comisario.

—Pero ¡si había algo de sangre en torno al cadáver es que le dispararon poco después de morir! ¡Un cuarto de hora más tarde, como mucho! ¡Si no, no habría habido ni una sola gota!

—Estás exagerando, Mimì, pero, en cierto modo, también tienes razón: los

dos homicidios, vamos a llamarlos así, se produjeron en un intervalo de tiempo que va de las cinco y media a las ocho, cuando llegó Arturo.

—En conclusión, hay que buscar a dos asesinos que actuaron con poco tiempo de separación —recapituló Fazio.

—A nosotros nos toca darnos una paliza doble, pero, si los cogemos, para la ley sólo habrá un asesino.

—Explícate mejor —pidió Augello.

—Pues que el abogado del segundo dirá que su defendido se había dado perfecta cuenta de que Barletta estaba muerto, pero le disparó igual por despecho. Y se quedará con una simple

condena por ultraje de cadáver.

—Técnicamente no deja de ser un asesino. Su intención era matar...

—Pero no se puede juzgar a nadie por sus intenciones —lo interrumpió el comisario.

De repente, se sintió cansado. Quizá Pasquano tuviese razón con lo de su edad.

—A ver, ya hablaremos del asunto mañana por la mañana, con la cabeza despejada.

Hacía buena noche. Por eso Montalbano decidió, cuando aún iba conduciendo, cenar en el porche.

Lo primero que hizo al entrar en casa



fue ir a abrir la cristalera. Se dio cuenta al instante de que encima de la mesita había dos papeles pisados con sendas piedrecitas. El primero era una nota escrita en una hoja de un cuaderno y decía: «Se lo agradezco en el alma.»

No iba firmado. La letra era resuelta y personal, de alguien acostumbrado a utilizar la pluma.

El segundo papel era un recibo de un encuadernador a nombre del *dottor* Salvo Montalbano. Seguro que el vagabundo se lo había encontrado en un bolsillo del traje marrón.

Sonó el teléfono. Era Livia.

—¿Te va bien ir a buscarme a Punta Raisi? Llego a las doce.

Sopesó los pros y los contras y decidió pasar primero por la comisaría para retrasar hasta la tarde la reunión con Augello y Fazio.

—Me va bien.

—Por cierto, ¿has hecho lo que te dije?

—¿El qué?

—Llevar las camisas, los zapatos y un traje a...

—Sí, ya lo he hecho. El pobre hasta me ha dejado una nota de agradecimiento.

—¡Qué tipo tan raro! Me muero de curiosidad por conocerlo.

¡Menos mal! Si él estaba demasiado ocupado con el caso, Livia pasaría el

rato con el vagabundo y así no daría guerra.

Durmió a pierna suelta, hundido en un pozo oscuro, y al despertarse se dio cuenta de que llovía a mares.

A ver, ¿qué carajo le pasaba al tiempo? ¿Un día bueno y otro de perros?

«Lo que pasa es que, en la actualidad, el tormento de las estaciones se alarga demasiado», pensó.

Y, de repente, recordó que había prometido a Livia que iría a buscarla al aeropuerto.

No, no tenía ningunas ganas de pegarse como mínimo dos horas y media de coche con la que estaba cayendo.

Miró el reloj. Las ocho. ¿Cómo era posible que se hubiera despertado tan tarde? Seguro que Livia aún estaba en su casa, en Boccadasse.

La llamó.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, alarmada.

Como no se veía capaz de decirle la verdad, improvisó un embuste.

—Esta mañana tengo que ver al jefe superior. Me ha llamado él. Me ha citado a las once. No puedo ir a Punta Raisi. Puedes coger el autocar de Montelusa.

—¡Sí que empezamos bien! —exclamó Livia.

—¿Cómo quedamos?

—¿Cómo quieres que quedemos? En Montelusa cojo un taxi y le digo que me lleve a comisaría.

Y colgó.

Antes de salir de casa, Montalbano dejó encima de la mesa de la cocina una nota para Adelina: «Hoy llega Livia. Se va dentro de tres días.»

Estaba más claro que el agua que a la asistente no le vería el pelo.

En la carretera de Vigàta se encontró un atasco monumental, entre un coche y otro había un milímetro de distancia, y la velocidad media estaba en torno al centímetro por minuto.

Cuando llegó a la comisaría, ya eran

más de las nueve y media. Aparcó, bajó del coche, se cagó en todo durante diez minutos sin parar, para desfogarse, y luego entró.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡El *dottori* Augello está con Fazio en *esperancia* de usted de usía!

—Y yo estoy en *llegancia*.

Augello y Fazio estaban delante de la puerta de su despacho, charlando. Los hizo pasar y sentarse.

—Ha venido a verme Pitrotta — empezó Fazio—. Me ha contado que de esa esclava... no recuerdo el nombre, no hay ni rastro en Italia. Claro que es posible que no volviera a su país y que sólo cambiara de ciudad, pero es difícil

averiguarlo.

—Yo anoche —dijo Mimì— llegué a tiempo de hablar con Stefania Interdonato, que estaba cerrando la perfumería. Como estaba libre y no había quedado con nadie, me la llevé a un restaurante.

—¿Y a Beba qué le contaste?

—Que fuiste tú el que me entretuvo hasta tarde.

—¿Cómo de tarde? —se inquietó Montalbano.

Mimì era capaz de haber pasado la noche con la chica. No le hacía ninguna gracia servir de coartada para engañar a Beba.

—Tranquilo, hasta las diez.

—¿Qué te dijo?

—Voy por orden. Ah, no, antes de que me olvide: me pidió, entre lágrimas, que le diera sus fotos. Si fuera posible...

—Ya veremos. Habla.

—Se conocieron un día que Barletta entró en la perfumería con una chica guapa para comprarle una colonia cara. No le quitó los ojos de encima ni un momento. Aquella misma noche, a la hora de cerrar, se lo encontró delante de la tienda. La invitó a cenar. Ella lo rechazó, pero a la segunda noche acabó aceptando. Barletta estuvo brillante: buena conversación, caballeroso, muy gentil... Un poco chapado a la antigua, y Stefania cayó a sus pies. Así empezó



todo.

—¿Adónde se la llevaba?

—Al chalet.

—¿Se encontraba allí con él?

—No, Stefania no tiene coche. La llevaba Barletta.

—¿Cuánto duró la cosa?

—Cuatro meses.

—¿Le hacía regalos?

—Sí.

—¿Dinero?

—En una sola ocasión le dio diez mil euros porque ella tenía que pagar un plazo. Por lo demás, eran siempre cosas de cierto valor, anillos, pulseras...

Es decir, que a veces pagaba y a veces chantajeaba.

—¿Quién lo dejó?

—Él, claro. ¡A Stefania no se le habría ocurrido!

—¿Qué le dijo?

—No le dijo nada. Sencillamente, una noche no fue a recogerla a la perfumería. Y ella, desde entonces, no volvió a verlo. Se portó bien durante unos días. Luego se soltó el pelo.

—¿En qué sentido?

—¿No te había dicho yo de qué pie cojea? Es de las que no sueltan un hueso. Se puso a escribirle, a llamarlo por teléfono, pero el otro nada de nada. Luego tuvo una gran idea.

—Fue a verlo —dijo Montalbano.

—¡Eso mismo! ¡Premio para el

caballero! Como sabía que los sábados dormía siempre en el chalet, le pidió el coche a una amiga y se fue para allá. ¡A la una de la madrugada, imagínate!

—¿Qué hizo?

—Los postigos estaban todos cerrados y dentro no había luz, pero delante de la casa había dos coches aparcados, el de Barletta y otro. Vamos, que estaba en casa y acompañado. Para que le abriera, se puso a aporrear la puerta como una posesa, a pegar puntapiés y tirar piedras, hasta que salió una mujer. Iba en bragas, sin sujetador siquiera. Por lo visto, se abalanzó hecha una furia contra la pobre Stefania y le atizó con un palo. Stefania, que no se lo

esperaba, consiguió subir al coche y huir. Según ella, aquella señora tenía la clara intención de matarla.

—Será que la había interrumpido cuando estaba en lo mejor —comentó Fazio.

—A ella también se lo pareció, hasta que comprendió que aquélla, en medio de todos esos tacos, que si «puta», «zorra» y «guarra», decía también: «O dejas en paz a mi padre o te parto la crisma.» Era su hija. Barletta le había encargado que se deshiciera de Stefania.

Montalbano soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó Augello.

—La señora Giovanna, la hija en

cuestión, nos aseguró a Fazio y a mí, con una dignidad tremenda, que ella en los asuntos amorosos de su padre nunca había querido inmiscuirse ni remotamente. Si ésa era su forma de no inmiscuirse...

—La señora nos dijo que era Arturo el que discutía con su padre porque se gastaba demasiado dinero en mujeres — confirmó Fazio.

—¿Y por qué, cuando le pregunté por las chicas con las que se veía Barletta, no me dio el nombre de Stefania? —se preguntó Montalbano—. ¡Si había estado a punto de cargársela!

—Quizá precisamente por eso — replicó Augello.

—Dime una cosa, Mimì. ¿Tú sabes si el cabrón de Barletta, hablando en plata, le hizo las fotografías a Stefania con su consentimiento?

—Ella me ha jurado que no, que no sabía ni que existían. Yo, que las he visto, me lo creo. ¿Tú las has mirado bien?

—No me apetecía —contestó Montalbano—. No sé a vosotros, pero a mí me incomodan.

Mimì continuó:

—Está claro que son fotos hechas a escondidas mientras la chica estaba en acción, no sé si me explico. Es pura casualidad que en una se distinga tan bien la cara de Stefania.

Montalbano abrió el cajón, rebuscó entre los sobres amarillos, sacó el que llevaba escrito «Stefania» y se lo tendió a Augello.

—Dáselas.

—Disculpe, *dottore* —terció Fazio—, pero ¿esas fotos no tendríamos que ponerlas a disposición del fiscal?

—¿Te has vuelto loco?

—*Dottore*, perdone, pero sería...

—¿Tú te das cuenta de las consecuencias que tendría eso? ¿Entregarle a Tommaseo doscientas fotografías de jovencitas desnudas y en fantasioso congreso carnal, como diría él? ¡A ese hombre, que siempre va como una moto, le da un pasmo! ¡Y, si no le

da, monta una cacería de chicas para que pasen todas por su despacho y hasta puede que haga que se desnuden para confirmar la identificación!

—*Dottore*, yo de todos modos creo que habría que dárselas —insistió el otro, esta vez en italiano, y no en siciliano, como era habitual entre ellos.

—¿Ahora te da por hablar en italiano para demostrar cómo respetas los procedimientos? Pues muy bien, digamos que, en lugar de veinte sobres, Tommaseo recibirá dieciocho. Total, no sabe cuántos tenía Barletta en el escritorio. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Fazio, resignado—, pero ¿por qué dieciocho?



¿No deberían ser diecinueve sobres?

—Dieciocho.

—Perdone, *dottore*, pero veinte menos uno son diecinueve...

Montalbano no contestó, volvió a abrir el cajón, sacó todos los sobres, los dejó encima de la mesa, buscó el que llevaba el nombre de Stella y se lo metió en el bolsillo, ante la mirada atónita del inspector.

Luego se puso a contarlos en voz alta.

—¿Ves como son dieciocho? — preguntó por fin, y volvió a guardarlos en el mismo sitio—. Y, ahora, vamos a seguir con lo de ayer.

—Yo esta noche le he dado vueltas — empezó Fazio, tras una breve pausa—.

La única explicación es que se trató de una coincidencia.

—¡Anda ya! —reaccionó Augello—. ¡Dos personas que matan al mismo hombre de forma casi simultánea!

—Yo también he reflexionado —afirmó Montalbano—. Y he llegado a una hipótesis que quizá pueda explicar esa casi simultaneidad.

—¿Cuál? —preguntó Mimi.

—Querían impedir que Barletta hiciera algo aquella misma mañana.

—No lo he entendido —dijo Fazio.

—Ya te lo explico yo —intervino Augello—. Nuestro jefe supone que los dos asesinos quisieron evitar que Barletta llevara a cabo algo que se

proponía hacer aquella mañana.

—Pero ¿el qué? —preguntó Fazio—. ¡Piensen que era domingo! Y el domingo las empresas y las tiendas cierran.

—Además, ¿cómo se enteraron los dos asesinos de las intenciones de Barletta? —apuntó Mimì.

—Puede que en los días previos se lo mencionara a la chica que pasó la noche con él —respondió el comisario.

—En ese caso, sólo habría habido un asesino: la chica en cuestión —objetó el subcomisario.

—¿Y qué interés podía tener esa muchacha en que no hiciera lo que tenía en mente? —insistió Fazio.

Montalbano se rindió. Levantó los

brazos.

—¡Calma! ¡Era una simple suposición!

Se hizo el silencio.

—Sólo hay una cosa cierta — concluyó al rato el comisario—: que no sabemos por dónde empezar...

Entonces se le ocurrió una idea.

—¿Tienes el número de Arturo Barletta?

—Sí, señor.

—Lámalo desde aquí y pásamelo.

Fazio marcó, dijo «¿Oiga?» y luego ofreció el auricular al comisario, que conectó el altavoz.

—Montalbano al aparato. Buenos días. Perdone si lo molesto, pero

necesito una aclaración y una información.

—Estoy a su completa disposición.

—Gracias. Si no recuerdo mal, el sábado por la noche telefoneó a su padre y se enteró de que tenía intención de ir a dormir al chalet. ¿Fue así?

—No exactamente. En realidad me llamó él.

—Sea como fuere, usted le dijo que a la mañana siguiente se reuniría con él.

—En efecto.

—¿A qué hora llegó al chalet?

—A las ocho en punto.

—¿Está seguro de haber tenido que abrir la puerta con llave?

—Segurísimo.

—En ese caso, ¿la persona que lo mató estaba en posesión de las llaves?

—Pero, comisario, ya he hablado de eso con usted y...

—Conmigo, no. Habló con un periodista en la televisión.

—Disculpe, me he confundido... He señalado la posibilidad de que existan copias de las llaves que mi padre hubiera podido dar a alguna de sus...

—¿Su padre iba a dormir al chalet todos los sábados?

—Pues sí.

—Por lo que le dijo a usted, según nos contó, aquel sábado iba con un objetivo preciso, que era el de poner orden en la casa, ¿no es así? ¿No cree

que le dio una explicación completamente superflua?

—Ahora que lo dice...

—Durante esa llamada, ¿le mencionó algo que tuviera pensado hacer el domingo por la mañana?

—Pero ¡si acabamos de hablar de eso! Había ido para poner...

—... orden en la casa, de acuerdo. Pero ¿no le dijo si tenía que hacer algo más?

—No creo... A mí, al menos, no me dijo nada. Quizá...

—¿Sí?

—Quizá habló de eso con Giovanna.

—Muchas gracias.

Cortó la comunicación y devolvió el

auricular a Fazio.

—Llámame a la señora Giovanna.

Fazio repitió la operación.

—Montalbano al aparato. Buenos días, señora. ¿La molesto?

—En absoluto.

—Necesito una información. ¿Usted, el sábado pasado, llamó por teléfono a su padre?

—Desde luego, como todos los días.

—¿Él le contó que iba a pasar la noche en el chalet?

—Sí.

—¿Le contó que quería quedarse también el domingo?

—Sí.

—¿Le explicó por qué?



—No, pero lo hacía a menudo.  
Pasaba allí el fin de semana...

—¿Hizo alguna referencia a algo que pensara hacer el domingo por la mañana?

—Espere un momento, déjeme pensar... —Hizo memoria unos instantes y luego contestó—: ¿Oiga? No, no creo.

—Pero no está segura...

—Segura, no. Fue una conversación... no sé, sin trascendencia, cotidiana... No di mucha importancia a lo que me decía...

—Entendido.

—Aunque quizá...

—¿Quizá?

—Sería mejor que se lo preguntara a

mi hermano.

—Muchas gracias, señora. Hasta luego.

## 6

—Y así, dando vueltas y más vueltas, volvemos a la casilla de salida —dijo el comisario—. Por lo visto, Barletta no mencionó a sus hijos que tuviera que hacer nada, o sea que mi hipótesis pierde consistencia, se la lleva el viento.

—Yo no diría tanto —objetó Fazio—. También es posible que a ellos no quisiera decírselo.

—O incluso —intervino Augello—

que recibiera una llamada ya de noche, cuando había llegado al chalet. Y que la mujer con la que estaba lo oyera todo.

—No encaja —contestó el comisario.

—¿Por qué?

—Porque en ese caso tendría que haber un solo asesino. Lo has dicho tú mismo hace un momento. Además, hay que tener en cuenta una cosa: la mujer que estuvo con él por la noche ya tenía la intención de cargárselo, puesto que llevaba el veneno con ella, algo que las señoras no suelen guardar en el bolso al lado del lápiz de labios.

—Eso es verdad —reconoció Fazio, desolado.

—Vamos, que el problema principal

es descubrir quién era esa mujer.

—¡No es poca cosa! —exclamó Augello.

—Fazio, tendrías que buscarme a Stella Mirmana y pedirle que venga aquí hacia las cuatro, pero sé prudente, te lo pido por favor, no quiero que se enteren sus padres. Mimì, tú, por tu parte, cógete una brigada y llévatela a registrar bien registrados el chalet y el piso del pueblo.

—¿Qué tenemos que buscar?

—Pues lo que sea... Más fotografías, cartas, cualquier cosa que tenga un mínimo de interés —respondió el comisario, y entonces se acordó de una frase de Giovanna—. Mirad también a

ver si encontráis un testamento.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Parece que estaría el fiscal Gommaseo!

—¿Al teléfono?

—Sí, señor.

—Pásamelo.

—¡Querido *dottor* Montalbano!

¿Cómo está?

—¿Y usted, queridísimo *dottor* Tommaseo?

—No quiero hacerle perder el tiempo, voy directo al grano. He recibido el informe de la Científica. Parece ser que en la cama de ese tal Galletta, que era viudo desde hacía tiempo...

—Barletta.

—...que entre las sábanas arrugadas...

Por la mente del fiscal debía de estar pasando en ese momento un torbellino de imágenes eróticas.

—...han encontrado tres pelos de mujer, ¡bien largos y bien rubios! Y además... Y además...

Montalbano se lo imaginó con un residuo de saliva blancuzca coagulado en las comisuras de los labios. En cuanto salía a colación una mujer en un homicidio, el hombre perdía la cabeza.

—¿Y además qué?

Tommaseo, que por un instante había parecido a punto de morir asfixiado, logró recuperar el aliento.

—Algunos vellos... púbicos... ¿Me entiende?

Probablemente tenía esos pelos delante de las narices, metidos en una bolsita de plástico, y estaba contemplándolos embelesado. Montalbano decidió darle cuerda.

—¿Son del mismo color que los pelos?

—Un poquito más rojizos.

—Entonces, ¿cree usted que Barletta se había llevado a dos mujeres a la cama?

—¡Qué va! Resulta que en las mujeres rubias, en las rubias naturales, claro, el vello púbico... —volvió a quedarse sin respiración— en fin, a veces tiende a



ese color.

—Bueno, mi pregunta no era del todo improvisada, ¿sabe? A medida que vamos avanzando con la investigación, vamos viendo que Barletta era todo un donjuán.

—¿¿En serio?! ¿Y qué han descubierto?

—Que fotografiaba a todas las chicas con las que se acostaba.

—¿Cómo las fotografiaba?

—¡Desnudas y en unas poses que ni le cuento!

—¡No, no, cuénteme, cuénteme!

—Y también mientras mantenían relaciones sexuales, ya fueran completas, orales o anales... ¿Me

explico?

—Aydiosmiodiosmío...

¡Aydiosmiodiosmío!

—¿Se encuentra bien?

—Espere, que voy a beber un poco de agua.

Volvió enseguida, pero seguía alteradísimo.

—Pero ¿usted... es... esas... fofotos... las ha encontrado?

—Sí. Son unas ciento ochenta.

Durante unos instantes, por el teléfono se oyó tan sólo la respiración de Tommaseo, que parecía un submarinista con la botella vacía.

—¡Mándemelas de inmediato! —  
exhaló por fin.

Decidió hacer precisamente eso, para que se dedicara a mirarlas cuanto quisiera y no le tocara los huevos durante una temporada.

Había calculado que Livia no llegaría a Vigàta antes de las dos y media. Miró el reloj: ya era más de la una.

Para no arriesgarse, llamó a Enzo y avisó de que irían a comer bastante tarde.

Y, mientras tanto, ¿cómo podía matar el tiempo?

Sólo le quedaba una opción: firmar unos cuantos informes. Suspirando, se levantó, fue al armario, lo abrió, sacó un fajo de expedientes, lo dejó encima de

su mesa, se sentó, cogió un bolígrafo y puso manos a la obra.

Como había calculado, a las dos y media Catarella lo avisó de que había llegado «la señorita que es su novia de usía». Montalbano volvió a meter las carpetas en el armario y salió.

Livia lo esperaba al lado de su coche. Mientras se acercaba, se fijó en que estaba un poco más delgada, pero también daba la impresión de haber rejuvenecido.

Se abrazaron con fuerza. Sus cuerpos se entendían al vuelo, aunque a veces sus cerebros fueran cada uno por su lado.

—¿No llevas maletas?

—Sí. Una. Catarella ya la ha metido en el coche.

—¿Nos vamos?

—Sí, tengo un poco de hambre.

—¡Pues imagínate yo!

Para celebrar la llegada de Livia, Enzo había hecho las cosas a lo grande. Livia no sabía cocinar, eso estaba claro, pero sí sabía comer.

Al acabar, el comisario pensó que el paseíto por el muelle le sentaría de maravilla, pero estando Livia allí no era posible.

—Te acompaño a Marinella.

En cuanto llegaron, él sacó la maleta mientras ella abría la puerta con sus

llaves. Montalbano la llamó y ella volvió sobre sus pasos. Había escampado, ya no llovía.

—Mira la colina, hacia la mitad de la costa. Cerca de aquella mancha grande de sorgo. ¿Ves un agujero? Es la entrada de la gruta donde vive nuestro vagabundo.

Llevó la maleta al dormitorio y luego preguntó:

—¿Cómo quedamos?

—¿Tienes que irte ya mismo?

Montalbano miró el reloj.

—Puedo quedarme una horita.

Sin mediar palabra, Livia lo abrazó y lo hizo caer encima de la cama.

—Pero ¿qué te has hecho?

—¿Dónde?

—Por todas partes. Aquí... Aquí...  
Aquí...

—¡Ja, ja! ¡Me estás haciendo cosquillas! ¡No, ahí no, por favor!

—Tienes una piel espléndida. Y estás toda, no sé cómo decirlo, tonificada.

—No te lo había contado, pero hace seis meses que voy al gimnasio. Tú también deberías ir, te sentaría bien.

¡Lo que le faltaba, un gimnasio! Además, en ese momento tenía otras cosas en la cabeza.

—¡Por el amor de Dios! Se te ha puesto un cuerpo que...

—¿Te gusta?

—¡Ahora vas a ver si me gusta!

—Pero ¿no tenías que ir a comisaría?

—Puedo perder media horita más.

—¿Cómo dices? ¿O sea que conmigo pierdes el tiempo?

—Lo has entendido mal, he dicho: «Puedo quedarme media horita más.»

—¡Has dicho «perder», lo he oído perfectamente!

—Pues muy bien, perdona, me he equivocado de verbo.

—¡Cabrón!

—Oye, ¿no podríamos dejar la discusión para la noche?

Cuando llegó a la comisaría eran más de las cuatro.



—¡Ah, *dottori!* Está aquí la señorita que tiene el mismo nombre que su hermana. Lo espera en la sala de *esperancia*.

—Llévala a mi despacho.

Stella Mirmana entró mirando alrededor y apretando los labios. Estaba aún más asustada que la primera vez.

—¿Por qué me ha...?

—Póngase cómoda. Y tranquilícese, por favor. La he hecho venir, ante todo, para decirle que he encontrado las fotos que le hizo Barletta a escondidas.

Stella pegó un bote en la silla y estuvo a punto de caerse, se puso colorada, bajó la cabeza y se quedó mirando el suelo.

—¿Las...? ¿Las ha mirado?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabe que son las mías?

Montalbano sacó del bolsillo el sobre amarillo y se lo tendió.

—Lleva su nombre.

La joven lo abrió, cogió una foto y la miró.

En ese mismo instante, tiró el sobre y la foto encima de la mesa y se levantó de golpe. Ahora se había quedado pálida.

—Por favor, un baño.

El comisario se puso de pie, la agarró del brazo, se la llevó por el pasillo, abrió la puerta del baño, la hizo pasar,

entró tras ella y cerró a su espalda. Stella se apoyó con las manos en la pared del retrete y empezó a vomitar en la taza. Montalbano le sostenía la frente.

Luego la llevó al lavabo, abrió el grifo, le lavó la boca y se la secó con su pañuelo.

—¿Te ves con fuerzas para volver a mi despacho?

La había tuteado de forma espontánea. Como a una... hija.

Ella asintió, pero al salir del baño se apoyó en el brazo del comisario. No se aguantaba de pie, tenía las piernas como un flan. Nada más entrar en el despacho, la ayudó a sentarse.

—¿Quieres un poco de agua?

—No.

Tragó saliva e hizo una mueca de disgusto.

—Tengo mal sabor de boca...

Montalbano recordó que por algún lado había un paquete de caramelos que no sabía ni por qué tenía. Lo encontró en el fondo de un cajón y se lo ofreció.

Stella cogió uno, lo desenvolvió y se lo metió en la boca.

Observando sus gestos, el comisario sintió una punzada de lástima: parecía una chiquilla.

Metió la fotografía en el sobre y se lo ofreció.

—Puedes quedártelas. Te aconsejo quemarlas.

A la muchacha se le iluminó la cara.

—Entonces, ¿no las verá nadie?

—Nadie.

Aferró el sobre con la mano un momento, pensando a saber qué, y luego, de repente, se lo devolvió.

—¿Podría quemarlas usted?

—Claro.

Montalbano se metió de nuevo el sobre en el bolsillo de la americana.

—Mira, también te he hecho venir para preguntarte algo.

—Pregúnteme todo lo que quiera.

—Me dijiste que aquella noche no la pasaste con Barletta.

Stella se sobresaltó.

—¡Se lo juro! ¡Aquella noche no fui

al chalet! Puede confirmarlo si habla con...

—No me hacen falta confirmaciones, te creo. Mi pregunta es otra. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste con él?

—Hace un poco más de un mes.

—¿Por qué dejó pasar todo ese tiempo?

—Mire, le cuento cómo fue. El mismo día en que mi padre encontró trabajo, llamé a Barletta para informarle de que no estaba dispuesta a volver a verlo, pero él me contestó que era mejor hablarlo cara a cara y me pidió que quedáramos a la hora de siempre.

¿Se trataba quizá de la llamada que había oído Giovanna?

—Trata de acordarte: cuando hiciste esa llamada, ¿contestó él?

—No, su hija. Me lo pasó enseguida.

—¿Y qué hiciste?

—Fui decidida a cortar con él, pero casi ni me dejó hablar: me interrumpió para revelarme que me había hecho fotos, que eran explícitas y comprometedoras y que pensaba enseñárselas a mis padres si no... ¿Qué podía hacer? Al final me dijo que quería volver a verme pronto y que, si no obedecía... Empecé a pasarlo fatal... de día y de noche. No sabía qué hacer. ¿Aceptar y seguir acostándome con él? ¿O quizá cortar, sabiendo que se vengaría enseñando las fotos? Ya le dije

que él, cuando quería verme, ponía...

—...el felpudo de una forma determinada, lo recuerdo.

—Todas las tardes pasaba por delante de su puerta con el corazón en un puño, pero el felpudo siempre estaba en su posición normal. Y así siguieron las cosas durante un mes, hasta que me enteré de que lo habían matado.

—¿Tú por qué crees que no volvió a llamarte?

Stella se quedó pensativa.

—Seguro que había encontrado a otra que le interesaba mucho más que yo.

—¿Cómo puedes estar tan convencida?

—Porque Barletta era un maníaco, un



obseso. No habría podido aguantar un mes entero sin...

—¿Tienes alguna idea, aunque sea remota, de quién puede haber sido esa última chica?

—No creo que...

—Piénsalo bien antes de contestar. En vuestros últimos encuentros, ¿notaste algún cambio en él?

En mitad de la frente de la muchacha se formó una arruga. Estaba recostada contra el respaldo de la silla y tenía los ojos entrecerrados. Se quedó un buen rato en silencio y luego se decidió a hablar.

—Que yo recuerde, fue siempre igual. Mezquino, repugnante y sobre todo

malvado.

Stefania, en cambio, había hablado de él de un modo muy distinto.

—¿Por qué malvado? ¿Cómo te trataba? ¿Te pegó alguna vez?

—Eso no. Me trataba como a una cosa de usar y tirar.

—Pero ¿te hablaba? ¿Qué te decía?

—Nunca me hablaba.

—¿Ni una sola palabra?

—En ese sentido, no. Abría la boca sólo para darme órdenes. Cuando llegaba, él ya estaba desnudo y me decía: «Desvístete poco a poco.» Su mayor placer era humillarme. Lo único que decía era: «date la vuelta», «ponte boca abajo», «abre la boca». Me

obligaba a hacer cosas horribles, y nunca estaba contento. «Vales muy poco, ¿lo sabías?» O si no: «La otra vez lo hiciste mejor.» Me despedía diciendo simplemente: «Vete.» Nunca una palabra amable. —Hizo una pausa y luego añadió—: Estoy convencida de que, físicamente, tampoco le gustaba demasiado.

—Y entonces, ¿por qué insistía en...?

—Porque creo que se excitaba muchísimo con la sola idea de tenerme a su completa disposición.

Ésa era una buena explicación para un personaje tan complejo como Barletta.

El comisario escribió unos cuantos números en una hoja y se la dio a la

joven, levantándose.

—Ahí tienes mi teléfono directo de comisaría y el de casa. Si recuerdas algo extraño del comportamiento de Barletta, lo que sea, por muy anecdótico que te parezca, llámame.

Más tarde recibió una llamada de Mimi Augello.

—Acabamos de terminar ahora mismo de registrar el chalet.

—¿Habéis encontrado algo?

—Nada importante. Ahora vamos al piso. Creo que ahí la cosa se alargará más.

—¿Acabaréis ya de noche?

—Sí.

—Hazme un favor, Mimì: si encuentras algo, llámame a Marinella. A las ocho me voy a cenar con Livia, pero a partir de las diez seguro que ya estamos en casa.

Había quedado con Livia en que iría a recogerla a Marinella a las ocho.

Sólo eran las siete, pero, puesto que en la comisaría no había nada que hacer, aparte de firmar los dichosos papeles, decidió irse ya.

Como había poco tráfico, a las siete y veinte abrió la puerta de su casa. Livia no estaba, quizá hubiera cogido el autobús de línea procedente de Montereale para ir al pueblo a comprar

algo que necesitaba. El autobús de vuelta pasaba a las ocho menos cuarto, así que llegaría puntual a la cita.

Sabía que no iba a encontrar nada en la nevera ni en el horno: tenía la certeza absoluta de que Adelina, para desquitarse de la llegada de Livia, no habría preparado nada para cenar. Los abrió para matar el rato, más que otra cosa, y comprobó que, si dentro no había un vacío absoluto, faltaba poco.

Decidió darse una ducha con toda la calma del mundo, ya que le sobraba tiempo. Al terminar, se puso de punta en blanco.

Miró el reloj. Eran las ocho. Fue a la puerta, la abrió, salió a ver si divisaba a

Livia a lo lejos. Nada. Volvió a entrar.

Debía de haber perdido el autobús. El último pasaba a las nueve.

Aun así, ¿por qué no había telefoneado? ¿Creería que seguía en la comisaría?

Lo mejor sería llamarla. Marcó el número de su móvil, pero la típica voz femenina antipática le contestó que la persona a la que llamaba no estaba disponible.

¿Dónde coño se había metido?

Llamó a la comisaría.

—¡A sus órdenes, *dottori!*

—Oye, Catarella, ¿por casualidad Livia ha pasado por allí o ha telefoneado?

—No, señor *dottori*, ni ha pasado ni ha *tilifoniado* en absoluto.

—Si por casualidad hace alguna de las dos cosas, dile que me llame a casa.

A las ocho y cuarto oyó por fin que se abría la puerta. Entró Livia, jadeante.

—Perdona el cuarto de hora de retraso.

—¿Qué cuarto de hora? ¡Si te estoy esperando como mínimo desde las siete y media!

—¡Habíamos quedado a las ocho, y sólo llego con un cuarto de hora de retraso! Si tú has llegado media hora antes, es asunto tuyo. ¡Una cosa son las siete y media y otra, las ocho!

—¿Adónde has ido?



—A ver a alguien.

—¿A quién?

—¡Oye, conmigo no utilices ese tono de comisario!

—¡Dime a quién has ido a ver!

—No te lo voy a decir. ¡Y no insistas!

—Como quieras. Venga, vamos a cenar.

—¿Adónde?

—A la *trattoria* de Enzo.

—Espera, que tengo que cambiarme los zapatos. Se me han manchado de barro.

Así, mientras ella entraba en el dormitorio, Montalbano comprendió a quién había ido a ver. Al vagabundo. Había subido hasta la gruta y se había

ensuciado los zapatos.

—Estoy lista.

Salieron en silencio, hicieron el trayecto en silencio, llegaron a la *trattoria* en silencio.

Sólo cuando ya se habían comido un *antipasto di mari* capaz de resucitar a un muerto, el comisario se decidió a hablarle:

—Bueno, ¿me cuentas qué tal ha ido la visita a la gruta?

## 7

Livia llevaba demasiados años junto a Montalbano como para sorprenderse con aquella pregunta.

—¿Lo has deducido por los zapatos?

—Sí.

—Te lo he dicho adrede. Quería ver si lo descubrías, si al menos tus facultades de policía seguían funcionando.

—¿Cómo que «al menos»? ¿Quieres decir que las demás facultades no me

funcionan?

—No es que no te funcionen, pero...

¿Acaso quería buscarle las cosquillas?

—A ver, Livia, tú lo que quieres es provocarme sólo para no reconocer que se te ha escapado, así que olvídate de las pullas sobre si mis facultades funcionan mejor o peor y cuéntame.

—Bueno, cuando me he decidido a ir a la gruta, de verdad, no esperaba encontrármelo.

—Entonces, ¿para qué has ido?

—Para dejarle un regalo.

—¿Qué regalo?

—Dos camisas tuyas sin estrenar.

Montalbano se quedó helado.

—¿Las que me había comprado Adelina?

—Sí. Eran horrorosas.

Un auténtico golpe bajo con todas las letras que tendría que haber estado prohibido en el código de conducta matrimonial. O cuasimatrimonial. No lo había hecho por generosidad, sino para meterlo en un lío. Y ahora, ¿qué le contaría a la asistenta cuando se diera cuenta de la desaparición de las dos camisas del armario?

Estaba claro que no podía decirle que Livia las había regalado, porque las dos acabarían liándose a bofetadas y él cargaría con las consecuencias. En resumen, seguiría el juego de Livia.

Menos mal que tenía dos días de margen para encontrar una buena excusa. Se le pasó por la cabeza un proverbio que se había inventado y que rezaba: «Adelina enfadada significa cena agriada.»

Así pues, lo mejor era disimular ante Livia y no darle más motivos de revancha.

—Dime qué has hecho.

—Bueno, las he metido en una bolsa de plástico y me he ido a la gruta. Él estaba dentro, sentado en una silla desvencijada, y leía un libro a la luz de una lámpara de petróleo.

—¿Qué libro?

—No he podido ver el título en la cubierta. Se ha levantado, me ha hecho

una reverencia y me ha pedido que me sentara en su silla mientras guardaba el libro en una de las cajas de cartón que hay en un rincón. Luego se ha sentado encima. No me ha preguntado qué hacía allí. Nos hemos quedado en silencio unos instantes.

—¿Y luego?

—Le he tendido la bolsa, me ha dado las gracias, ha mirado dentro y me ha preguntado si era tu mujer. A saber cómo habrá descubierto...

—No ha descubierto nada. En realidad, no eres mi mujer.

—¡Qué gracioso eres, Dios mío!

—¡Venga, que era broma! Es un hombre inteligente. Se habrá preguntado

cómo era posible que, en cuestión de pocos días, primero un hombre y luego una mujer le llevaran ropa de regalo. Y se habrá respondido a partir de la hipótesis de que las dos visitas estaban relacionadas entre sí. Te ha hecho la pregunta más lógica.

—Es un hombre culto.

—Yo también me he dado cuenta.

—Sus modales son perfectos, es muy cortés. Y por eso...

—Por eso ¿qué?

—Cada dos por tres sientes la tentación de preguntarle por qué vive así.

—Yo no. Sería una grosería.

—¿Tú crees?



—¿No te ha contado nada de él, espontáneamente?

—Nada que tuviera que ver con el pasado.

—Explícate mejor.

—No me ha dicho nada de su vida anterior, antes de acabar como un vagabundo. Bueno, en realidad no es exactamente un vagabundo, por mucho que vague por ahí. Lo único que está claro es que no es siciliano, se nota por el acento. Me ha dicho que llegó aquí hace seis años, casi por casualidad, que se encontró a gusto y se quedó. Mientras hablaba, me daban ganas de reír.

—¿Y eso?

—Parecía un turista rico contando por

qué había decidido pasar el resto de sus días en Hawái.

—Qué raro que no lo haya visto antes.

—Hay una explicación. Me ha contado que al llegar, hace seis años, se instaló por el término de... Espera, que no me acuerdo... El nombre empezaba por la letra te... En fin, no tiene importancia... Luego allí ya no se sintió cómodo y se vino hacia la Scala dei Turchi... Hace sólo tres meses que descubrió esa gruta.

Hizo una pausa y dirigió una rápida mirada a Montalbano.

—¿Sabes qué?

—No soy adivino.

—Pero antipático sí. ¿Si te lo digo te

molestarás?

—¿Te has dejado seducir entre las cajas de cartón?

—¡Qué tonto eres! ¡Ya no te cuento nada más!

—Si me lo cuentas, ¡te regalo esta anilla de sepia crujiente!

Livia rió y continuó:

—Lo he invitado a comer mañana.

Montalbano se inquietó. No le daba miedo la presencia del vagabundo, sino la idea de que Livia fuera a cocinar.

—¿Y qué ha dicho?

—Ha rechazado la invitación con una amabilidad extrema.

—Eso confirma que es un hombre muy inteligente.

—Pero a mí me gustaría conocerlo mejor, ayudarlo...

—¿Él te ha dicho que necesita ayuda?

—No.

—Entonces, ¿por qué quieres ayudarlo?

—Porque me da la impresión de que le gustaría...

—...que lo dejaran en paz, créeme. Escúchame bien: siendo tú, como todas las mujeres, sumamente curiosa, te mueres de ganas de descubrir el secreto de ese hombre.

—O sea, que lo mío sólo es curiosidad, ¿no?

—Yo diría que sí.

Livia siguió comiendo el segundo

plato y no dijo ni una palabra más.

Cuando a la mañana siguiente llegó a la comisaría, Mimì Augello estaba esperándolo.

Iba sin afeitarse, con la ropa arrugada y la cara marcada por el cansancio.

—¿Por qué no me llamaste anoche al terminar?

—Porque no terminé anoche, sino hace apenas diez minutos. Bueno, lo hemos dejado porque nos estábamos cayendo de sueño. Continuaremos hoy después de comer, a las cuatro.

—¿Y cómo es posible que no hayáis podido acabar el...?

—Es que en el piso hay un altillo

repleto de trastos viejos, y también un centenar de paquetes de cartas y documentos. He preferido examinarlos allí, para no llenar la comisaría de sacos.

—Oye, ahora que lo pienso, ¿habéis encontrado el testamento?

—No. Si es cierto que lo hizo, puede que esté entre los papeles que aún no he visto.

—¿Había algo útil?

—Es posible. A lo largo de su vida, Barletta se metió en un montón de actividades, siempre preocupándose de sacar tajada. O sea, que hay muchísimos contratos, actas notariales y documentos varios. Un coñazo.

—¿Cartas de amor?

—No.

—¿Y notas?

—Tampoco.

—Qué raro.

—¿Por qué?

—Tú mismo me contaste que Stefania lo perseguía con llamadas telefónicas, notas... ¿Por qué no han aparecido?

—¿Y quién te dice que las guardaba?

—¡Vamos, hombre! ¡Con lo vanidoso que era! ¿Se quedaba las fotografías de las mujeres con las que se había acostado y las notas no?

—Te lo repito: aún no hemos acabado de mirarlo todo.

—Dime qué has encontrado de

momento.

—Estas dos cartas. —Las sacó del bolsillo y las dejó encima de la mesa—. Hasta luego, voy a acostarme.

Se trataba de dos hojas sueltas sin sobre. El comisario leyó la primera, escrita a mano. Estaba fechada veinte días antes. Decía:

*Cuando le pedí el préstamo, ya sabía que se aprovecharía vilmente de la situación. No me hacía ilusiones: dos de sus víctimas ya me habían prevenido de que era un usurero, pero me vi obligado a recurrir a usted porque los bancos me habían retirado el*



*crédito. Como era de prever, usted ha conseguido en apenas dos años dejarnos a mi familia y a mí en la calle. Ahora ya no tengo nada que perder, no sé si me entiende. Un hombre que no tiene nada que perder puede ser peligroso. Que duerma bien, si es que puede.*

Y debajo estaba la firma: «RICCARDO NOTO.»

Por fin empezaba a tener algo tangible, aquello era una amenaza de muerte bien clara.

La segunda hoja también estaba escrita a mano, iba sin fechar y rezaba:

*Algún amigo me había avisado*

*pero yo no me creía que pudieras llegar a tanto no eres un hombre sino una mierda, una bestia asquerosa a la que hay que aplastarle la cabeza el que un día u otro te mate libraré a la tierra de uno de los peores delincuentes que existen y si no lo hace otro lo hago yo sin remordimientos en realidad disfrutando me has quitado todo lo que tenía y has hecho que mi mujer pierda la razón.*

No llevaba firma.

Eso también era una amenaza de muerte. Y con la primera, ya sumaban dos. ¿No querías caldo? ¡Pues toma dos

tazas! En cualquier caso, el registro había sido una gran idea.

Llamó a Fazio y le dio a leer las dos cartas. Al terminar, el otro lo miró y dijo:

—Con esto se confirma que era un usurero.

—¿Tú conoces a ese tal Riccardo Noto?

—El nombre me suena, pero no recuerdo exactamente de qué.

—Cuando te acuerdes, ya me dirás. Habría que descubrir de quién es la otra carta, la que no va firmada.

—Ése asegura que su mujer ha perdido la razón. Si es una frase hecha, será difícil descubrir el nombre del

autor de la carta, pero, si su señora se volvió loca de verdad y la metieron en un manicomio, la cosa ya es más fácil.

—Pero ¡si ya no hay manicomios!

—Sigue habiendo clínicas y centros de salud mental.

—Muy bien. Ponte a buscar ahora mismo.

No habían pasado ni diez minutos cuando Fazio se presentó delante del comisario.

—¡No me digas que ya lo has hecho todo, que me cabreo!

—No, jefe, quería decirle que ya me ha venido a la cabeza de qué me sonaba ese Riccardo Noto. He hecho un par de

llamadas para confirmarlo. Está muerto.

Montalbano dio un respingo.

—¿Cómo que muerto?

—Lo embistió un conductor que se dio a la fuga hace unos diez días.

—¿Y no descubrieron quién era?

Fazio sonrió.

—Usía ha tenido la misma idea que yo; o sea, que Barletta, al verse amenazado por Noto, había decidido adelantarse y quitarlo de en medio.

—¿Y?

—Al conductor que se dio a la fuga lo identificaron y lo detuvieron los carabinieri. Resultó que era una mujer. Y no tenía absolutamente nada que ver con Barletta.

—¿Estás seguro?

—¿De que no tenía relación con Barletta? Segurísimo.

Uno menos. Vaya por Dios.

Para saber si Barletta había hecho testamento, la única solución era dirigirse a su notario, aunque quizá fuese necesaria una orden judicial para que contara algo sobre uno de sus clientes, de modo que llamó a Tommaseo. Le contestó una voz de mujer que no conocía.

—El comisario Montalbano al aparato. Quería hablar con el *dottor* Tommaseo.

—No está en su despacho.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Mire, déjelo en paz.

Pero ¿cómo se atrevía a decirle eso?

—Perdone, ¿usted quién es?

—Una compañera. Llame pasado mañana.

—¡Es que no puedo esperar tanto tiempo!

—¿Qué quiere que haga? A mi compañero se lo han llevado al hospital.

—¿Cuándo?!

—Hoy a primera hora.

—¿Y qué le ha pasado?

—Una indisposición.

¡Tal vez había visto las fotografías y le había dado un síncope!

—¿Podría hacerle una consulta a

usted?

—Cómo no.

—¿Los notarios están obligados a mantener el secreto profesional?

—Por supuesto.

—Así pues, si necesito información sobre uno de sus clientes, ¿tengo que pedir una autorización?

—Me parece elemental.

—Gracias. Y, si ve al *dottor* Tommaseo, transmítale mi deseo de que se recupere muy pronto.

«Y sobre todo, ¡quítenle las fotografías de delante!», pensó.

Enseguida llegó a la conclusión de que por hacer una llamada al notario no perdía nada. Si le decía que no, sería



cuestión de paciencia y de esperar a que Tommaseo se recuperase.

Pero ¿cómo se llamaba? Giovanna se lo había dicho. Hizo un esfuerzo para recordarlo.

¿Pirroco? ¿Pissipo? ¿Pitino? Nada, no había forma.

Lo mejor era llamarla por teléfono para preguntárselo.

—Buenos días, señora. Montalbano al aparato.

—Buenos días. Dígame.

—¿La molesto?

—No se preocupe.

—Necesitaría saber el nombre del notario con el que su padre...

—Se llama Piscopo.

—Gracias. Eso es todo.

—Espere, porque... —Hubo un instante de vacilación, pero continuó—: En la notaría no hay ningún testamento.

—Perdone, pero ¿usted cómo lo sabe?

—Me lo ha dicho Arturo, que lo llamó ayer mismo.

El hijo se había apresurado a descubrir qué tajada de la herencia le tocaba cuando aún no se había celebrado ni el entierro.

—Entonces, ¿hay que suponer que no hizo testamento?

—No creo que la situación sea ésa.

—¿Y cómo es?

—Mire, comisario, ¿no podríamos

vernos y hablarlo en persona? Yo además tengo...

Se interrumpió otra vez.

—¿Qué tiene?

—Tengo que pedirle un favor.

—¿Podría pasar por comisaría a las cuatro?

—De acuerdo.

—¡Ah, *dottori!* ¡Ah, *dottori, dottori!*

Era la cantinela habitual de Catarella cuando telefoneaba «el *siñor* jefe *supirior*», como lo llamaba él.

—¿Qué pasa?

—¡Pasa que tengo al *siñor* jefe *supirior* al aparato! Quiere saber si usted, que vendría a ser usía, está en

comisaría, que dice que entonces quiere hablar con...

—Pues tú dile que me has buscado por todas partes y que no lo has encontrado.

—¿A quién, *dottori*?

—A mí, naturalmente.

—¡Virgen santa, yo ya no entiendo nada!

El comisario colgó.

A la una menos diez, salió para ir a buscar a Livia a Marinella.

En lugar de abrir con su llave, llamó al timbre. Le gustaba que Livia acudiese a abrir la puerta y, nada más entrar, le diera un beso.

Lo sorprendió mucho verla vestida de estar por casa y hasta con delantal.

—¿Qué haces así todavía?

—¡Sorpresa! ¡He ido al pueblo, he hecho la compra y he preparado yo la comida!

Recibir un porrazo en la nuca a traición habría sido preferible, sin duda.

Por su mente pasó una especie de cántico nostálgico y melancólico, muy manzoniano, que decía así: «¡Adiós, salmonetes de roca todavía con aroma a mar, fritos por Enzo de tal modo que te elevan al cielo! Adiós...»

—¿Qué te pasa? Estás pálido.

Reaccionó con rapidez y se aferró a esas palabras.

—Sí, la verdad es que no me encuentro bien... —contestó, cerrando la puerta y llevándose una mano a la boca del estómago.

—¿Y eso?

—Tengo unas náuseas tremendas. Desde hace como una hora. Me parece que no voy a poder disfrutar de tus... ¡Qué pena!

Livia se llevó un chasco.

—Ven al menos a la cocina a ver...

—Me siento incapaz, perdona. El olor me provocaría aún más...

—Pero ¡si huele que alimenta! De primero he preparado espaguetis con almejas.

—No pongo en duda que huelan de

maravilla, pero créeme... Mira, vamos a hacer una cosa. Tú come y yo espero en el porche a que termines.

—Al menos hazme compañía mientras...

—Lo siento, pero me sentaría mal.

Era mejor ayunar.

Ni una sola vez había acertado Livia con el momento en que había que colar la pasta. El noventa y nueve por ciento de las veces le quedaba una masa apelmazada, desagradablemente compacta. En el uno por ciento restante de los casos le quedaba cruda, como acabada de salir del *pastificio*.

Y encima: o estaba tan salada que se ponía amarga, o tan sosa que daba la

impresión de que uno tragaba gusanos.

No, mil veces mejor quedarse con el estómago vacío.

Se tomó un café con ella, eso sí. Luego miró la hora. Eran las tres.

—Tengo que volver a comisaría.

—¿Te ves con fuerzas?

—No. Pero me toca ir. Tengo un expediente urgente que ya no puede esperar más.

Subió al coche y se marchó a toda pastilla.

A las tres y veinte frenó de golpe delante de la *trattoria* de Enzo.

Entró como un cohete, hasta el extremo de asustar a Enzo.



—¿Qué le pasa, *dottore*?

—Nada, nada, tengo prisa. Tráeme sólo un buen plato de *antipasti*.

—¿Sólo *antipasti*? Me estaba friendo para mí unos cuantos salmonetes que...

—Muy bien, pero mientras tráeme los *antipasti*.

Se dio un atracón y al final llegó a la comisaría a las cuatro y diez.

## 8

—¡Ah, *dottori*! Parece que estaría la *signora*...

—Ya lo sé. Hazla pasar a mi despacho.

Al entrar, Giovanna le dedicó una gran sonrisa. ¡Virgen santa, qué labios y qué dientes! Estaba más elegante que la otra vez, pero igual de guapa.

Iba vestida con un traje chaqueta sobrio, con la falda a la altura de las rodillas, de modo que al sentarse dejó al

aire unas piernas larguísimas y hermosísimas que el comisario, pese a sus esfuerzos por evitarlo, se entretuvo en contemplar debidamente. Por otro lado, ya no tenía ojeras: se había recuperado de la muerte de su padre.

—Le pido perdón por haberla hecho esperar, señora, pero ha habido un lamentable imprevisto que me ha obligado a retrasarme...

La explicación debería haber continuado así: «Resulta que a Livia, mi pareja, le ha entrado de improviso la chifladura de ponerse delante de los fogones y me he visto obligado, para salvar la vida, a irme a comer a una *trattoria*, cuando ya era tarde.»

Sin embargo, no ofreció esa aclaración y Giovanna contestó de inmediato:

—¡No tiene ninguna importancia!

Y le sonrió otra vez.

¡Desde luego, menuda boca!

—¿Sabe qué? No me apetecía hablar del testamento por teléfono —añadió enseguida—. Tenía a la tata al lado...

—Comprendo.

—¿Recuerda que le conté que había habido alguna desavenencia entre Arturo y mi padre debido a sus voluntades testamentarias?

Lo dijo exactamente así, «voluntades testamentarias».

—Lo recuerdo perfectamente.

—Pues bien, el domingo siguiente papá me comunicó que lo había hecho.

—¿El testamento?

—El testamento.

Pero ¿la otra vez no había dicho que no sabía nada?

—¿Estaba presente también su hermano?

—No, aunque papá me dijo que se lo diría también al día siguiente.

—Es decir, ¿que había cogido una hoja, había escrito el testamento a mano, lo había firmado y luego lo había metido en un sobre en el que había puesto el clásico «Últimas voluntades»?

—Más o menos, sí. Debió de dejar un testamento... ¿cómo se dice?, ológrafo.

—¿Y por qué no pediría ayuda a su amigo el notario?

—No sabría decirle.

—Entonces el testamento tiene que estar en algún sitio, o en el chalet o en su piso de Vigàta.

—Yo creo que sí. De hecho, Arturo se muere de ganas de que quiten el precinto para ponerse a buscarlo.

—Pues yo puedo ahorrarle una parte del esfuerzo. Dígale que en el chalet no lo hemos encontrado.

Giovanna no pareció sorprendida.

—¿Lo han registrado?

—Sí.

—¿Y en su piso de aquí?

—Siguen en ello. Ya han llegado al

altillo.

—Ahí no creo que lo encuentren. Papá debía de guardarlo en un cajón de su escritorio. —Sonrió con cierta malicia—. Allí guardaba todos sus secretos.

Montalbano decidió darle una estocada.

—Por ejemplo, ¿las fotografías pornográficas?

Giovanna lo encajó estupendamente. Incluso pareció que le hacía gracia.

—¿Ahora las tienen ustedes?

—Ya no, las tiene el fiscal.

La sonrisita se volvió más maliciosa.

Al comisario le dio la sensación de que había realizado un ligero

movimiento. De hecho, se le había subido un poco la falda.

—Usted... ¿las ha visto?

Si quieres provocarme, yo también te provoco.

—Lo justo para hacerme una idea —contestó él—. ¿Y usted?

—Les eché un vistazo una única vez, a escondidas. Como comprenderá, no es agradable ver a tu propio padre...

En realidad, no parecía turbada en absoluto.

—Volvamos al testamento —pidió Montalbano—. Si al final no se encuentra, ¿qué pasará?

—Arturo me ha explicado que, en ese caso, se repartiría la herencia a partes



iguales entre nosotros dos. Como si papá hubiera muerto intestado.

¡Cuántas palabras técnicas se sabía la señora!

—Entonces, no se cumpliría la voluntad de su padre.

—Exacto.

Montalbano hizo un movimiento deliberadamente arriesgado:

—En definitiva, su hermano sacaría provecho de esa desaparición.

—No se puede negar —contestó ella, y al instante añadió—: Pero le ruego, comisario, que vaya despacio y no saque conclusiones precipitadas.

«Queridísima señora Giovanna, es usted una auténtica maestra en el arte de

tirar la piedra y esconder, con suma elegancia, la mano», se dijo él.

—Por teléfono me señaló que quería pedirme algo.

—Ah, sí. Pero antes tengo que hacerle una pregunta. Al registrar el chalet, ¿ha encontrado un estuche con un anillo que tiene una rosa de brillantes en el centro? No es que tenga un gran valor, pero ya sabe cómo son estas cosas... Le he cogido cariño.

—A registrar el chalet mandé al subcomisario.

—¿Y sabe si...?

—Puedo preguntárselo.

Con la línea directa, llamó a Augello al móvil. Puso el altavoz.

—¿Cómo lo lleváis?

—Hemos empezado hace apenas treinta minutos. Aún nos quedarán dos horitas más.

—¿Y el testamento?

—Nada.

—Oye, Mimì, cuando registrasteis el chalet, ¿visteis un estuche con un anillo que tenía en el centro una rosa de brillantes?

—Sí, estaba en el baño de arriba. Se había caído y se había quedado encajado detrás de un mueblecito. No era fácil de ver.

—¿Quién lo tiene?

—Lo dejamos encima del lavabo.  
Montalbano colgó.

—¿Lo ha oído?

—Sí. ¿Puedo pedirle un favor?

—Dígame.

—¿Podría ir a buscarlo?

—Señora, el chalet sigue precintado.

—Pero ¿no habría forma de...?

—Habría que pedir una orden al...

—¡Eso tardaría muchísimo! Y yo lo necesito cuanto antes. Y más aún si lo han dejado a la vista de cualquiera.

Montalbano no comprendió el sentido de esas últimas palabras. Estaba a punto de pedirle una explicación cuando ella se levantó, nerviosa. Fue hasta la ventana.

La estrecha falda marcaba en todo su esplendor el planeta posterior.

—¿Por qué lo necesita con tanta urgencia? —preguntó Montalbano, levantándose para reunirse con ella.

—No quiero que mi marido vea ese anillo —contestó en voz baja, sin dejar de mirar por la ventana—. ¡Podría desencadenar una tragedia! Nuestro matrimonio se desmoronaría.

¡Tenía un amante! ¡Y encima bastante rico! Eso explicaba los vestidos de marca, la tata...

Entonces se volvió y dio un paso hacia el comisario. Se acercó tanto que él notó el calor de su cuerpo, el aliento de su respiración.

—¿De verdad que no puede hacer nada por mí?

Montalbano sintió un leve escalofrío y se echó hacia atrás, hasta llegar a una zona de seguridad.

—Mire, señora...

—Se lo ruego.

Y se acercó otra vez.

—¿Usted tiene llaves del chalet? — preguntó Montalbano.

—Sí. Las llevo encima.

—A ver, podría... Pero...

—Pero ¿qué? —preguntó ella, ansiosa.

—Tendría que acompañarla.

—¡No sabe cómo se lo agradecería!

Y la larga y profunda mirada que le dirigió hizo sudar al comisario.

Se dirigieron al chalet cada uno en su coche, de modo que Giovanna, en cuanto recuperase el anillo, pudiera volver a Montelusa.

El comisario retiró el precinto y ella abrió con sus propias llaves. El interior estaba a oscuras porque los postigos se habían quedado cerrados.

Montalbano accionó el interruptor, pero la luz no se encendió. Debían de haberla desconectado.

—¿Sabe dónde está el contador?

—Detrás de la casa. Pero podemos abrir las ventanas.

Sin esperar el permiso de Montalbano, abrió una. Luego se dirigió hacia la escalera. Subieron, ella primero

y después él.

En el piso de arriba, la oscuridad era total. El comisario se detuvo, ella entró en el baño y abrió también la ventana. Luego se la oyó exclamar:

—Pero ¡si no está!

Montalbano entró en el baño. Encima del lavabo no había nada, ni rastro de ningún estuche. Sin embargo, lo que más lo sorprendió fue el cambio que se había producido en Giovanna. Estaba pálida como un cadáver y temblaba, con los ojos como platos, murmurando una especie de letanía:

—Diosmiodiosmiodiosmío...

Luego corrió hacia él, lo abrazó y apoyó la cabeza en su pecho.



—¡Ayúdame, por favor te lo pido, ayúdame!

—No haga eso —pidió Montalbano, tratando de liberarse de aquel peligroso abrazo.

Aun así, ella no lo soltó, incluso lo agarró más fuerte. El comisario notó que empezaba a perder el equilibrio.

—Si me permite hacer una llamada...

Giovanna se apartó un poco hasta dejarle el mínimo espacio necesario para moverse. Montalbano rebuscó en los bolsillos, pero no encontró el móvil.

—Para telefonar tengo que ir a la planta baja.

Pero ella sacó su móvil del bolso que llevaba en bandolera y se lo ofreció.

Cuando él se acercó el aparato a la oreja, después de haber marcado el número, Giovanna aproximó la cara para escuchar a su lado.

—Oye, Mimì...

—Ah, Salvo, te he llamado a comisaría, pero Catarella me ha dicho...

—Mimì, el estuche...

—Justo por eso te llamaba. Quería decirte que me he acordado de que lo metí en el primer cajón del armario, debajo de las camisas. No quería dejarlo demasiado a la vista.

Ella se apartó y salió corriendo del baño.

Montalbano perdió algo de tiempo secándose el sudor y cerrando la

ventana. Luego se dirigió a la habitación de invitados con cama de matrimonio, en la que recordaba que había un armario. Giovanna no estaba.

Entonces entró en la otra habitación de matrimonio, donde dormía Barletta.

El armario estaba abierto, el cajón de las camisas medio sacado y Giovanna, de pie, tenía en la mano un estuche.

—¡Lo he encontrado! —exclamó feliz.

El comisario extendió la mano. Ella fingió que no lo entendía con bastante torpeza.

—Me gustaría ver el anillo.

—Pero ¡si ya se lo he dicho! Es un...

—Me gustaría verlo.

Giovanna abrió la tapa y ya estaba a punto de sacar el anillo cuando Montalbano se lo impidió. Alargó la mano y le arrebató el estuche. Ella lo miró estupefacta.

Era un estuche de joyería común y corriente. Lo abrió. En el interior de la tapa, forrada de verde oscuro, había una inscripción en oro: «JOYERÍA MARCO FALZONE. MONTELUSA.»

El anillo era de buen gusto y, a diferencia de lo que había dicho Giovanna, sin duda debía de ser muy caro.

Se lo devolvió. Ella se lo metió en el bolso.

—¿Nos vamos ya? —preguntó

Montalbano.

Giovanna lo miró. Pero ¿lo miraba de verdad o tenía los ojos clavados en él mientras se concentraba en una idea?

—Sí —contestó al cabo de unos instantes, dirigiéndose ya hacia la escalera.

No había mirado siquiera la cama en la que su padre había pasado su última noche junto a una mujer.

Entonces se detuvo de golpe, dio media vuelta y se metió corriendo en el otro dormitorio.

Montalbano, pillado por sorpresa, perdió varios segundos antes de seguirla.

Giovanna no había abierto la ventana.

Más que verla, él la intuyó echada de través encima de la cama de matrimonio, con la cara hundida en la almohada.

Sollozaba.

El comisario fue hasta la ventana y dejó entrar algo de luz. Se volvió. Ella, que no se había movido, levantó el brazo derecho y lo llamó, haciéndole un gesto con la mano.

Quería consuelo.

Nunca, ni por todo el oro del mundo, y pese a que tenía unas ganas terribles de hacerlo, se habría tumbado en una cama con ella.

—La espero abajo —dijo.

Bajó y fue a abrir la puerta y a cerrar la ventana. Oyó que Giovanna empezaba

a bajar los escalones y la esperó al lado de la puerta. La invitó a pasar por señas, pero ella, en cuanto llegó a su altura, se volvió de golpe y pegó los labios a la mejilla de Montalbano. Los dejó allí más de lo debido, apretando cada vez más.

—Gracias.

Era, sin duda, el caso en el que más mujeres lo habían besado.

Salieron, ella cerró con llave y el comisario volvió a poner el precinto.

Giovanna abrió la puerta de su coche y luego le tendió la mano. Montalbano se la estrechó, pero ella no se la soltó. No dejaba de mirarlo a los ojos.

—¿Aceptaría cenar conmigo una de

estas noches?

—Sí —dijo Montalbano.

Total, Livia iba a marcharse pronto.

Como era demasiado temprano para volver a Marinella, se acercó a la comisaría. Un instante después, Fazio entraba en su despacho.

Estaba a punto de decir algo, pero se detuvo de golpe, mirándolo a la cara.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada —contestó el inspector, esquivo.

—¿Qué me cuentas?

—Creo que he descubierto el nombre.

—¿Y cuál es?

—Giuseppe Pace. Tenía una buena



zapatería, pero se vio obligado a pedirle un préstamo a Barletta, que acabó chupándole la sangre. Su mujer está ingresada en una clínica de Montelusa. No está exactamente loca, pero se le va la cabeza.

—Así que encaja todo.

—Eso parece.

—¿Tienes la dirección?

—Sí, jefe.

—Ve a buscarlo. ¿Cuánto tardas?

—Si está en casa, dentro de media horita ya habré vuelto.

Mientras esperaba llegó Mimì Augello, que le dejó encima de la mesa una caja de cartón bastante grande.

—Tengo polvo hasta en las pestañas.  
Me muero por ir a darme una ducha.

—¿Habéis terminado?

—Sí.

—¿Había más cartas de amenaza?

—No.

—¿El testamento?

—Nada. Pero ¿estamos seguros de que ese testamento existe?

—A saber. Probablemente no, por mucho que les dijera a sus hijos que lo había hecho —contestó Montalbano, y luego, señalando la caja, preguntó—: ¿Qué hay dentro?

—Toda la correspondencia amorosa de Barletta. O, al menos, las cartas y las notas que recibía.

—¿Estaba en el altillo?

—No. Lo que pasa es que, como me has puesto la mosca detrás de la oreja, he ido a meterle mano al escritorio otra vez. Te acuerdas de cómo era, ¿no? Parece un castillo. Se me ha ocurrido que quizá era de su bisabuelo. Y entonces he pensado que esos muebles tenían cajones secretos. Total, que me he aplicado y he encontrado dos. En uno estaban las cartas de una sola mujer, seis en total; en otro, todas las demás.

—¿Cómo has descubierto que las que estaban en un cajón aparte eran de la misma mujer? ¿Llevan firma?

—No van firmadas, pero se ve muy claro que todas están escritas por la

misma mano.

—¿Las has leído?

—No. No he tenido tiempo.

—Pues léelas. Ésas y las otras.

—Hay para rato. ¿Sabes qué, Salvo? Ahora ya es tarde, lo haré mañana por la mañana.

—Aún me queda una pregunta. ¿Cómo se las ingeniaba para hacer las fotos a escondidas?

Mimì se lo explicó.

—¿Oiga, *dottore*?

—Dime, Fazio.

—He ido a casa de Pace y he llamado al timbre, pero no me ha abierto nadie. Entonces he pedido información a una

vecina, y me ha contado que Pace se va a dormir todas las noches a casa de su hija, en Montelusa, y vuelve por la mañana hacia las nueve. ¿Qué hago? ¿Voy a Montelusa? Tengo la dirección.

—No hace falta. Tráemelo mañana hacia las nueve y media.

—Perdone, *dottore*, pero ¿y si huye?

—¿Y por qué iba a huir? Si no lo ha hecho hasta ahora...

—Puede que se haya enterado de que estamos registrando las casas de Barletta y, como le escribió una carta comprometedora...

—Yo me hago responsable. Ve mañana.

—Como quiera usía.

Por una cuestión de piel, por olfato, sentía que el móvil del doble asesinato de Barletta no era la venganza de un pobre hombre forzado a declararse en quiebra, sino algo mucho más complejo.

Como todo había quedado pospuesto para el día siguiente, se fue a Marinella poco después de las siete.

Livia, como ya se imaginaba, no estaba en casa.

Quizá hubiese ido a dar la murga al vagabundo.

Había que avisar a aquel pobre desgraciado de que Livia se marcharía pronto; si no, el hombre, presa de la desesperación, tal vez se mudara a otra

gruta.

Era poco probable que alguien que acababa viviendo así lo hiciera por propia elección. Estaba claro que lo habían empujado las circunstancias y que no quería seguir manteniendo contacto con el resto de la humanidad.

Así pues, ¿qué sentido tenía ir a molestarlo haciendo ver que a uno lo movía un sentimiento de compasión, cuando en realidad se trataba simple y llanamente de una curiosidad egoísta?

Se sentó en el porche con un vaso de whisky en una mano y el tabaco y el encendedor en la otra.

La tarde estaba tan bella que era capaz de enternecer el corazón no sólo a

la gente de mar, sino también a la de montaña.



## 9

No pudo evitar ponerse a pensar en las circunstancias del asesinato de Barletta y, de repente, le vino a la cabeza algo que se le había pasado completamente por alto y que tenía que ver con el veneno que le habían puesto en el café.

Sin embargo, para conseguir esa información tenía que telefonar a Pasquano, no había tu tía, aun a riesgo de recibir una tonelada de insultos.

Se levantó, entró y marcó el número

de la casa del *dottori*.

Le contestó una voz femenina. Era su mujer.

—Montalbano al aparato, señora. Querría hablar con su marido.

—¿No sabe que a esta hora está cenando?

La pregunta de la esposa era, en realidad, una amable advertencia que podía traducirse así: «¿Se da cuenta del peligro al que se expone?»

En efecto, sabía por experiencia personal que molestar a Pasquano mientras estaba sentado a la mesa era como arrancar una gacela de las fauces de un león.

—Perdone si insisto, señora, pero...

—Bueno... —contestó, resignada, la buena mujer.

El teléfono debía de estar cerca del comedor, porque oyó claramente que decía:

—Montalbano al teléfono.

Al instante le llegó a los oídos una especie de potente rugido feroz o, mejor dicho, el barrito de un elefante herido. El comisario estaba preparado para esa reacción; si no, se habría asustado tanto que habría colgado. Acto seguido, el barrito se transformó en una voz humana enfurecida:

—¡Dile que se vaya a tomar por...!

Y su mujer:

—Díselo tú.

Montalbano comprendió que Pasquano había agarrado el auricular por el rechinar de dientes que oyó al otro lado del hilo.

—¿Es que tiene que venir usted a tocarle los huevos a uno hasta cuando está en su santa casa cenando tranquilamente?! ¿Acaso no es un ser humano, sino un robot cojonero?

—Mire, *dottore*...

—¿Sabe cuál es mi máxima aspiración? ¡Practicarle la autopsia!

—*Dottore*, perdone, pero...

—¡No lo perdono! ¡Al contrario, lo maldigo para toda la eternidad! ¿Qué coño quiere ahora, joder?

—Ese veneno paralizante del que me

habló, con el que mataron a Barletta, ¿dónde se encuentra?

—¿Cómo que dónde se encuentra? ¿Qué mierda de pregunta es ésa? ¿Es que su cerebro espachurrado no es capaz de formular algo con un mínimo de sentido común?

—Quería decir que si se vende en farmacias.

—No, en los supermercados. ¡A veces hasta se encuentra en las ferias, en cualquier puesto!

—¡*Dottore*, hágame el favor!

—No se vende en farmacias. Se utiliza en dosis mínimas en los hospitales.

—¿Puede decirme cómo se llama?

—¿Es capaz de escribirlo?

—Lo intento.

Se lo dictó separando las sílabas. Y luego concluyó:

—Y ahora puede ir y metérselo por el...

El comisario colgó.

En el fondo, que el veneno se encontrase sólo en los hospitales no era mala noticia.

Acababa de volver a sentarse en el porche cuando oyó que se abría y se cerraba la puerta de casa.

Se levantó, entró y fue al encuentro de Livia.

Los hechos que sucedieron a

continuación tal vez se comprendan mejor si se relatan en forma de guión cinematográfico:

Plano general. Livia y Salvo se encuentran casi en el centro de la habitación. Los dos están sonrientes.

Primerísimo plano de Livia, de cuyo rostro desaparece la sonrisa repentinamente.

Primerísimo plano de Salvo, que también deja de sonreír y se pregunta, sorprendido, por qué Livia no sonríe.

Plano general. Los dos se miran, inmóviles.

Detalle del brazo derecho de Livia, que se levanta.

Primer plano del rostro de Salvo, que recibe un violento bofetón.

Voz en *off* de Livia: «¡Cerdo! ¡Asqueroso!»

Plano general. Livia sale de escena corriendo. Salvo se lleva una mano a la mejilla ultrajada y se queda quieto en esa postura.

Primerísimo plano de Salvo, todavía con la mano en la mejilla, aturdido, confuso, incrédulo.

¿Qué mosca le había picado? ¿Se había vuelto loca? ¡Era la primera vez que se atrevía a pegarle una torta! ¿Y por qué motivo? Pero ¡si él era más inocente que un niño de pecho!



La rabia se apoderó de Montalbano. Se estremeció y la siguió. Se había encerrado en el baño.

—¡Ábreme, Livia!

No hubo respuesta. Sacudió el picaporte, furioso.

—¡Abre!

Nada de nada. Colérico, propinó una buena embestida a la puerta, que no se movió ni un centímetro.

Se echó hacia atrás, cogió carrerilla y la embistió otra vez. Le dolió, y al otro lado de la puerta tembló todo el baño, pero no logró ningún resultado.

—¡Si no te vas, llamo a la policía! — gritó Livia.

—¡No digas chorradas, la policía soy

yo!

—¡Pues entonces llamo a los carabineros!

Montalbano se quedó clavado a media carrera hacia la puerta cuando ya iba a darle una tercera embestida. Eso era una amenaza grave. No había que hacer ninguna estupidez. Si intervenían los carabineros, la cosa acabaría como un sainete.

Dio una última patada a la puerta, pero sin convicción, y abandonó el asedio.

Decidió de inmediato coger el coche e irse a cenar por su cuenta.

En el recibidor había un espejo. Al pasar por delante, se miró

instintivamente y comprendió el motivo por el cual Livia se había liado a tortas con él.

En la mejilla derecha llevaba estampados, en carmín, dos labios femeninos. Perteneían a Giovanna, que le había dado un beso al salir del chalet.

¡Por eso lo había mirado así Fazio! Pero ¿por qué no había entendido que tenía que avisarlo?

Volvió sobre sus pasos y se apoyó contra la puerta del baño.

—Livia, créeme, puedo explicártelo todo.

Se armó de santa paciencia: era posible que le tocara pasarse horas enteras allí plantado.

Cuando, al cabo de cuarenta y cinco minutos, Livia se decidió a abrir, lo miró y volvió a cerrar de inmediato.

—¡Livia, por favor, no empecemos otra vez!

—Quítate ese carmín asqueroso de la cara!

—Pero, si no me dejas entrar en el baño, ¿cómo...?

—¡Ve a lavarte a la cocina!

Abrió el grifo del fregadero, se lavó y se secó con un trapo que apestaba a agua sucia.

Mientras tanto, Livia había salido a sentarse en el porche. Miraba el mar fijamente.

—¿Puedo?

Ella no apartó los ojos del mar. Montalbano decidió acogerse al silencio administrativo y se sentó delante de ella.

—Me tapas la vista.

Eso quería decir que podía sentarse a su lado.

—¿Quieres que te lo explique?

—No me interesa.

—Perdona, pero, si no te interesa, ¿por qué me has abofeteado?

—Porque eres un cerdo.

—¿Te interesa conocer la versión del cerdo?

—O sea, que reconoces que lo eres.

—Sólo para que me escuches.

Ella no replicó y él le contó toda la historia del asesinato de Barletta. A

medida que hablaba, Livia iba interesándose cada vez más, hasta el punto de que, a media historia, ya no miraba al mar, sino a Montalbano. Lo interrumpió sólo una vez, cuando mencionó las fotografías que sacaba Barletta a las chicas.

—¿Todas consintieron que las fotografiara?

—Sólo algunas.

—Y con las demás, ¿cómo se las ingeniaba?

—Las fotografiaba a escondidas. Mimì, que se ha encargado de los registros, me ha explicado que había colocado dos cámaras con mando a distancia encima del armario del

dormitorio, tanto en el chalet como en el piso. En los últimos tiempos, utilizaba también el móvil.

—Sigue.

Cuando hubo terminado, ella le dijo:

—Perdóname.

Y se echó en sus brazos.

Montalbano sólo había omitido un detalle absolutamente insignificante: la invitación a cenar de Giovanna, aceptada al instante.

La reconciliación siguió todas las reglas de las reconciliaciones entre un hombre y una mujer que se aman de verdad. Por eso, Montalbano se levantó de la cama a las diez y media con un apetito que lo

devoraba vivo. Sin embargo, entre lavarse, vestirse y salir tardaría otra hora y ya no encontraría ningún restaurante abierto.

Entró en la cocina y abrió la nevera. Había aceitunas negras, queso de oveja, *caciocavallo* y jamón, sin duda adquiridos por Livia cuando había ido a hacer la compra.

Podía apañárselas. Pero tenía que darse prisa, ¡no fuera que a Livia le diera por ponerse a preparar pasta otra vez!

Cuando acabó de poner la mesa en el porche, fue a llamarla.

—Esta tarde he ido a ver a Mario — anunció ella mientras cenaban.



Montalbano no conocía a ningún Mario.

—¿Y ése quién es?

—¿Cómo que quién es? Nuestro amigo, el de la gruta.

¡Había acertado! ¡Había ido a darle la tabarra!

—Mira, Livia, quizá sería mejor que no... Creo que a ese señor le apetece que lo dejen en paz.

—Te equivocas.

—¿Por qué?

—Porque conmigo charla. Y es evidente que le gusta. Se alegra de que vaya a verlo. ¿Sabes qué me ha dicho en cuanto he entrado? «Esperaba su visita.» ¿Qué te parece?

—¿Y ha quedado satisfecha tu curiosidad?

—No. De su pasado no habla nunca. Lo que no sé es si yo he logrado satisfacer la suya.

—¿Y qué quería saber?

—Cosas sobre ti.

Montalbano se sorprendió.

—¿Sobre mí?! ¿Y qué te ha preguntado?

—No me ha preguntado nada directamente, pero he comprendido que quería información sobre tu carácter, sobre tu comportamiento en ciertas ocasiones, si eres comprensivo, cosas así.

A Montalbano lo dejó atónito que el

vagabundo se interesara por él. ¿Quizá había cometido algún delito y quería aprovechar la ocasión para hablar del asunto de hombre a hombre?

—Me ha comentado algo que en ese momento no he entendido, porque aún no sabía nada del homicidio de ese Barletta.

—¿Qué te ha dicho?

—Que lo había conocido hace cinco años, cuando vivía cerca de su chalet. Luego, después de mudarse a otra zona, no había vuelto a verlo.

Acabaron de cenar. Livia quitó la mesa, Montalbano la ayudó y luego fueron a sentarse delante del televisor, y él lo

encendió.

Se materializó la cara de culo de gallina de Pippo Ragonese, periodista estrella de Televigàta.

«Y, en consecuencia, de las indiscretas filtraciones recibidas podemos concluir que el perito mercantil Barletta, paradójicamente, fue asesinado dos veces por dos asesinos distintos. Y en esta tragedia hay una nota cómica que nos resulta imposible no destacar: ¡de los dos asesinos, el brillante comisario Montalbano aún no ha conseguido encontrar ni a uno solo! Quizá se deba a la...»

El comisario no llegó a saber a qué se debía.

Livia se había levantado de golpe y había cambiado de canal.

—¿Por qué te molestas en escuchar a ese imbécil?

—Me divierte.

—¿Te divierte?! ¡Encima eres masoquista!

—¿A qué viene eso de «encima»? Aparte de masoquista, ¿qué más soy?

—El inventario sería demasiado largo y me apetece ver una película.

—Tengo sueño, voy a acostarme —dijo Livia al terminar la película.

Montalbano se quedó todavía un rato viendo la televisión. Luego, en cuanto oyó que ella había salido del baño, entró

él. Cuando estuvo listo para meterse en la cama y entró en el dormitorio, se encontró a Livia, desnuda, subida a una silla y palpando con el brazo levantado la parte superior del armario.

—¿Qué haces?

—Quiero ver si tú también tienes cámaras.

Además de masoquista, ¿quizá era voyeur? Saltó hacia delante, le hizo un placaje digno de un jugador de rugby y la tiró encima de la cama.

Más tarde, ella dijo:

—Mañana es el último día que estoy aquí, podríamos quedarnos a holgazanear en la cama.

—Tú sí, yo no.

—¿Por qué? —preguntó,  
desilusionada.

—Lo siento —dijo Montalbano. Y lo sentía en el alma—. Pero mañana tengo una cita a las nueve y media.

—¿Con esa mujer? ¿Cómo se llama, Giovanna? —preguntó ella, incorporándose con ganas de pelea.

—Calma. No empecemos otra vez, hazme el favor. Se trata de un hombre que le escribió una nota a Barletta amenazándolo de muerte.

Livia lo miró recelosa.

—No te creo.

¡Qué hartó estaba de tantos celos!

—¡Te lo juro!

—¡Huy, ya ves!

¿Qué podía hacer para convencerla?  
Se le ocurrió una idea.

—Mira, hay una solución. Mañana por la mañana te despierto y me acompañas a comisaría, así ves con tus propios ojos si te digo la verdad o no. Y ahora, abrázame.

A las ocho de la mañana siguiente, zarandeó a Livia para despertarla.

—¿Mmm?

—Levántate.

—¿Mmm?

—Habíamos quedado en que me acompañabas a comisaría.

—¡Bah! —contestó ella, antes de darse la vuelta para seguir durmiendo a



pierna suelta.

«A las pruebas me remito», pensó Montalbano.

Giuseppe Pace era un señor de sesenta y tantos años, estropeado y de atuendo descuidado.

Nada más verlo, Montalbano se convenció de que era incapaz de matar a nadie.

—El señor Fazio me ha contado por qué quería verme usted. Se lo juro, comisario, escribí esa carta en un momento de...

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Trató de terminar la frase, pero no lo consiguió.

Unos sollozos repentinos empezaron a sacudirle el pecho.

«Pero ¿qué hago aquí, torturando a este desgraciado?», se preguntó Montalbano.

Se volvió hacia Fazio, que le devolvió la mirada. Se habían hablado con los ojos y el inspector le había confirmado que estaba de acuerdo con respecto a aquel pobre hombre.

E incluso dijo, con voz neutra:

—He encontrado al señor Pace en la iglesia. Había encargado una misa por el alma de Barletta.

—No, no, se equivoca, la había encargado por mí —intervino el otro—. ¡Por el sucio pensamiento que tuve al

desear la muerte de ese infeliz!

—¿Usted lo consideraba un infeliz?

—Al principio, no. Luego, después de escribirle aquella carta, empecé a darme cuenta de cómo era. ¡Un pobre infeliz! ¡Incapaz de encontrar consuelo! ¡Sufría el infierno en la tierra! Cuanto más tenía, más quería. Nada le parecía suficiente, dinero, mujeres... ¿No es un infeliz un hombre así?

Montalbano, al oír aquellas palabras, sintió que se le removía algo dentro.

Pace había ido más allá del perdón, había llegado a descubrir, y a comprender, y a compartir, la profunda e infinita infelicidad que había en el alma de quien estaba hiriéndolo de muerte.

«Tal vez aquellos a los que la gente religiosa llama santos sean personas así», reflexionó.

No se le ocurrió nada que decir y fue Fazio quien habló, después de aclararse la garganta:

—Además, quería decirle, comisario, que el señor Pace tiene coartada. La noche del sábado al domingo, cuando mataron a Barletta, la pasó en la clínica, porque su señora había intentado suicidarse. No lo he comprobado, pero desde aquí mismo puedo preguntar si...

—Le pido sinceras disculpas por haberlo molestado —dijo Montalbano, levantándose de golpe—. No lo entretengo más. Tú, Fazio, acompaña al

señor adonde tenga que ir.

«Hasta el paraíso si hace falta», le dieron ganas de añadir, pero se quedó en un pensamiento.

—¿Luego me necesitará? —preguntó Fazio.

—No. Que vaya bien el día.

¿Y ahora qué? Seguro que, si volvía demasiado pronto a Marinella, Livia le montaría una buena.

—Pero, si era para una cosa así, que sólo ha durado diez minutos, ¿no podías posponerlo?

—Mira, Livia...

—¡No, lo has hecho adrede para estar lo menos posible conmigo!

Por otro lado, ¿podía quedarse en la comisaría a matar el tiempo? Ni siquiera estaba Catarella para entretenerlo, era su día libre.

Finalmente, decidió afrontar el resentimiento de Livia. Tal vez conseguiría que se le pasara el mal humor si le proponía coger el coche e ir a comer por Fiacca, puesto que en el cielo no había ni una nube.

Se marchó. Estaba a punto de tomar la curva para enfilar la pequeña carretera que llevaba a su casa cuando vio al vagabundo salir de su gruta. Arrimó el coche al borde de la calzada, frenó y bajó. El hombre ya había llegado a su altura.

—Buenos días, comisario.

Llevaba su traje, sus zapatos y una de las camisas de Adelina con suma naturalidad. Se notaba que estaba acostumbrado a vestir bien.

—Buenos días. Quería disculparme con usted.

—¿Por qué?

—Verá, Livia quizá no se da cuenta de que...

—¡Por el amor de Dios! ¡Es una persona exquisita! ¡Sus visitas son todo un placer para mí!

—Se va mañana por la mañana, y entonces...

—Lo siento. ¿Se marcha también usted?

—No. Si necesita algo, ya sabe dónde estoy.

—Se lo agradezco. Puede que vuelva a aprovecharme de su amabilidad. Que tenga un buen día.

—Adiós.

Subió de nuevo al coche y arrancó.

¿Por qué cuando hablaba con aquel hombre se sentía siempre un poco torpe?



## 10

Estaba ya metiendo la llave en la cerradura cuando Livia se le adelantó y abrió la puerta, hecha un brazo de mar.

—He oído que llegaba el coche. ¿Ya está? ¿No estabas ocupadísimo? ¡Qué poco rato te has quedado en comisaría!

Mejor desviar aquella conversación de inmediato.

—¿Adónde ibas?

—A coger el autobús de Vigàta. He llamado a Beba, hacía muchísimo que no

hablábamos y hemos decidido vernos esta mañana por nuestra cuenta.

—¿Cuándo vuelves?

—No vuelvo, porque tú te vienes... —

¿Qué novedad era ésa?—. Nos quedamos a comer en su casa.

Todo pensado, todo decidido. Ni siquiera se había dignado a pedirle su opinión.

La perspectiva de almorzar con Mimì Augello y Beba, su mujer, no lo entusiasmaba especialmente. Lo cierto era que no le gustaba ir a comer a casas ajenas, salvo en raras excepciones. Como cocinera, Beba era pasable, pero lo malo es que, si te invitan a comer, estás obligado a hablar, no puedes

quedarte con la boca cerrada. Y a él, mientras comía, no le hacía ninguna gracia tener que hablar.

A eso se sumaba el que, a menudo y sin cortarse un pelo, Mimì le hubiera contado a su mujer, para justificar ciertas salidas de casa a horas intempestivas, que tenía que hacer algún trabajito para su jefe.

Y, si Beba le preguntaba por alguna de aquellas misiones nocturnas de su marido, era muy posible que se confundiera, que contestara lo que no tocaba y que acabaran a tortas.

—Mira, lo siento en el alma, pero me va a ser imposible ir a comer a casa de Beba —dijo, decidido.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer una cosa dentro de un rato y no sé a qué hora voy a acabar; pero, si quieres, puedo llevarte.

Livia subió al coche.

—¿Al menos esta noche estarás libre?

¿Qué quería decir con esa pregunta?

¿No sería que habían montado alguna otra murga? Mejor tomar precauciones.

—Pues no lo sabré hasta que haya terminado lo otro. En fin, te llamo con el móvil y te digo...

—Es que a Beba le apetecía mucho, muchísimo, que fuéramos a ver una película los cuatro.

Había hecho bien en tomar medidas preventivas, el gusto de Beba para el

cine era horripilante.

Se la encontraron delante de la puerta de su casa.

—¿Y Salvo? —preguntó Montalbano.

Salvo era el hijo de Beba y Mimì, al que habían puesto ese nombre en honor al comisario.

—Se ha quedado con mi madre, que ha venido a pasar unos días con nosotros.

O sea, que estaba también la suegra de Augello, una mujer estupenda que sólo tenía un defecto: parloteaba ininterrumpidamente de la mañana a la noche. El subcomisario le había revelado que hablaba hasta en sueños.

¡De buena se había librado! ¡Le

habría tocado almorzar con un ruido de fondo continuo de cotorreo!

—Por desgracia, Salvo no va a poder comer con nosotros —anunció Livia.

—¡Ya me lo imaginaba! —exclamó Beba.

—¿Por qué? —preguntó Montalbano, intrigado.

—Como has convocado a Mimì a las doce y media, he pensado que tú también... —dijo Beba.

El comisario comprendió de inmediato que Mimì había tenido la misma idea que él. ¡Había contado un embuste de campeonato a su mujer para no tener que ir al almuerzo!

—¿Por qué no me has dicho que Mimì tampoco podía...? —empezó a preguntar Livia.

—Se me ha ido de la cabeza. Pero tal vez sea lo mejor. ¡Así vosotras dos podéis contaros vuestras cosas a salvo de oídos masculinos!

Besó a Livia, besó a Beba y salió pitando.

En cuanto estuvo a una distancia prudencial, llamó a Mimì con el móvil.

—¿Dónde estás?

—En comisaría.

—¿Y qué haces ahí?

—Y yo qué coño sé. He venido a hacer tiempo porque...

—Ya sé por qué. Te he convocado yo a las doce y media. Pero ¡te has adelantado!

Rieron los dos.

—¿Dónde vas a comer? —preguntó el comisario.

—No lo sé.

—Mira, espérame, que no tardo nada.

Mimì salió a recibirlo al aparcamiento.

—Sube, que te llevo a Fiacca —lo invitó Montalbano—. Vamos a zamparnos una buena langosta, que no sabes las ganas que tengo, créeme. Hace un siglo que no la pruebo.

—Vale —contestó Augello—, pero vamos a hacer las cosas bien. Monta tú



en mi coche.

—¿Y eso?

—Salvo, si vamos con el tuyo y conduces tú, llegaremos como muy pronto a las tres de la tarde.

Por el camino, Montalbano preguntó:

—¿Te ha dado tiempo a mirar las cartas?

—Las he mirado, pero no las seis que estaban en un cajón aparte. Son largas y he pensado que se merecían una lectura muy atenta, sin prisas. En lugar de eso, me he leído todas las que había en el otro cajón, que por cierto eran muchísimas.

—¿Y qué?

—Mira, Salvo, las cartas propiamente dichas serían unas diez, más o menos.

—Me habían parecido muchas más.

—Sí, pero las demás eran simples notitas de una o dos frases. El noventa por ciento no lleva firma.

—¿Qué decían?

—En la mayor parte de los casos tenían que ver con el momento en que Barletta, cansado de una chica, empezaba a apartarla. «¿Por qué ayer no viniste a la cita?» O si no: «Si vas a tratarme como me trataste la última vez, no sé si ir o no.» He reconocido incluso las notas de Stefania, que eran un auténtico coñazo.

—Pero ¿por qué le escribían en vez

de llamar por teléfono?

—Yo también me lo he preguntado, hasta que he leído una nota que decía: «Como no quieres ponerte al teléfono...» ¿Te das cuenta? Cuando empezaba a deshacerse de una, lo primero que hacía era dejar de cogerle las llamadas.

—¿Y las cartas?

—Hay cuatro, todas con la misma letra, que son interesantes, pero no para la investigación...

—Entonces, ¿para qué?

—Para conocer los gustos sexuales de Barletta. En todas las cartas, la autora da un repaso general a lo que han hecho la última vez. Y avanza propuestas de lo que pueden hacer en el siguiente

encuentro. Hay que reconocer que los dos iban sobrados de fantasía.

—¿Y las demás?

—Sólo hay dos que tengan cierta importancia.

—¿Van firmadas?

—No. En la primera, la chica intuye que Barletta la está dejando, en la segunda ya está segura de ello. Y leyendo esa última comprendes que se ha enamorado perdidamente de él. La carta termina diciendo que, si la abandona, lo pagará caro.

—Mimì, ¿por qué has dicho que esa carta tiene «cierta importancia»? ¡A mí me parece importantísima! ¡Es una amenaza de muerte!

—Salvo, ¡es una amenaza hecha por una mujer!

—¿Y eso qué quiere decir?

—Mira, Salvo, yo he recibido al menos tres amenazas de ese tipo y aquí me tienes, llevándote a Fiacca.

—De todos modos, quiero verlas.

—Mañana te las llevo.

—Y léete las otras, hazme el favor.

—Mientras leía las notas y las cartas —comentó Mimì, después de una pausa —, me he acordado de las fotografías que llegué a ver y he tratado de hacer una especie de juego, pero no lo he conseguido.

—¿Qué juego?

—Emparejar determinadas cartas y

determinadas notas con algunas de las chicas fotografiadas. Y no he podido. También es verdad que hacer fotos de todas las mujeres con las que se acostaba me parece una cosa bastante de locos.

—Mimi, ¿tú de niño coleccionabas sellos?

—No. ¿Qué tiene que ver?

—Tiene, tiene. Esto también es un tipo de coleccionismo. Muchos erotómanos lo hacen. Dicen que D'Annunzio guardaba el vello púbico de las mujeres que habían pasado por sus manos en un armario fabricado expresamente. —Y entonces lanzó una pulla a su amigo—: Qué raro que tú, con

lo que te gustan las mujeres, no...

—A mí me gustan de carne y hueso —  
lo interrumpió el otro.

Al cabo de unos diez minutos, al comisario se le ocurrió otra pregunta:

—Oye, ¿Barletta tenía caja fuerte en casa?

—Sí. Una en Vigàta y otra en el chalet. No eran cajas fuertes de verdad, sino cajas de seguridad empotradas, de las que normalmente se esconden detrás de un cuadro.

—¿Las habéis abierto?

—Sí.

—¿Dónde tenía las llaves?

—Las dos en el mismo sitio: en el

cajón de la mesita de noche de cada uno de sus dormitorios.

—¿Qué había dentro?

—En la del chalet, sólo diez mil euros; en la del piso, doscientos mil, un Rolex y joyas.

—¿Has hecho inventario?

—Por duplicado. He mandado una copia a Tommaseo.

—Así pues, no han robado nada. El objetivo del homicidio no era el hurto.

—Eso parece.

Ya en el restaurante, Mimì hizo un amago de echar parmesano a la pasta con almejas, pero Montalbano le agarró el brazo y le aseguró que si osaba cometer tal sacrilegio se lo cortaría de



raíz con un cuchillo.

La langosta que sirvieron al comisario estaba deliciosa.

Mimì, que no era muy amigo de las cosas del mar, pidió una ración de conejo a la cazadora.

En resumen: comieron de maravilla.

De regreso, Montalbano preguntó:

—¿Y tú luego qué vas a hacer?

—Bueno, por la noche voy al cine con nuestras mujeres. ¿Y tú?

—Escúchame bien y luego actúas en consecuencia.

Sacó el móvil del bolsillo y llamó a Livia.

—Por desgracia, como ya me imaginaba, no voy a poder ir al cine con

vosotras. Lo que sí he conseguido ha sido liberar a Mimì, que os hará buena compañía. ¿Cómo quedamos tú y yo?

—A las diez estaré en casa — contestó Livia, y cortó la comunicación.

—Y si me preguntan qué trabajo teníamos, que ya sabes lo curiosas que son, ¿qué les cuento? —dijo Mimì.

—Que hemos hecho una larga guardia que no ha servido para nada, y por eso tengo que continuar yo. Llévame a comisaría.

—¿Y esta noche adónde irás?

—A Montelusa, que dan una película con De Niro y Al Pacino.

—¿Y si las chicas deciden ver precisamente ésa?

—¡Anda ya! ¡A Beba en la vida se le ocurriría proponer una película así!

Cuando abrió la puerta de su casa eran las nueve y media. Naturalmente, Livia llegó a las diez, puntual.

—¿Lo haces adrede o qué? —fue su comentario nada más verlo.

—¿El qué?

—Estar esperando en casa. ¿Cuánto rato llevas aquí?

—Desde las nueve y media.

—¡Pues habíamos quedado a las diez! Es lo mismo que la última vez: ¡media hora de diferencia se nota! ¡Así me haces sentir culpable!

—¿Lo dices en serio? ¡No lo hago

adrede! Piénsalo bien. Ésta es mi casa, ¿no soy libre de venir cuando quiera? Pero ¿por qué tenemos que discutir siempre?

—Perdona. Estoy un poco nerviosa. Digo tonterías.

—¿Por qué estás nerviosa?

—Antes de entrar he pasado a ver a Mario y no se encuentra bien. Tiene unas décimas. Me preocupa irme mañana y dejarlo solo. ¿Me prometes que...?

—Muy bien, entendido. Te prometo que mañana, ya sea por la mañana o por la tarde, iré a ver cómo está.

—¿Has comido algo?

—Un bocadillo. Como estaba de guardia...

Livia arrugó la frente.

—Pero ¡si Mimì nos ha dicho que había comido conejo a la cazadora!

¡El muy gilipollas!

—Bueno, lo he obligado a irse a comer algo, podía quedarme de guardia solo durante un rato.

Livia se tragó el embuste. Montalbano cambió de tema.

—¿Qué habéis ido a ver?

—Una historia de amor adolescente absolutamente banal. Por el título ya se veía, pero a Beba le hacía gracia, así que...

—Oye, ¿adónde vamos a cenar?

—¿De verdad te apetece salir? Es la última noche que pasamos juntos. ¿Tú

¿tienes hambre?

—Mujer, habiendo comido sólo un bocadillo...

—Vamos a ver qué tenemos en la cocina y, si hay suficiente, podría prepararte alguna cosilla yo. ¿Qué te parece?

—¡Una idea espléndida! —dijo él—. ¡Ve, ve!

Estaba de lo más tranquilo, había echado una ojeada mientras la esperaba. En efecto, Livia salió de la cocina al poco rato, muy desilusionada.

—Me parece que vamos a tener que salir.

—¡Qué lástima! —exclamó el célebre hipócrita Salvo Montalbano.

Se la llevó a la *trattoria* de siempre.

—Tenemos prisa —dijo Livia.

—Los haré esperar lo menos posible —prometió Enzo.

Dos horas después, volvían a estar en Marinella.

—¿Nos tomamos una copita? —propuso Livia.

Mientras ella abría la cristalera del porche, Montalbano fue a buscar una botella de blanco bien frío para Livia y una de whisky para él. Se sentaron juntos en el banco. Ella bebió media copa y luego apoyó la cabeza en el hombro de él, que alargó el brazo y la estrechó con todas sus fuerzas.

Y se quedaron así, bebiendo en

silencio y disfrutando de la noche.

A la mañana siguiente la acompañó a Montelusa a coger el autobús de Punta Raisi, que salía a las siete. La abrazó con tanto ímpetu y la tuvo aferrada tanto rato que Livia se sorprendió.

—¿Qué te pasa?

—Me da pena que te vayas.

—Pero ¿te encuentras bien?

—Perfectamente, no te preocupes.

No era cierto. Se daba cuenta de que iba a echarla mucho de menos.

Cuando ya volvía hacia Vigàta, le entró un gran arrebató de melancolía.

Le pasaba siempre que Livia se marchaba, pero esa vez le había dado



más fuerte que las anteriores.

¿Un síntoma de vejez?

En esa ocasión, además de la melancolía había también una punzada de malestar personal, cuyo motivo no sabía explicarse.

Dado que la mañana parecía falsa de tan bonita que era, giró, cogió un camino de cabras, recorrió un centenar de metros, detuvo el coche, bajó y echó a andar entre los almendros y los olivos sarracenos, estos últimos cada vez más ralos.

Y de pronto consiguió explicarse el motivo de su estado de ánimo. A la melancolía por saber que la persona amada se marchaba lejos se había

sumado la conciencia de su soledad.

Una soledad en la que se agolpaba la gente de la comisaría, cierto, pero soledad al fin y al cabo.

Casi todas las noches de su vida las pasaba solo, iba a comer solo y paseaba solo. No tenía ningún amigo con el que hablar de sus cosas, al que pedir consejo, con el que confesarse...

En su día eso le había gustado. La soledad le daba sensación de libertad. Pero ahora, en los ultimísimos tiempos, empezaba a pesarle.

«En el fondo, ¿qué diferencia hay entre mi vida y la del vagabundo de la gruta?», se preguntó.

—No digas estupideces —contestó

enseguida el otro Montalbano—. Para empezar, la primera diferencia es que tu vida es útil para los demás, mientras que la del vagabundo es inútil. Además, a él muy probablemente lo han empujado a la soledad las circunstancias, mientras que tú la practicas por libre elección. Como ayer, cuando hiciste todo el día lo que te vino en gana, a pesar de que Livia estaba aquí. Y, cuando te hartes o te asustes de la soledad hasta el punto de no poder soportarla, no tienes más que llamarla para que esté a tu lado de forma estable.

Se quedó un poco más tranquilo.

Y, sin duda como consecuencia de ese razonamiento, al llegar a Vigàta siguió

camino hasta Marinella para ir a ver al hombre de la gruta.

—¿Cómo se encuentra? Livia me ha dicho que ayer tenía unas décimas.

El hombre estaba sentado en una silla desvencijada. Al entrar el comisario se levantó. Se dieron la mano.

—Me he puesto el termómetro, la fiebre está bajando. No se preocupe, una gripe de lo más normal. No se me acerque mucho, por favor, no me gustaría contagiársela.

—¿Quiere que lo lleve al médico?

El vagabundo sonrió.

—El médico no podrá decirme nada que no sepa ya.

¡Vaya, un poco presuntuoso, el amigo!

—¿Necesita algún medicamento?

—Tengo aspirinas, gracias.

Montalbano no sabía qué más decir.

Fue el otro quien rompió el silencio.

—¿La señora se ha marchado?

—Sí.

—Cuídela mucho.

Montalbano lo miró sorprendido.

—Es una persona poco común.

Livia era buena y cariñosa, y él la quería con todo su corazón, pero ¡definirla nada menos que como «poco común»!

Pareció que el vagabundo le había leído el pensamiento.

—¿Sabe? Con el paso del tiempo, la

visión de las cualidades de la persona que tenemos al lado se empaña un poco.

Era muy cierto, como también lo era que aquel hombre era un personaje extraordinario.

—Bueno —dijo Montalbano—. Tengo que irme. Le repito que si necesita cualquier cosa...

—Iré a verlo, no lo dude. Por ahora sería prematuro.

¿Qué quería decir eso de «prematuro»?

Algún sentido debía de tener, porque él nunca hablaba por hablar, pero insistir habría sido inútil.

Le dio la mano y se fue a la comisaría.

## 11

—¡Ah, *dottori!* ¡Ah, *dottori, dottori!*

Si Catarella se ponía así, quería decir que había llamado «el *siñor* jefe *supirior*». La última vez ya le había hecho contestar que no estaba en la comisaría. No podía volver a escabullirse.

—¿Qué quería?

—¡Ha llamado ahora mismísimo! Me ha dicho así que le diga a usted que en cuanto usía haga como la Virgen...

El comisario se quedó de una pieza.

—¿Eso ha dicho?

—*Popiamente* eso *popio* no, *dottori*, pero, como se me ha olvidado cómo se dice *popiamente* lo que me ha dicho con *exactez* el *siñor jefe supirior*, he pensado que nombrándole a la Virgen a usía pues le venía a usía a la cabeza lo que ha dicho el *siñor jefe supirior*. ¿Me explico?

—No.

—Perdone, *dottori*, una pregunta que puede parecer *clirical*, pero ¿la Virgen qué hace?

—Milagros.

—No, señor *dottori*. Se equivoca, pido *comprinsión* y *pirdón*. El *siñor*



jefe *supirior* no ha hablado para nada de milagros. Lo que sí ha dicho ha sido eso que la Virgen le hizo a Lourdes de Francia.

A Montalbano se le encendió una lucecita, quizá gracias a la Virgen.

—¿Una aparición?

—¡Ha dado en la diana!  
¡Mismísimamente, *dottori*! El *siñor* jefe *supirior* ha dicho que en cuanto usted, que vendría a ser usía, hiciera su aparición en comisaría tenía que llamarlo por *tilífono* a él de inmediato.

—Muy bien, luego lo llamo. ¿Está Fazio?

—*In situ* está.

—Mándamelo.

—A sus órdenes, jefe.

—Oye, Fazio, ¿te acuerdas de que, poco después del asesinato de Barletta, te dije que quería saberlo todo sobre él y sobre su hijo Arturo?

—Perfectamente.

—Ahora de Barletta ya sé un montón de cosas, pero me da la impresión de que a Arturo lo hemos perdido de vista.

—Es cierto. Pero yo lo he recuperado.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que ayer me dediqué a él.

—¡Estupendo! ¿Has descubierto algo?

—Sí, señor... —Se detuvo y puso cara de circunstancias—. ¿Puedo mirar un papelito que llevo en el bolsillo?

—Si pretendes soltar una de esas dichasas ristras de datos personales con las que tienes fijación, ni hablar del peluquín.

—No hay datos personales.

—Entonces, adelante.

Fazio sacó una hoja de cuaderno cuadriculada. La miró.

—¿Se acuerda de que Arturo nos dijo que está casado y no tiene hijos?

—Sí.

—La mujer de Arturo, Michela Lollo... —Y entonces, sin pausa y a toda pastilla, recitó—: Hija de Giuseppe y de Concetta, Virzì de soltera, nacida en Montelusa el veinticuatro de abril de 1980, residente en Vigàta en la via...

—¿Tú quieres darme por culo? —lo interrumpió el comisario—. ¿Te das cuenta de lo que me estás leyendo?

—Perdone —dijo Fazio al instante—. Me he distraído.

Volvió a guardarse el papel en el bolsillo, pero estaba satisfecho: al menos había logrado colar un par de datos personales.

—La tal Michela parece que es una mujer muy guapa. Se casó con Arturo a los veintidós años.

—Por lo que recuerdo, Barletta y su nuera no se entendían muy bien.

—Pues, según me han contado, la cosa es algo distinta.

—¿Y eso?

—Era Arturo quien no quería que su mujer tuviera trato con su padre.

—¿Le daba miedo que el hombre alargase la mano?

—Por lo visto, a Michela el señor Barletta ya le había alargado todo lo que podía alargarle.

Montalbano se sorprendió.

—¿En serio?

—No puedo confirmarlo al cien por cien, *dottore*, pero, básicamente, dicen que Arturo se enamoró de Michela cuando la chica aún era la amante de su padre. ¿Está claro?

—Diáfano.

—Cuando su hijo le dijo que quería casarse con ella, Barletta, que por

entonces ya se había hartado de Michela, no puso ningún pero.

—Entonces, ¿por qué Arturo no quería que...?

—Porque, después de la boda, a Barletta volvió a encendérsele la pasión por Michela, y Arturo, por supuesto, se dio cuenta.

—Pero ¿esa nueva llama quemó algo?

—No entiendo.

—¿Barletta volvió a acostarse con ella?

—Eso no han sabido decírmelo. Sea como sea, desde entonces Arturo se encargó de que Michela no tuviera contacto con su padre.

—Un momento: ¿todo eso sucedió

mientras la mujer de Barletta seguía viva?

—Naturalmente.

—¿A ti te parece natural una cosa así?

—No, jefe, es una forma de hablar...

—¿Y te han contado si la señora estaba al corriente de las continuas traiciones de su marido?

—No lo he preguntado.

—¿Hay algo más?

—Lo mejor viene ahora. La tal Michela enseguida se hizo amiga de su cuñada, Giovanna, y comenzó a pedirle a Arturo dinero para comprarse ella también vestidos de marca, un coche de lujo, joyas...

—Alto ahí. A ver, no creo que el

marido de Giovanna gane tanto dinero...  
¿Qué se dice sobre eso?

—Que hace tiempo que Giovanna tiene un amante rico.

—¿Se sabe cómo se llama?

—No lo he preguntado. Arturo, que tenía un sueldo miserable, empezó a contraer deudas y más deudas. Y no sólo con los bancos.

—¿Acudió a usureros como su padre?

—Pues sí. En los últimos tiempos estaba muy asustado porque había recibido amenazas serias, puesto que ya no conseguía mantener la puntualidad en los pagos.

—¿Barletta estaba al corriente de la situación de su hijo?



—Desde luego.

—¿Y por qué Arturo no se dirigía a él?

—En primer lugar, no estaba demasiado seguro de que su padre fuese a pagarle las deudas. Barletta sólo soltaba pasta cuando podía recuperar la inversión, en moneda o en carne fresca. En segundo lugar, puede que tuviera miedo.

—¿De qué?

—De que su padre le diera el dinero con una condición.

—¿Cuál?

—Que Michela volviese, digámoslo así, a tener trato con él.

—¿Con permiso de su marido?

—Con permiso de su marido.

—¿A sabiendas de todo el mundo?

—A sabiendas de todo el mundo.

¿Qué carajo le importaba eso a Barletta? Era capaz de cualquier cosa, no tenía moral, pudor, dignidad, honor, no tenía nada de nada. Era un auténtico canalla.

Un retrato de órdago, sin duda. Pero fiel como una fotografía.

—¿Algo más?

—¿No nos basta?

—Por ahora, sí.

—En realidad, aún tengo que decirle una cosa.

—¿Te la has guardado como colofón?

—Pues sí. Es como la traca final de unos fuegos artificiales.

—Hazla estallar.

—¿Recuerda dónde nos dijo Arturo que trabajaba de contable?

—Era en una constructora de Montelusa, me parece.

—Eso mismo, Primavera Siciliana se llamaba.

—¿Y qué?

—Hace quince días, esa empresa envió una circular a todos sus trabajadores en la que anunciaba el cierre de su actividad a final de mes, de modo que tanto los albañiles como los empleados de las oficinas se van al paro.

—¿Por qué cierra?

—El empresario está en la trena

porque se descubrió que era un testaferro de la mafia.

—Vamos, que Arturo está con el agua al cuello.

—Exacto.

Montalbano hizo recuento de todo lo que le había reseñado Fazio.

—En conclusión, está claro que sólo la herencia de su padre podía salvarle el pellejo a Arturo. De hecho, tiene unas ganas locas de saber si de verdad hizo testamento, pero el documento no aparece por ningún lado, ni en la notaría ni en las casas del difunto.

—No hay que olvidar que no tenemos ninguna prueba contra él.

—Lo decía únicamente por pura

retórica. Aunque, la verdad, creo que deberemos prestarle mucha más atención a Arturo.

—Dígame qué tengo que hacer.

—Ahora mismo, no lo sé. Por la mañana, a las nueve, tú y yo nos encontramos aquí y nos vamos a echar un vistazo al chalet.

—¡Ah, *dottori*! Parece que estaría al *tilífono* una *siñora* que dice llamarse Giovanni Pistateri.

—Pero ¿es un hombre o una mujer?

—La pregunta no es fácil, *dottori*, en tanto en cuanto el nombre vendría a ser masculino, pero la voz es femenina. Puede que se trate de la secretaria del

susodicho Giovanni Pistateri, o quizá de la mujer del susodicho Pistateri, o si no de la hermana del...

—¿Y de su madre no?

Catarella lo meditó un poco.

—La voz femenina es muy juvenil, *dottori*, para ser la de la madre del susodicho Pist...

Ya se había entretenido suficiente.

—Muy bien, pásame la llamada.

Clic.

—¿Señor Pistateri?

—Pusateri. ¿Me prefiere hombre? — preguntó entre risas la voz de Giovanna Barletta.

En ese instante, Montalbano se acordó de que ése era el apellido de su marido.

—Vuelvo a preguntárselo: ¿me prefiere hombre?

—¿Qué dice? ¡Me parece estupenda tal como es!

Giovanna soltó una carcajada aún más pícara.

—Por un momento me había preocupado. ¿Cómo está?

—Bien. ¿Y usted?

—Yo también.

Hubo una pausa. Quizá pretendía que él llevara la iniciativa.

—Esperaba su llamada —dijo, en consecuencia, Montalbano.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—¿«Cómo» en qué sentido?

—¿Con ansia? ¿Con impaciencia?

¿Con indiferencia?

—Yo descartaría la indiferencia.

—Buena señal. Pues, como ve, le estoy haciendo la llamada en cuestión.

—¿Su invitación sigue en pie? ¿O ha cambiado de idea?

—Comisario, me conoce usted poco, aunque espero que tenga oportunidad de conocerme mejor. Cuando yo digo algo, va a misa. Es difícil hacerme cambiar de idea. Por consiguiente, mantengo la invitación.

—Me alegro.

—Pero decida usted la hora y el sitio, por favor. No estoy muy puesta en restaurantes.

En ese instante no se le ocurría



adónde llevarla. Lo mejor sería ganar tiempo.

—Mire, Giovanna, tengo que comprobar si esta noche está abierto un lugar en concreto. ¿Puede venir a buscarme aquí a las ocho?

—De acuerdo.

No había vuelta de hoja, había llegado el momento de llamar a Bonetti-Alderighi.

—¿Catarella? Llámame al señor jefe superior.

—Ahora mismísimo, *dottori*.

Tiempo atrás, mientras esperaba una comunicación telefónica repasaba mentalmente las tablas de multiplicar,

pero, a fuerza de repetirlas, ya se las sabía al dedillo y la cosa había perdido la gracia. ¿Con qué podía entretenerse? ¡Ah, sí, *La Iliada*! La atacó: «Canta, oh, diosa, la cólera del Pelida Aquiles, cólera funesta...»

—*Dottor* Montalbano, ¿está al aparato? —preguntó una voz desconocida.

—Sí.

—Espere un momento, por favor.

«...que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades a muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves — cumplíase...»

Oyó una especie de clic.

«...la voluntad de Zeus— desde que se separaron disputando el Atrida, rey de hombres...»

—Montalbano, pero ¿qué dice? ¿Qué hombres?

—Disculpe, señor jefe superior, estaba enviando a... mis hombres a un... a una... a un individuo que...

El jefe superior lo cortó:

—Venga a verme ahora mismo.

Clic.

Partió hacia Montelusa renegando, consciente de que de aquella convocatoria saldría exasperado, como de hecho le sucedía siempre que se reunía con el jefe superior.

El único consuelo era que en la antesala no se encontraría a su jefe de gabinete, el *dottor* Lattes, que por lo general lo sacaba de sus casillas. Según había oído, estaba de permiso.

El ordenanza lo hizo pasar.

En cuanto miró a Bonetti-Alderighi a la cara, se percató de que sonreía. El jefe superior tenía dos formas de dar una mala noticia: sonreír o poner cara de funeral.

Aun así, por mucho que cambiara el envoltorio, el resultado era el mismo.

—Póngase cómodo, queridísimo amigo.

Si lo invitaba a sentarse y lo llamaba «queridísimo amigo», la noticia sin duda

era grave.

—¿Cómo va la investigación del caso Barletta?

—Bien, mire, avanzamos despacito porque...

Pero el otro no le hacía ni caso.

—¿Trabaja con alguna teoría?

—En cierto sentido...

—El *dottor* Tommaseo tiene una.

Montalbano se molestó. ¿Quería escucharlo o no? Si no quería saber cómo iba la investigación, ¿por qué le tocaba los cojones y lo hacía ir a la jefatura?

Decidió de golpe y porrazo que era mejor dejar a un lado el mal humor y empezar a divertirse.

—¿En serio?!

—¿Ha tenido la oportunidad de exponérsela?

—¿Se ha recuperado? Me habían dicho que había sufrido una ligera indisposición.

—Ahora ya está bien. Así que no ha tenido ocasión de verlo.

—En efecto, no...

—¿No le parece importante la opinión del fiscal?

—¡Por el amor de Dios! Si yo, de hecho, lo considero un valiosísimo, excelentísimo...

¡Adelante con los superlativos, Montalbà!

—Si no conoce su teoría, voy a tener

que explicársela yo.

—Soy todo oídos —contestó, echando el torso hacia delante y desplazando las nalgas por la silla.

—Según él, quien mató a Barletta fue una de sus jóvenes amantes, celosa de la amante que luego lo asesinó también, la cual a su vez tenía celos de la otra, que la había sustituido.

Montalbano apoyó la cabeza entre las manos. Pero ¿qué estupideces salían de la mente del fiscal?

—¿Qué le pasa?

—Me esfuerzo por comprender, señor jefe superior.

—Voy a intentar explicarme mejor. Llamemos «A» a la muchacha que,

después de acostarse con Barletta, a la mañana siguiente y llevada por los celos, le administra el veneno, y llamemos «B» a la otra amante, de la que está celosa. ¿Hasta aquí está claro?

Montalbano fingió sufrir una regresión repentina al nivel de la escuela primaria.

—Se pudiera escribírmelo en la pizarra... —propuso con un hilo de voz.

—¿Qué dice? ¿Está delirando? ¿Qué pizarra? ¿Cómo puede ser que no lo entienda? Se lo repito por última vez: «A» mata a Barletta con el veneno porque tiene celos de «B». Y «B», a su vez, dispara a Barletta porque está celosa de... ¿De...? Venga, dígalo usted.



Estaban igual que en el colegio. Montalbano siguió interpretando el papel del escolar retrasado.

—¿«C»? —dijo, interrogativo.

—Pero ¡qué «C» ni qué niño muerto! ¡Porque a su vez tiene celos de «A»! ¿Ahora le queda claro?

—Francamente, no me...

La sonrisa volvió a la cara del señor jefe superior. Señal de máximo peligro.

—Ahora bien, como sin duda habrá podido constatar, las jóvenes implicadas en este asunto son numerosas, y en su mayor parte resultan de ardua identificación.

¿Adónde quería ir a parar? Llegados a ese punto, un «ya» parecía de lo más

adecuado.

—Ya.

—Ha querido la casualidad que, mientras el *dottor* Tommaseo exponía su teoría, estuviera también presente el *dottor* Mazzacolla, de Antivicio. ¿Lo conoce?

—Todavía no he tenido el placer. ¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Tomó posesión anteayer.

—¿Y qué ha dicho Mazzacolla?

—No ha dicho nada, pero, al verlo sumamente interesado, se me ocurrió una idea que me gustaría plantearle.

¿A él también se le ocurrían ideas?

—Plantéemela.

—Dividir el caso Barletta en dos

troncos.

—Es decir...

—Asignar la identificación de las muchachas al *dottor* Mazzacolla, que actuará siguiendo las directrices del *dottor* Tommaseo.

—¿Y yo?

—Usted seguirá investigando las demás teorías, pero teniendo siempre presente que la que guía la investigación...

No pudo contener el impulso de seguir haciéndose el tonto:

—Disculpe, ¿quién es?

—¿Quién es quién?

—Esa señora que guía la investigación.

—¡Ay, no, Montalbano! ¡Haga un esfuerzo por entender de una vez! Me refiero a la idea principal, a la teoría que guía la investigación...

—Comprendido, perdone.

—Tenga presente, se lo repito, que la vía de investigación preferente será la de las muchachas...

—¿Me permite una observación?

—Dígame.

—Estoy convencido de que, entre todas las chicas que mantuvieron relaciones con Barletta, sólo dos o tres, como mucho, eran prostitutas. Las demás son dependientas, estudiantes...

—¿Y qué?

—Me pregunto qué pinta en esto el

*dottor* Mazzancolla...

—Mazzacolla.

—...de Antivicio, por otro lado recién destinado a...

La sonrisa se borró de la cara de Bonetti-Alderighi.

—Es una decisión que no le incumbe, ¿está claro? Sencillamente he querido tener una cortesía con usted y avisarlo de una decisión que ordenaré ejecutar en cuanto salga de este despacho.

## 12

Llegados a ese punto, le tocaba interpretar el papel de hombre profunda e injustamente ofendido. Era un papel que casi siempre le salía bien.

—¡Ah! —exclamó.

Y se levantó con gesto afligido.

Una vez en pie, clavó la mirada en Bonetti-Alderighi durante un buen rato, negó con la cabeza y repitió:

—¡Ah!

El segundo «ah» fue más bien

quejumbroso.

El jefe superior lo miró interrogativo.

Ahora debía elegir las palabras adecuadas.

Abrió y cerró la boca dos veces, pero sin emitir sonido alguno, como si tuviera la garganta seca por la injusticia sufrida. Se la aclaró con un buen gargajeo y, finalmente, soltó:

—¡Permítame que le diga que me parece una falta absoluta de confianza en mi proceder de escrupuloso funcionario público el querer quitarme un tronco!

Y agitó varias veces por los aires el brazo derecho, antes de recogerlo como si fuera un muñón.

—Hombre, Montalbano, las cosas

no...

—Un tronco es un tronco, ¿sabe usted?

—Me doy cuenta, pero...

—¡Y encima un tronco que guía!

—Escuche, Montalbano...

—¡Estoy dolido, señor jefe superior!  
¡Permítame que se lo diga! Dolido y  
ofendido. Adiós, muy buenas.

Le dio la espalda y salió de su despacho.

No estaba en absoluto nervioso, más bien al contrario.

Acababa de montar una escenita de hombre ofendido, pero en realidad estaba contento.

Como había previsto, el fiscal se



había lanzado sobre la pista de las jovencitas igual que un perro hambriento sobre un hueso, y estaba claro que no pensaba dar tregua. Así, él quedaba libre para trabajar como quería sin tener que rendir cuentas a Tommaseo.

Al entrar en la comisaría, preguntó a Catarella si estaba Augello.

—Desde esta mañana que no se encuentra *in situ, dottori*.

—Pero ¿ha llamado?

—No, señor.

—Entonces búscalos en su casa y pásamelos.

El teléfono sonó enseguida.

—Oye, Mimì, ¿qué te ha pasado?

—Perdona, Salvo, me he olvidado de

avisarte de que esta mañana no iría.

—¿No te encuentras bien?

—Me encuentro de fábula. Me he quedado en casa a leer esas cartas de las que te hablé, las que estaban guardadas en un cajón aparte.

—¿Y has tardado toda la mañana?

—Créeme, merecían atención.

—¿Cuándo aparecerás por aquí?

—¿Esta tarde a las cinco te parece bien? A las tres tengo que llevar a Beba y a Salvo a...

—Muy bien, muy bien.

Antes de irse a almorzar, se acordó de que debía llamar a Adelina para informarla de que Livia había vuelto a

Boccadasse, por lo que tenía vía libre.

La asistenta soltó un largo suspiro de satisfacción y luego preguntó con malicia:

—¿La señorita le ha cocinado cosas ricas?

Montalbano decidió no meterse en aguas turbulentas.

—Hemos comido siempre fuera.

—Pues entonces me paso por la tarde y le hago la cama, limpio la casa, que la señorita siempre la deja tan sucia que parece una pocilga, y luego le preparo algo para esta noche.

Si Livia hubiera oído que la acusaba de dejar la casa sucia como una pocilga, habría exigido el despido inmediato de

Adelina. Por otro lado, tampoco era cierto que descuidase la limpieza de la casa, era una simple manía de la asistenta... Más aún: una difamación permanente que se merecía una condena penal.

—No prepares nada, que esta noche me han invitado a cenar.

—¡Ah, *dottori!* —lo detuvo Catarella cuando pasaba por delante de él, de camino al aparcamiento.

—¿Qué hay?

—Quería darle un *cumunicado* de su novia, la señorita Livia, la cual acaba de *tilifoniar* en este mismísimo momento.

—¿Por qué no me la has pasado?

—La señorita novia Livia me ha

dicho que no lo molestara *debajo* de ningún concepto, porque bastaba con que le diera el *cumunicado* de que ha llegado bien a Génova y le dijera a usía, que vendría a ser usted, que no se olvidara de la visita al enfermo...

Se percató de que Catarella estaba un poco atribulado.

—¿Tienes que decirme algo más?

—No, señor *dottori*, el *cumunicado* termina ahí. Pero...

—¡Vamos, habla!

—*Pirdóneme* el descarro, *dottori*, pero tengo que hacer una pregunta: ¿usía también es *dottori*?

—¿Cómo que también?

—Quería decir: ¿usía también es

médico *dottori*?

—¡Pues claro que no!

—Entonces, ¿por qué su novia la señorita Livia quiere que vaya a hacer una visita a un enfermo?

—Catarè, Livia habla de visitar en el sentido de ir a ver a alguien y hacerle compañía.

Catarella pareció decepcionado.

—Ah, me había imaginado otra cosa... Es que, si también era médico *dottori*, le habría hablado de una *turtícolis* que tengo y que me lleva por la calle de la...

Montalbano lo dejó con la palabra en la boca.

En la *trattoria* de Enzo estuvo bastante

comedido, en previsión de lo que iba a comer por la noche con Giovanna. Había pensado llevarla a un restaurantito a la orilla del mar, entre Montereale y Sicudiana, que tenía como especialidad una enorme cantidad de *antipasti*. Sin embargo, y pese a que no lo necesitaba, dio de todos modos el paseíto por el muelle hasta el pie del faro.

Sentado en la roca plana, se dijo que la cena con la hija de Barletta no podía ser más oportuna, después de todo lo que le había contado Fazio sobre Arturo.

Por otro lado, la propia Giovanna, con mucha habilidad y mucha gracia, había conseguido insinuar alguna cosilla

poco edificante sobre su hermano.

Al parecer, si había existido el famoso testamento, el único interesado en hacerlo desaparecer era Arturo.

Por lo que le había contado Giovanna, el documento le asignaba a ella la mayor parte de la herencia y dejaba otra menor para Arturo. También según ella, Barletta había tomado esa decisión porque Giovanna tenía dos hijos y Arturo, en cambio, ninguno.

Claro que también podía haber otro motivo.

Barletta se vengaba así de su hijo, que no le había permitido continuar el lío con Michela, su ex amante, convertida en nuera.



De todas formas, las razones que lo hubieran empujado a redactar un testamento así no tenían excesiva importancia: lo único significativo era que la desaparición del documento beneficiaba a Arturo, puesto que en ese caso la herencia, por ley, debía dividirse entre los dos a partes iguales.

No obstante, eso no quería decir que Arturo hubiera asesinado a su padre.

Augello se presentó a las cinco y media, y no a las cinco como había prometido.

—Mimì, ¿tú sabes qué hora es? Las cinco y media.

—Sí, ya lo sé, perdona, pero...

—¡Media hora es media hora!

Se dio cuenta de que estaba repitiendo exactamente las mismas palabras que Livia cuando le reprochaba que llegara demasiado pronto.

Mimì se sentó, sacó del bolsillo las seis cartas, sujetas con una goma elástica, y se las dio al comisario.

—¿Tengo que leérmelas yo también o me las cuentas tú?

—De momento te las cuento yo, pero creo que no te vendría mal echarles una ojeada.

Montalbano se las metió en el bolsillo.

—Dime.

—Una advertencia. Estas seis cartas no llevaban sobres que permitieran

concluir su procedencia, no tienen fecha y tampoco están firmadas. Son, según nuestro punto de vista, absolutamente anónimas. Lo único que tienen en común es la letra. Todas han sido escritas por la misma mano y debían de tener cierta importancia para Barletta, dado que las guardaba escondidas en un cajón propio.

—Eso ya me lo habías dicho.

—Pero viene bien recordarlo. Aunque no vayan fechadas, se deduce que abarcan un período bastante largo.

—¿Cómo de largo?

—En mi opinión, unos diez años.

—¡¿Tanto?! ¿De dónde sacas eso?

—A ver, con el paso del tiempo la letra de todo el mundo sufre ciertas

modificaciones. Y eso es lo que sucede aquí. Además, algunas referencias dentro de las propias cartas lo dan a entender.

—¿Y son cartas de amor?

—En cierto sentido, sí. No sé si entre los dos había amor, pero una atracción física fortísima, eso seguro.

—Es raro.

—¿Por qué?

—Porque los líos de Barletta duraban como mucho tres o cuatro meses. Luego se hartaba y cambiaba.

—De ésta no se hartó, eso está claro. Puede ser la excepción que confirma la regla.

—Te perdono la frase hecha. Sigue.

—Hay sobre todo una carta que me parece de un interés extremo. Es más que clara, la autora no se anda por las ramas. Por lo visto, después de un larguísimo período sin mantener relaciones, por casualidad se encuentran solos...

—...y sin sospecha alguna —añadió Montalbano.

Augello no reconoció la erudita cita dantesca.

—...durante unas horas. Y son incapaces de resistirse.

—Cosas que pasan.

—Sí, cosas que pasan. Lo que no pasa a menudo es que un único encuentro tenga consecuencias serias.

—¿Como cuáles?

—Que ella se quede embarazada.

—¡Una buena complicación! ¿Y cómo acabó la cosa?

—En la siguiente carta se explica todo.

—¿Qué dice?

—Que en contra del consejo que Barletta le...

—Un momento. ¿Las cartas cómo empiezan? ¿Con el nombre de él o con un «amor mío», «cariño», «luz de mis días», «mi...».

—No hay nada de todo eso. Entra al trapo de inmediato, ya verás.

—Perdona. Sigue.

—En resumen, Barletta debió de

aconsejarle que abortara, pero ella le escribe para decirle que quiere seguir adelante con el embarazo. Y queda claro que al final ella se sale con la suya, no hay vuelta de hoja.

—O esa, que es madre soltera.

—No está claro.

—¿Por qué?

—Porque muchas veces hace referencia a un hombre con el que vive.

—¿Menciona su nombre?

—Nunca.

—¿Dice explícitamente que sea su marido?

—No.

—Entonces podría ser que viviera con un hombre sin estar casada...

—Quizá. Cuando contesta a Barletta que quiere tener el niño, lo convence en cierto modo con una frase concreta que, más o menos, viene a decir que ni él, o sea, su pareja, ni tampoco todos los demás, podrán llegar a sospechar que el verdadero padre es Barletta.

—En conclusión, que tuvo el hijo haciendo creer a todos que el padre era su marido o compañero.

—Exacto.

—Y luego, ¿cómo sigue la relación entre los dos?

—Tienen altibajos. De las cartas se desprende que ponen cuanto pueden de su parte para no seguir, pero no logran evitar, en cuanto se presenta la



oportunidad, acabar en posición horizontal.

—¿No hay nada de nada que pueda darnos una mínima pista para identificar a esa mujer?

—A ver, Salvo, ¿por qué crees que le he dedicado tanto tiempo? No hay nada de nada.

—¿Es posible que lo hiciera con toda la intención?

—¿El qué?

—Que tomara todas esas precauciones para que, si por casualidad una carta acababa en manos de terceros, nadie pudiera reconocerla.

—¡Yo estoy convencido de que lo hacía adrede!

—Vamos a hacer una cosa, Mimì. Me las llevo a casa y me las leo esta noche. Mañana seguimos con el asunto.

A las ocho menos cinco sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori!* Parece que estaría en la línea aquella *signora* que dice llamarse Giovanni Pustateri.

¿Qué sucedía? ¿Un contratiempo?

—Dígame.

—¿Comisario? Lo lamento muchísimo, pero voy a llegar tarde. La tata, que ha ido a ver a su hermana a Montereale, me ha llamado para decir que aún está en camino, y no tengo con quién dejar a los niños.

—No pasa nada, señora. La espero.

—No me retrasaré más de media hora.

—Media hora de retraso, hoy por hoy, no es ningún retraso.

¡Ah, no! ¡Se estaba desautorizando a sí mismo! Había regañado a Mimì, y Livia, a su vez, también lo había regañado a él. ¡Media hora era media hora!

En fin, ¿qué podía hacer durante esa media hora de espera?

Leerse una carta.

Las sacó del bolsillo, quitó la goma elástica que las sujetaba, cogió la primera de todas y empezó a leer. Ya en las primeras líneas comprendió que se trataba de la más importante. Mimì no

las había colocado en función de un posible orden cronológico.

*Han pasado poco más de dos meses desde aquella tarde en la que una serie de afortunadas (o desafortunadas) circunstancias nos permitió reencontrarnos una vez más y fundirnos en un abrazo que excluyó de inmediato el mundo que nos rodeaba. Fue como si entre nosotros no hubiera habido años de separación, una separación en el fondo buscada, si no deseada, por ambos. Nuestros cuerpos se reconocieron al instante y se fundieron en una especie de vibrante*

*inevitabilidad...*

Algo retórica, pero, en líneas generales, la chica escribía bien. Sonó el teléfono. Dejó la carta y descolgó.

—¡Ah, *dottori!* Parece que estaría un tal Mazzancolla, el cual querría hablar con usía personalmente en persona.

—¿Está al teléfono?

—Sí, señor.

—Pásamelo.

—¿Montalbano? Soy Fabio Mazzacolla, espero que el jefe superior te haya informado de que, desde hace dos días, me ocupo de un tronco del caso Barletta.

Así pues, el jefe superior había optado por una política de hechos

consumados, y lo de que iba a encargarse el trabajo a Mazzacolla en cuanto él saliera de su despacho había sido un embuste. Claro que quizá no fuera cuestión de enzarzarse con Mazzacolla, que no era responsable de nada.

—¿Lo de la fragmentación del caso Barletta en dos troncos? Sí, me lo ha contado todo.

—Bueno, yo creo que los dos troncos de la investigación tienen que discurrir en paralelo, por supuesto, pero no de forma independiente el uno del otro, de modo que me parece oportuno que entre nosotros dos haya un intercambio de información continuo. ¿No te lo parece también a ti?

«Pues no», le entraron ganas de contestar.

Sin embargo, el Montalbano hipócrita puso voz de felicidad y dijo:

—¡Me parece una idea estupenda!

—Estaba seguro de que coincidirías conmigo. Si quieres, puedo empezar a ponerte al corriente...

¿Y por qué no? Total, tenía que pasar el rato hasta que llegara Giovanna.

—Ponme al corriente.

—Perfecto. En fin, tengo que contarte que, después de comer, ha pasado algo que nos ha incomodado a todos. Esta mañana, uno de mis colaboradores, al mirar las fotografías de las chicas...

—Pero ¿a cuántas personas se las

habéis enseñado Tommaseo y tú?

—Bueno, a cinco o seis. El mínimo indispensable.

—Tratad de ir con pies de plomo.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que podríais provocar un buen lío.

—¿Y eso?

—Mazzacò, la mayor parte de esas chicas no son putas de profesión.

—Lo sé perfectamente.

—Pues, entonces, si resulta que una de ellas estuvo con Barletta por una necesidad momentánea de dinero y luego lo dejó y se echó novio, y ahora lleva una vida irreprochable, vosotros, al inmisciuros en su vida privada,



podrías...

—Por desgracia, ya ha sucedido.

—¿Qué?!

—Es lo que quería explicarte. Esta mañana, a uno de mis colaboradores le ha parecido reconocer a una de las chicas, pero en el momento no ha conseguido recordar ni dónde ni cuándo la había visto. Y, en cuanto nos hemos puesto a trabajar después de comer, de pronto se ha acordado de que le sonaba del despacho de Mandorliti y...

—¿De quién?

—Mandorliti. ¿No lo conoces? Es un subjefe superior, el nuevo jefe de la oficina de control de la prostitución.

—Entendido. Sigue.

—Entonces mi colaborador y yo, por una asociación de ideas que ha resultado ser errónea, nos hemos convencido de que la chica era prostituta, así que lo he autorizado a enseñar algunas fotos a Mandorliti para que nos dijera quién era.

—¿Y quién era?

—¡Ni más ni menos que su sobrina!

—¡Coño!

—¡Ni te cuento la que ha montado! Se ha precipitado a ver al jefe superior para pedirle mi cabeza. En resumen, ha costado Dios y ayuda tranquilizarlo. No me gustaría estar en la piel de esa chiquilla.

—¿Qué te decía yo?

—Oye, tendría que comunicarte otro descubrimiento que hemos hecho... También me gustaría ponerte al corriente de eso.

—Adelante.

—¿Por teléfono?

—Perdona, pero ¿hasta este momento qué estabas haciendo? ¿No me has puesto al corriente por teléfono?

—Sí, pero este asunto... ¿cómo te diría?, es un poco distinto. Quizá sería mejor que fuera a verte.

—¿Cuándo pensabas venir?

—Ahora.

—¡¿Ahora?!

## 13

En ese preciso instante apareció Catarella, que desde la puerta le indicó por señas que quería hablar con él. Montalbano, con la mano, lo invitó a pasar. El recepcionista se le acercó con andares de ladrón nocturno, rodeó toda la mesa, casi se le pegó a los hombros, se inclinó sobre él, le apoyó la boca en la oreja y, en voz baja y tono conspirativo, le susurró:

—Parece que ahora mismísimo ha

llegado personalmente en persona la señora Giovanni Pustateri.

—Hazla pasar —pidió el comisario en el mismo tono conspirativo, tapando el micrófono con una mano.

—¿Montalbano? ¿Estás ahí? —preguntó su colega, al no oír nada.

—Perdona, Mazzacolla, se me había caído un papel al suelo... ¿Qué me decías?

—Que me acerco en un momento.

Entró Giovanna, bellísima y elegantísima. Montalbano le hizo un gesto para que se pusiera cómoda y ella se sentó de forma que el corte lateral de la falda dejase al aire unas piernas que, por otro lado, merecían ser

contempladas.

—Estoy ahí dentro de veinte minutos  
—añadió Mazzacolla.

¡Ni hablar del peluquín! ¡Sólo le faltaba tener a Mazzacolla tocándole los huevos! Había que encontrar una buena excusa. Mientras tanto, Giovanna se dedicaba a mirar a su alrededor.

—Montalbano, ¿sigues ahí?

¡Uf, qué prisas tenía! Por fin se le ocurrió una idea.

—¡No, perdona, ahora no puedes venir! De verdad, créeme, estoy en mitad de un interrogatorio importante...

Giovanna lo miró asombrada.

—...que he tenido que interrumpir únicamente el tiempo necesario para

atender tu llamada.

—Podría ir más tarde.

¡Qué empeño tenía el tal Mazzacolla en ponerlo al corriente!

—Mira, te molestarías en vano. Estoy seguro de que este interrogatorio me va a ocupar toda la noche.

Giovanna, que había entendido la situación, se tapó la boca con una mano para ahogar una carcajada.

—Entonces, si puedo me paso por la mañana...

—De acuerdo.

Cortó la comunicación, sonrió a Giovanna, que le correspondió, y entonces se incorporó y se dispuso a guardar la carta que estaba leyendo,

pero se le cayó al suelo al otro lado de la mesa. Giovanna se agachó, la recogió y se la dio. Montalbano la puso con las demás, las envolvió con la goma elástica y se las metió en el bolsillo.

—¿En serio tiene intención de interrogarme toda la noche? —le preguntó la recién llegada con la carita inocente de un ángel.

—Si es necesario... —respondió el comisario, levantándose.

Ella lo imitó.

—¡Dios mío! ¿Y va a someterme al tercer grado? —insistió, fingiéndose asustada.

—Si no hay más remedio...

Giovanna rió.



—¿Ha averiguado si está abierto el restaurante?

—¿Quiere creer que me he olvidado por completo de llamar? Espere un momento, que... —dijo, poniendo la mano encima del teléfono.

—No lo haga.

—¿Por qué?

—Vamos igual.

—¿Y si está cerrado?

—Buscamos otro.

—¿Y si no nos gusta?

—Pues buscamos otro más.

—En resumen, ¿vamos a ciegas?

—¿No le apetece ir a ciegas conmigo un ratito?

La señora Giovanna no dejaba pasar

una oportunidad de provocarlo. Mejor no seguirla por ese camino peligroso. Prefirió tomar un desvío.

—¿Vamos con su coche o con el mío?

—¿Para ir al restaurante pasaremos cerca de su casa?

—Justo por delante.

—Entonces salimos de aquí con los dos coches, luego usted aparca en su casa y sube al mío.

Catarella llamó a Montalbano cuando lo vio pasar por delante de su cubículo.

—¿Me *cunsiente* una pregunta, *dottori*?

—Vaya pasando, enseguida la alcanzo —dijo el comisario a Giovanna—. ¿Qué quieres?

—¿Me explica por qué a una mujer que es una mujer como la *signora* Giovanni le pusieron nombre de varón?

—Porque sus padres querían un niño. Como les salió niña, se consolaron llamándola con nombre de chico.

—¡Gracias, *dottori*! ¡Usía es una *enciclopitia*! ¡Sabe explicarlo todo!

Montalbano aparcó delante de su casa, bajó, volvió por el sendero que llevaba a la carretera provincial, donde lo esperaba Giovanna, y montó en su coche.

—Ha elegido un lugar espléndido — comentó ella al arrancar.

—Tuve suerte.

—¿Y aquí vive... usted solo?

—Bueno, casi siempre.

—¿Qué significa ese «casi»?

—Que a veces viene a verme mi pareja.

—Ah. ¿No es de aquí?

—No. Es de Génova. Precisamente acaba de marcharse.

Podría no haber mencionado ese último dato, no se le había formulado ninguna pregunta al respecto, pero quería ver cómo lo utilizaba Giovanna.

Su curiosidad quedó satisfecha al instante.

—Oiga, si no nos alargamos mucho en el restaurante, ¿luego me enseñará la casa?

—¿Por qué no?

Conducía bien, eso estaba claro. Segura, precisa, tal vez un poco demasiado rápida para el gusto del comisario.

—¿Usted fuma? —le preguntó al rato.

—Sí.

—¿Qué tipo de...?

Montalbano sacó el paquete y se lo enseñó.

—¿Me enciende uno?

El comisario obedeció, dio una calada y le pasó el pitillo. Luego se encendió uno para él.

—Por lo general no fumo, lo hago sólo cuando estoy un poquito nerviosa.

—¿Ahora está un poquito nerviosa?

—Acabo de decírselo.

—¿Y por qué?

—Porque estoy con usted.

Montalbano fingió no haber entendido nada de nada y desvió hacia el córner el balón que acababa de pasarle.

—Es un fenómeno bastante común. Hasta la persona más honrada, cuando se encuentra con un policía...

Pero ella volvió a ponerlo en juego.

—No, no lo ha entendido.

—¿El qué?

—No me refería al policía.

Cuando mordía una presa, ya no la soltaba ni por un momento, pero ¿por qué actuaba así? ¿Cuál era su objetivo?

Resultaba evidente que no era porque

hubiese caído fulminada por sus encantos, por mucho que llegara a extremos insospechados para hacérselo creer.

—Ahora tendría que guiarme usted.

Montalbano la guió.

Y, naturalmente, se equivocó de camino. Acabaron parados delante de una casa de campo con una decena de perros furiosos que rodearon el coche ladrando y enseñando los dientes. Se abrió una ventana y una voz amenazadora preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—Larguémonos de aquí antes de que nos peguen un tiro —dijo Montalbano.

Al segundo intento encontraron por fin

el camino y, a lo lejos, vieron que el rótulo luminoso del restaurante estaba encendido.

Tras los primeros cinco *antipasti*, ella preguntó:

—¿Por qué se ha quedado tan callado?

Montalbano se rió.

—Perdone, es una costumbre que tengo. Le confieso que no me gusta hablar mientras como.

—¿Por qué?

—Porque así me parece que saboreo mejor los platos. No me distraigo.

Esa vez fue Giovanna la que se rió.

—¿Le parece gracioso?

—No, se me ha ocurrido algo. Me



preguntaba si...

—Dígame.

—No puedo. Soy una señora.

—Olvídese por un momento de que lo es.

—Muy bien. Me preguntaba si también se queda en silencio cuando... Cuando hace el amor.

A esas alturas ya quedaba claro hasta para un idiota que tenía en mente acabar la velada de un modo concreto. Ahora la pregunta era: ¿le seguiría la corriente o no?

Decidió que sí.

—¿Quiere creer que no lo sé? Tal vez habría que probar.

Ella lo miró. Estuvo a punto de decir

una cosa, pero cambió de idea y dijo otra:

—Estos *antipasti* son realmente exquisitos.

Fin del primer asalto.

Giovanna era de buen comer y a Montalbano le gustaban las mujeres que tenían buen saque sin temor a las consecuencias que eso provocara en su figura.

Sin embargo, no se vio capaz de pedir un segundo.

—No podría tragar ni un grano de uva.

Montalbano tampoco pidió nada más.

Una veintena de *antipasti* variados y

un buen plato de pasta con almejas le habían bastado. Aún tenían delante una botella de vino recién abierta.

—¿Quiere café?

—No. Vamos a terminar la botella y luego nos marchamos.

—De acuerdo —contestó el comisario, llenándole la copa.

—¿Cómo va la investigación? Por supuesto, siempre que el secreto... ¿cómo se dice, de instrucción?, no le impida contármelo.

Giovanna había decidido pasar al ataque directo.

—Sinceramente, no ha habido demasiados avances.

—¿Se han quedado en el punto de

partida?

—No, eso no, algún que otro pasito, sobre todo por exclusión, sí hemos conseguido dar.

—¿Puede contármelo, siempre que no...?

—La verdad es que no debería. Pero, dado que es usted la hija de la víctima...

—¿Qué significa «por exclusión»?

—Antes tengo que hacerle una pregunta: ¿puedo hablarle de su padre con total libertad, sin que se ofenda?

—No se olvide de que lo conocía muy bien.

—Bueno, entonces sabrá que, entre otras cosas, prestaba dinero a intereses altísimos.

—Sí, estaba al corriente de que a menudo se dedicaba a la usura, conmigo no es necesario que recurra a circunloquios.

—Hemos podido descartar que el homicidio sea imputable a una de las personas a las que había arruinado.

—Pero si se elimina el móvil del interés...

—Yo no he dicho eso.

—Entonces no lo he entendido.

—Me explico mejor —contestó. Le tocaba proceder con cautela; una palabra de más o de menos podía dar al traste con todo—. Es posible que el móvil del interés haya que situarlo en un ámbito más restringido.

Giovanna lo pilló al vuelo.

—¿Se refiere al entorno... familiar?

Venga, Montalbano, aléjala ahora mismo de esa idea. Todavía es demasiado pronto para hablar del asunto.

—No únicamente. Su padre era muy generoso con las chicas con las que se veía, puede que una de ellas...

Giovanna, por supuesto, no mordió el anzuelo.

—Pero, entonces, ¿cómo explica que hubiera dos asesinos?

En efecto, con eso no se explicaba. «Vamos a llevar la conversación por otros derroteros sin contestar a la pregunta», se dijo el comisario.

—Claro que si apareciera el testamento... —soltó a media voz, como para sus adentros.

—¿Qué tiene que ver el testamento?

—Tiene que ver, sí. ¿Está segura de que lo hizo?

—A mí me dijo que sí. Y estoy convencida de que era verdad. Pero cuénteme por qué es tan importante.

—Me pone en un aprieto.

—Se lo ruego.

—Si apareciera, sería mejor para usted y para su hermano, porque automáticamente quedarían fuera de la investigación.

—Así que, por el momento, estamos dentro...

—Bueno, mire, el fiscal Tommaseo no puede si no...

Esperaba una reacción furibunda. En el fondo, estaba diciéndole a la cara que tanto su hermano como ella eran sospechosos de parricidio. ¡Como en una tragedia griega!

No obstante, se quedó tranquilísima.

—¿Lo han buscado bien?

—Sí. Hemos descubierto incluso que, en su escritorio, había dos cajones secretos. ¿Lo sabía?

—No.

Primer punto en contra de Giovanna. Ese «no» era más falso que las cabezas de Modigliani encontradas en Livorno.

Y falso fue también el tono de la



pregunta que hizo a continuación:

—¿Qué contenían?

Lo sabía perfectamente. Del mismo modo que sabía que su padre guardaba en ese escritorio la documentación fotográfica de sus actividades amorosas.

—Cartas y notas de las chicas que...

—Entendido. ¿Y ahora van a interrogar a todas esas pobrecillas que cometieron el error de escribirle?

—Será difícil identificarlas.

—¿Las cartas no estaban firmadas?

—Algunas sí, pero un nombre como «Silvia» o «Francesca» no nos lleva a ningún lado.

—Entonces, ¿no han podido descubrir quiénes se las mandaron?

—No.

—¿Ni siquiera con las fotos han podido identificarlas?

—Hemos reconocido, no sé, a dos o tres, pero no...

Giovanna sonrió.

—Veo que van un poco atrasados. ¿Quiere que haga una aportación personal a la investigación?

—Sí, gracias.

—Yo no pude hacer desaparecer el documento. Cuando me llamó Arturo desde el chalet, a las siete y media del domingo por la mañana, para contarme lo de papá...

Lo que sonó en el cerebro de Montalbano no fue una campanilla, sino

un golpetazo de badajo que le retumbó dentro del cráneo.

—¿No la llamó a las ocho?

—No, a las siete y media. Estoy completamente segura. Creo que ya le había dicho que los niños...

—Sí, sí, ahora me acuerdo. Estaban desayunando antes de irse al colegio. Pero ¿no era domingo?

—Sí, claro, pero tenían una excursión organizada.

—¿Qué me decía?

—Que cuando llamó Arturo contesté yo. Estaba en mi casa, en Montelusa. Había despertado a los niños a las siete. Así pues, no podría haber entrado en el chalet antes que él para hacer

desaparecer el testamento. Por otro lado, hacía un montón de tiempo que no pisaba la casa de papá en el campo. Puedo demostrarlo.

En otras palabras, querido Salvo, la señora Giovanna te está diciendo que el testamento sólo puede haberlo hecho desaparecer Arturo. Y no te está diciendo únicamente eso, además te está situando en un camino muy lógico: para hacerse con ese documento, primero había que matar a Barletta.

Blanco y en botella.

Indirectamente, estaba encasquetándole el homicidio a su hermano.

Y no contenta con eso, Giovanna

decidió poner toda la carne en el asador:

—Además, como ya le dije la otra vez, a mí la desaparición del testamento sólo podría perjudicarme.

«...mientras que mi hermano se habría beneficiado de ella», redondeó mentalmente Montalbano la frase no dicha por su interlocutora.

Se habían acabado el vino.

—¿Vamos? —preguntó Giovanna.

Durante todo el trayecto de vuelta, ella no abrió la boca. De vez en cuando surgía de sus bellísimos labios entreabiertos una especie de melodía. El vino debía de haber alegrado a la señora

Giovanna.

Al cabo de un rato preguntó:

—¿Tengo que girar en la próxima?

—Sí.

Se detuvo delante de la casa del comisario, bajaron y él abrió la puerta, encendió la luz del recibidor y la invitó a pasar.

—Voy a enseñarle lo más bonito de la casa —dijo Montalbano.

Abrió la cristalera del porche.

—¡Qué maravilla!

—Siéntese.

Se puso cómoda en el banco.

—¿Quiere beber algo?

—No, gracias, ya he bebido demasiado. Y además tengo que

conducir.

Se quedó unos instantes en silencio, mirando el mar.

—Cuando iba al chalet de papá, yo también me pasaba al menos una hora mirando el mar antes de acostarme. — Suspiró—. ¿Me da otro cigarrillo?

—¿Está nerviosa?

—No. También fumo cuando estoy contenta.

Montalbano le ofreció el paquete y el mechero.

Ella prendió un pitillo, dio una calada y se lo pasó antes de encenderse otro.

—Venga aquí a mi lado.

Se quedaron fumando, sentados.

Él esperaba un gesto, la cabeza

apoyada en su hombro, una caricia en la mano, pero no ocurrió nada de eso.

Era como si, de repente, Giovanna hubiera cambiado de intención.

Tal vez se le habían pasado las ganas de terminar la velada metida en la cama del comisario.

O quizá era una de esas mujeres que pisan el acelerador al arrancar, pero cuando se dan cuenta de que superan el límite de velocidad empiezan a frenar.

—La verdad es que tengo que irme —dijo la invitada, levantándose después de apagar el pitillo en el cenicero.

Montalbano se puso de pie para dejarla pasar, y luego la adelantó para abrirle la puerta.



Ella hizo exactamente lo mismo que en el chalet.

Se detuvo delante de él y le dio un beso. Pero esta vez en los labios. Y prolongado.

—Gracias por todo.

Montalbano le abrió la puerta del coche, la cerró después de que montara y esperó a que se fuera. Antes de desaparecer al final del sendero, Giovanna sacó el brazo por la ventanilla y le dijo adiós.

El comisario entró en casa, corrió al baño y se lavó la cara.

## 14

Sentado en el porche, empezó a pensar en el comportamiento de Giovanna. Sin duda, la noche había terminado mejor de lo que se temía. Desde el primer momento, ella había hecho gala de una actitud pícaro y provocadora, descaradamente tentadora. Y eso lo había preocupado, puesto que no tenía ningunas ganas de acompañarla por ese camino. Le había seguido el juego porque quería comprender qué había

detrás de tanta disponibilidad, pero sólo estaba dispuesto a seguirlo hasta cierto punto, no más.

Por suerte, esa actitud de Giovanna había dado un giro inesperado en cuanto habían puesto un pie en Marinella, y no se debía a un cambio de humor, pues durante el trayecto de vuelta no había hecho más que canturrear, sino tal vez a que ya no consideraba necesario el teatro que hasta aquel momento había representado con el comisario.

Eso sólo podía significar que durante la cena ya había dicho todo lo que quería decir o había descubierto todo lo que quería descubrir.

Primera parte: ¿qué había querido

decirle?

Había querido decirle que el único que había tenido la posibilidad de hacer desaparecer el testamento paterno era su hermano, de modo que el asesino no podía haber sido más que él.

Y también le había ofrecido una prueba en su contra, tal vez involuntariamente: aunque Arturo había declarado desde el primer momento que había llegado al chalet a las ocho, Giovanna sostenía que a ella la había telefoneado a las siete y media.

«¡Las siete y media son las siete y media, y no las ocho! ¡Hay media hora de diferencia!»

Más o menos eso le había dicho

Livia.

Más o menos eso le había dicho él a Mimì.

En conclusión, Arturo se encontraba en el chalet mucho antes de las ocho.

Por otro lado, Giovanna le había ofrecido, de paso, su propia coartada.

Segunda parte: ¿qué había querido descubrir?

Ahí estaba el quid de la cuestión.

Por mucho que Montalbano tratara de recordar toda la conversación del restaurante, no conseguía encontrar un solo detalle por el que Giovanna se hubiera interesado en particular o hubiera hecho más preguntas de lo normal.

Entonces, ¿el único objetivo de la velada había sido implicar a Arturo?

Sonó el teléfono cuando ya cerraba la cristalera para ir a acostarse.

Era Livia.

—¿Has tenido buen viaje?

—Sí. ¿No te lo ha dicho Catarella?

—Me lo ha dicho. Ah, después de acompañarte he ido a ver a nuestro amigo.

—¿Cómo estaba?

—Mejor.

—¿Has vuelto a pasar por la tarde?

Pero ¿en qué se había convertido?

¿En un «damo» de caridad?

—No he tenido tiempo.

—¿Me prometes que irás mañana?

¡Estaba obsesionada!

—Te lo prometo.

¡Sólo le faltaba esa murga: tener que ocuparse de un vagabundo al que no le apetecía en absoluto que lo rondara nadie con la intención de ocuparse de él!

No durmió bien.

Se despertó varias veces, siempre con la misma pregunta en la cabeza: ¿qué había pretendido averiguar Giovanna? Estaba seguro de que, sin querer, le había dado la respuesta que buscaba, pero no sabía cuál era.

En cuanto llegó a la comisaría, llamó a Fazio.

—¿Has transcrito la declaración de

Arturo Barletta?

—Sí, jefe. Por ahí la tengo.

—Ve a ver a qué hora dice que llegó al chalet.

Fazio fue y volvió.

—A las ocho.

—¿Y recuerdas a qué hora dice, en cambio, su hermana Giovanna que la llamó a Montelusa para anunciarle el homicidio de su padre?

Fazio lo miró, sorprendido, por un momento y luego se pegó un manotazo en la frente.

—¿Ves como tú también te haces viejo? —dijo Montalbano—. Ayer por la noche, Giovanna, a la que me encontré por casualidad, me confirmó



que su hermano la había telefonado a las siete y media.

—¡A saber cuánto rato llevaba Arturo en el chalet! —exclamó Fazio.

—Sea como sea, llegó después de las seis.

—¿Por qué?

—Porque Pasquano asegura que la muerte por envenenamiento se produjo más o menos a esa hora.

—Perdone, pero, si lo envenenaron a las seis, Arturo tenía que estar forzosamente en el chalet al menos unos minutos antes.

—Bueno, si las cosas sucedieron como yo creo, no fue Arturo quien envenenó a su padre.

—¿Ah, no?

—No. Él le disparó creyendo que estaba vivo y que se estaba tomando el café.

—Habría que demostrarlo.

—Ya.

—¿Lo hago venir?

—Espera. Lo haces venir y entonces, ¿qué? ¿Le preguntas amablemente si fue él quien mató a su padre? No, hay que buscar otra vía. ¿Cómo se llamaba su mujer?

—Michela Lollo.

—Ve a buscarla. Tráemela sin darle tiempo a hablar con su marido.

Fazio salió disparado como un cohete.

—¿Has leído las cartas? —preguntó Mimì nada más entrar.

—Sólo unas diez líneas de una.

—Acábalas pronto y luego hablamos.

—¿Tan importantes te parecen?

—Es la impresión que tengo.

—Oye, Mimì, Fazio y yo hemos descubierto una cosa.

Y le habló de la doble versión sobre la hora de llegada de Arturo al chalet, de su apremiante necesidad de dinero y de la importancia que el testamento tenía para él.

—¡Por fin contamos con algo sólido!  
—fue el comentario de Augello.

—Pero aún es poco. Quiero interrogar a su mujer. Tú deberías

intentar descubrir a qué hora salió de su casa de Montelusa el domingo por la mañana para ir al chalet.

—No será fácil.

—Bueno, de paso entérate de qué coche tiene, el año y la matrícula. Luego trata de averiguar dónde lo guarda habitualmente. ¿En un garaje? ¿Aparcado delante de su casa?

—Salvo, ten presente que era domingo.

—¿Y qué?

—Pues que los domingos las tiendas están cerradas y hay menos posibles testigos.

—Es lo que hay, Mimì. Lo único que puedo hacer es desearte buena suerte.

*...y se fundieron en una especie de vibrante inevitabilidad, la misma que nos abrumba desde hace tantos años.*

*Sin embargo, ese último encuentro fue, debido tal vez a esa separación demasiado larga, de una intensidad mayor y maravillosa.*

*Me derretí entre tus brazos con una sensación completamente nueva cuya razón, en aquel momento, no logré comprender.*

*Era una combinación de felicidad y miedo.*

*El miedo, pasados estos dos meses, ha tenido explicación.*

*Estoy embarazada.*

*Tengo pruebas, me he hecho un test.*

*Llevo en mi interior un hijo tuyo.*

*Tienes que saber, por cierto, que desde aquel día no he vuelto a tener relaciones con él, no habría podido soportarlo.*

*Y el miedo ha desaparecido, se ha transformado en un extraordinario incremento de mi felicidad.*

*Tienes que saber que no estoy dispuesta a renunciar a este hijo nuestro ni por todo el oro del mundo.*

*Imagino tus objeciones.*

*No obstante, con él ya sé cómo comportarme. De la forma más natural posible. Esta misma noche apretaré los dientes y cederé a sus insistencias.*

*Nadie podrá sospechar que se trata de un hijo nuestro, ni él ni quienes nos rodean.*

*Tú proseguirás tu vida de aventuras con esas chiquillas de las que tengo tantísimos celos y que me veo obligada a soportar, ya que no puedo hacer nada para impedírtelo.*

*Yo, por mi parte, seguiré interpretando el papel de la fiel compañera.*

*Hubo un tiempo, en nuestra vida, en el que nuestros encuentros eran casi diarios, aunque sumamente arriesgados. Luego tuvieron que espaciarse por distintas circunstancias que es inútil recordar aquí.*

*Las conoces igual que yo.*

*Pues bien, quiero decirte que ya no echo de menos aquella época en la que vernos era más fácil.*

*Y no la echo de menos porque, ahora, estás siempre dentro de mí, a cualquier hora del día o de la noche, gracias a esta criatura que crece en mi interior.*

*Quizá sólo podría entenderme*



*otra mujer.*

*Espero que hasta pronto.*

Cogió un bolígrafo y subrayó algunas palabras que quería comentar con Augello.

En ese momento, apareció Fazio.

—Está aquí conmigo. ¿La hago pasar?

—¿Dónde la has encontrado?

—En su casa.

—¿Su marido estaba presente?

—No, jefe, había salido.

—Que pase.

Como mujer, Michela tampoco estaba nada mal, pero en comparación con Giovanna, que era realmente elegante, la Lollo, por muy cara que fuera la ropa que llevaba, era sólo llamativa y algo

desgarbada. También ella era rubia. Pero ¿cuántas rubias había en Vigàta?

Parecía dispuesta a presentar batalla y, de hecho, entró al ataque:

—Pero ¿esto qué es? ¡¿Cómo se atreven?! Una señora que está en su casa se ve obligada a seguir a un policía que... Pero ¿dónde estamos? ¡¿En África?!

—Siéntese, señora.

—¡No! ¡Me quedo de pie porque me voy dentro de cinco minutos! Y se lo advierto: ¡pienso hablar con mi abogado!

—Señora, si contesta a un par de preguntas podrá irse enseguida y nadie, ni siquiera su marido, se enterará de que

ha estado aquí. De lo contrario, me veré obligado a convocarla oficialmente, con toda la publicidad que eso comporta siempre. ¿Está claro? Así pues, cuanto menos tiempo perdamos, mejor para todos. Siéntese.

Michela, furiosa, se sentó en el borde de la silla.

Montalbano decidió utilizar con ella la estrategia de la ametralladora de preguntas. No tardaría nada en domesticarla.

—No comprendo por qué me han obligado a venir. Yo no sé nada de nada del...

—No lo dudo.

—Entonces, ¿por...?

—¿Tiene hijos?

—No.

—¿Por qué?

Michela, por primera vez, se quedó algo confundida.

—Bueno, cuando nos casamos no...  
Luego hemos...

—Perdone, pregunta inoportuna.  
¿Trabaja?

—No.

—¿Ha trabajado alguna vez?

—Sí. A los dieciochos años me...

—Da igual. ¿Qué estudios tiene?

—Educación secundaria.

—El nombre de un profesor.

—Genuardi.

—¿De qué daba clase?

—Lengua italiana.

—Bueno, bueno. Un momento.

Montalbano cogió un papel de su mesa al azar y lo leyó atentamente, haciendo muecas a veces de atención y a veces de suficiencia. Michela había sacado del bolso un pañuelo bordado que conservaba en las manos. El comisario dejó el papel, la miró con aire pensativo y luego continuó.

—¿Su padre trabaja?

—Está jubilado.

—¿A qué se dedicaba?

—Era vigilante nocturno.

—¿Y su madre?

—Ahora ya tampoco trab...

—¿A qué se dedicaba?

—Era... Limpiaba pisos.

Le había dado vergüenza decir que era asistenta.

—¿Tiene hermanos?

—Un hermano que...

—¿Cómo se llama?

—Giacco...

—¿Usted tiene coche?

—Sí. Un Pan...

—¿Y su marido?

—¿Qué?

—¿Su marido tiene coche?

—Sí. Un...

—¿Cuántos coches tienen en la familia?

—Do... Dos.

—¿Y antes?

—¿Antes de qué?

—Antes de casarse con Arturo Barletta.

Michela estaba ya claramente aturdida. Las ganas de presentar batalla habían desaparecido casi por completo. No conseguía entender adónde quería ir a parar Montalbano.

—¿Me repite... la pregunta?

—¿Tenía?

—¡¿El qué?!

—Estamos hablando de coches, ¿no?

—¡Ah! Sí. Era un...

—¿Cuántos años tenía?

—No sabría decirle.

—Me refiero a usted.

—¿Yo? Veinte.

—Entonces, ¿el coche era de segunda mano?

—Sí.

—Pero ¿funcionaba bien?

—Eh... Bastante.

—Hablemos de otra cosa.

Volvió a coger el papel, le echó un vistazo, canturreó con la boca cerrada y lo dejó de nuevo en la mesa.

—La mañana en la que mataron a su suegro, ¿a qué hora se levantó?

—A las... A ver, que piense...

—¿A qué hora se levanta por lo general?

—A las nueve.

—¿Cómo se enteró?

—¿De qué?



—Del asesinato de su suegro.

—Me llamó mi cuñada, Giovanna.

—¿No fue su marido?

—No.

—¿Qué hora era?

—Debían de ser... No habían dado las ocho.

—¿Su marido a qué hora había salido?

—No lo sé, estaba dormida.

—Incluso dormido, uno se da cuenta de si la persona que está acostada a su lado se levanta o se mueve... ¿Usted no se percató de nada?

—Hacía dos noches que...

—¿Que qué?

—Dormía... mal. Se levantaba, volvía

a acostarse... Por eso no sabría decirle sí...

—¿Le preguntó por qué estaba inquieto?

—No.

—¿Y eso?

—Estábamos en un momento...

—¿Habían discutido?

—Sí.

—¿No se hablaban?

—No.

—¿Motivo de la discusión?

—Asun... Asuntos personales.

—Entendido. ¿Tiene alguna idea?

—¿Sobre qué?

—Sobre por qué estaba inquieto su marido.

—Bueno... La empresa para la que trabajaba está... Tiene muchas deudas y...

—¿Por qué no fue también usted?

—¿Adón...? ¿Adónde?

—Con su marido, al chalet.

—Porque tenía... cosas que hacer en casa. —Aunque su cerebro ya había empezado a echar humo, se armó de valor y dijo—: Comisario, no entiendo para qué...

—Ya lo entenderá. ¿Tiene amigas?

—¿Quién?

—Usted.

—Alguna.

—¿Una en particular?

—Mi cuñada, Giovanna.

—¿Salen juntas a menudo?

—Bastante.

—¿Adónde van?

—Pues... Al cine... A casa de...

—Su primer coche, el que tenía a los veinte años, ¿se lo regaló su amante, el difunto Cosimo Barletta?

No lo esperaba, Montalbano la había dejado completamente descolocada. Dio un respingo y a punto estuvo de caerse de la silla. Se quedó pálida como un muerto. Habló jadeando, como si le faltara aire:

—No... No... fui nunca... amante... de... Lo... A mí me lo presentó... Arturo...

—Tenemos fotos.

Era un embuste de campeonato, pero surtió efecto. Michela puso los ojos como platos y le entró una especie de tic en el párpado izquierdo.

—¿Qué...? ¿Qué fotos?

—De Barletta y usted mientras... ¿Me entiende? ¿No sabía que tenía esa simpática costumbre? ¿No se lo ha contado su amiga Giovanna? Fazio, enséñale alguna a la señora.

Era un farol puro y duro. Fazio se levantó y se acercó al archivador.

En ese mismo instante, Michela se puso en pie de un brinco, se tapó los ojos y gritó:

—¡No quiero verlas!

—De acuerdo. Siéntese.

Obedeció como si fuera una marioneta.

—¿Cuánto tiempo fue su amante?

—Cuatro meses.

—¿Cuándo se enamoró de usted Arturo, su marido?

—Enseguida.

—Es decir...

—Al cabo de una semana de estar yo con... Se presentó en el chalet sin avisar... Yo ya me iba y...

—¿Dónde se veía con Arturo?

—Trabajaba de secretaria del ingeniero Porzio y él me esperaba a la salida.

—¿Barletta reaccionó mal cuando Arturo le dijo que quería casarse con

usted?

—No.

—¿Por qué?

—Se había cansado de mí... Yo me había dado cuenta.

## 15

Michela ya no estaba en condiciones de oponerse a las preguntas del comisario. Empezaba el asalto decisivo, pero él ya no tenía intención de seguir pegando con fuerza.

—¿Y usted?

—¿Yo qué?

—¿También se había cansado?

—Yo no tenía ya nada de lo que cansarme ni de lo que dejarme de cansar. No sentía nada. Él quería mi



cuerpo, yo se lo daba, él hacía con él lo que le venía en gana y luego me pagaba. Me avergonzaba un poco, eso sí. En su presencia no, pero sí algunas veces cuando estaba sola. Claro que me gustaba tener dinero para gastar y para eso... era... era un hombre generoso.

—Dígame, ¿en qué ocasión volvió a ponerle la mano encima su suegro?

El pañuelo estaba ya hecho una bolita oscura, empapada de sudor. Michela puso cara de sorpresa.

—¿Cómo se han enter...?

—Responda.

—Un día... en el chalet.

—¿Cómo fue?

—¿De verdad es neces...?

—Sí.

Soltó un largo suspiro antes de empezar.

—Se habían ido todos a la playa y yo me había quedado sola en la cocina a preparar la ensalada... No lo oí llegar... Con una mano me echó encima de la mesa, boca abajo, y me retuvo así... Era un hombre muy fuerte... Mientras tanto, con la otra me levantó la falda... Me dio una rabia... No podía gritar para que no me oyeran los demás. Creía que ya había salido de aquella historia, y en cambio... Entonces, en ese momento...

—Intervino su marido.

—¿Él?!

—¿No fue Arturo quien intervino?

—Sí, pero no para... ¿Eso se lo ha dicho él?

—No haga preguntas.

—Me acordé del cuchillo que había encima de la mesa... Lo agarré... No sé cómo, conseguí darme la vuelta... y fui a clavarle una cuchillada que paró con la mano izquierda... En ese instante, entró Arturo en la cocina y me desarmó... Su padre me arreó dos bofetones tremendos y se marchó...

—¿Qué le dijo su marido?

—Nada.

—Muy bien, pero ¿qué pasó luego?

Michela se sonrojó.

—Luego... Arturo me llevó a nuestra habitación y quiso... Estaba muy

excitado. Estoy segura de que... De hecho, luego me confesó que llevaba unos minutos mirándonos, allí en la cocina. No creo...

—Siga.

—No creo que hubiera intervenido si yo no hubiese opuesto resistencia... Le habría dejado hacer.

—¿Por qué?

—Porque jamás se habría enfrentado a su padre.

—Pero ¿Arturo la quiere?

Reflexionó un momento antes de contestar.

—No lo sé... Creo que sí. Me... desea todavía, eso sí, como al principio... Pero delante de su padre...

—Así pues, ¿fue usted quien no quiso volver a ver a Barletta?

—Exacto.

—¿Por qué discutieron?

—Preferiría...

Llegados a ese punto, no quedaba otra que asestar el golpe definitivo.

—Señora, antes de continuar, tengo la obligación de informarla de que es usted sospechosa de asesinato.

—¡¿Yo?!

—En la cama de Barletta se han encontrado tres pelos rubios. Alguien nos ha dicho que podrían ser suyos. Luego tendrá que entregarnos un mechón, que analizaremos debidamente.

Michela puso cara de asombro

sincero.

—Pero ¡si no pueden ser míos!

—Déjeme terminar. Por su propio interés, dígame la verdad: ¿cuándo empezó a verse de nuevo con su suegro?

A Michela le cambió la cara y se levantó de un salto, hecha un basilisco. Temblaba de rabia de pies a cabeza. Había perdido todos sus aires de señora y se apeó del italiano para seguir hablando en dialecto:

—¿Quién les ha contado esa estupidez? ¿Eh? ¿Quién se lo ha dicho? ¡Yo con Barletta hacía años que no me veía! ¡Años! ¡Desde que me agredió en la cocina del chalet! ¡Ni siquiera por Navidad! ¡Para mí, estaba muerto! Y de

pronto, el pedazo de cabrón de mi marido pretendía... ¡que volviera con su padre al menos una noche! ¡Quería que me pusiera a follármelo otra vez!

—¿Quería que reemprendiera la relación con su padre?

—¡Sí!

—¿Por eso discutieron?

—¡Sí!

—¿Cuándo se lo pidió?

—¡Tres días antes de que se cargaran a ese cerdo! ¡Insistía sin parar! «¿Qué te cuesta?», me decía. «Luego tú y yo viviremos mejor. ¿No lo entiendes? ¡Si aceptas, mi padre cambiará el testamento, ahora se lo deja todo a Giovanna!» Pero me negué. ¡Me

entraban ganas de vomitar sólo de pensar en ese puerco asqueroso! ¡Yo no soy una puta!

Se echó a llorar.

—Vamos a dejarlo. Acompaña a la señora a su casa —pidió Montalbano a Fazio, y luego, dirigiéndose a ella, añadió—: Le ruego sinceramente que me disculpe.

—¿Me espera? Voy y vuelvo —dijo entonces Fazio.

—No. Nos vemos después de comer.

En la *trattoria* de Enzo comió poco. Lo que le había contado Michela le había quitado el apetito. Después dio el acostumbrado paseíto por el muelle.



Sentado en la roca plana, empezó a exprimir las palabras que había oído. Y el jugo resultante era que toda la declaración de Michela había sido un acto involuntario de acusación a su marido.

Cierto era que no había sabido decir a qué hora se había levantado Arturo el domingo anterior, pero había revelado algo muy significativo: su marido era, a esas alturas, un hombre desesperado.

Los usureros a los que había recurrido debían de haberlo amenazado de muerte si no saldaba sus deudas.

Tal vez creyeran que podía recurrir a su padre en busca de ayuda, pero la situación era bien distinta. Barletta se

pasaba los problemas de su hijo por el forro de los cojones.

A menos que...

La idea de convencer a Michela para que se acostara con su suegro no era tan descabellada. Si ella hubiera aceptado, Arturo habría estado en disposición de pedir a su padre el dinero que necesitaba. Al fin y al cabo, era la única mercancía que tenía a mano para negociar...

Un momento, Montalbà.

¿No había una gran contradicción en el comportamiento de Arturo? Si estaba hasta las cejas de deudas, era porque su mujer le hacía gastar mucho dinero, y él tenía miedo de que, en caso de no

contentarla, lo dejara o se buscara un amante rico, como había hecho su amiga Giovanna.

Sin embargo, si tanto amaba a Michela, ¿cómo podía soportar que otro hombre...?

No, error. Michela había sido clara al respecto, había hablado de un auténtico encaprichamiento físico por parte de Arturo.

Hablar de amor era incorrecto.

Muy bien, pero si uno desea tanto un cuerpo, ¿cómo puede cedérselo a otro?

¡Montalbà, razona! ¡Ese otro no era un desconocido, sino su propio padre! ¡Al cual estaba sometido! ¡No había contado su mujer, y estaba claro que era sincera,

que aquel día Arturo habría sido capaz de ser testigo de su violación sin intervenir porque se trataba de su padre?

No obstante, Michela había rechazado decididamente la propuesta de su marido. Y él, desesperado, había insistido porque aquél era su último cartucho antes de verse obligado a dar un paso tan terrible como definitivo...

Sí, así debían de haber sido las cosas.

Cuando volvió a la comisaría, le explicó a Fazio lo que había pensado, y el inspector se mostró completamente de acuerdo.

—Cuando la has llevado a su casa, ¿estaba su marido?

—Aún no había vuelto.

—¿Tú crees que le contará lo que nos ha dicho?

—Para mí que no mencionará ni siquiera que ha venido por aquí. Eso me ha dado a entender.

—Así pues, ¿Arturo no sabe todavía que lo tenemos en el punto de mira?

—Yo creo que no, la verdad.

Montalbano se quedó pensativo unos instantes. Luego se echó a reír.

—Cuénteme el chiste, jefe.

—¿Me explicas qué conseguimos si detenemos a Arturo?

Fazio lo miró asombrado.

—¿Cómo que qué conseguimos?  
¡Habremos detenido al asesino!

—¿A alguien que le pega un tiro a un cadáver lo llamas asesino?

—Su intención era matar a su padre. Que ya estuviera muerto, para mí, es irrelevante.

—¡Ya verás en el juicio si es relevante o no, Fazio! Pero el verdadero problema es que no tenemos la más mínima idea de quién puede ser la asesina...

—¿Usía está convencido de que es una mujer?

—Estoy seguro al noventa y nueve por ciento. Es la misma que se acostó con él.

—Pero ¿por qué se quedó a pasar la noche?

—Quizá porque antes no tuvo oportunidad de administrarle el veneno. Pon que fueron a cenar a un restaurante. ¿Cómo iba a envenenar los platos delante de todo el mundo? Y por la noche, Barletta no debía de tener sed, piensa que en su mesita de noche no había ningún vaso con agua. La asesina no tuvo más remedio que esperar al café de la mañana.

—Pero ¿por qué levantarse tan temprano?

—Puede que haya una explicación. Tal vez Barletta le dijo que podía quedarse a pasar la noche en el chalet, pero que como máximo a las siete de la mañana tenía que volverse a su casa.

Fazio pareció convencido.

—*Dottore*, hablo por hablar, pero si Michela hubiera aceptado la propuesta de su marido, ¿tenía alguna garantía de que Barletta lo ayudara luego? Yo creo que no. Ése era muy capaz de beneficiarse a la chica y dejar a su hijo en la estacada.

—Estoy de acuerdo contigo —reconoció Montalbano.

Mimì Augello regresó a las seis de la tarde. Se lo veía contento, seguro que había descubierto algo bueno.

—Llama a Fazio —le dijo a Montalbano mientras se sentaba—. Así me ahorro contar lo mismo dos veces.



Fazio llegó al momento.

—A veces creo que nací con una flor en el culo —empezó el subcomisario.

—Te felicito por tener tan bien esa parte de tu anatomía —contestó Montalbano.

—No eres el único —replicó Augello.

El comisario se quedó pasmado.

—¡No me digas que has cambiado de acera!

—No. ¿Es que no sabes que las mujeres nos miran el culo como nosotros a ellas?

—¡¿En serio?!

—Salvo, tú en este campo te has quedado en el silabario. Vamos a hablar

de cosas serias. ¿Te acuerdas de que te he dicho que, como el asesinato fue un domingo por la mañana, las tiendas estaban cerradas y no íbamos a encontrar testigos?

—Sí.

—Me equivocaba.

—¿Estaban abiertas? —preguntó

Fazio.

—No, todas cerradas... menos una. Una librería justo enfrente del portal de la casa de Arturo Barletta.

—¿Por qué estaba abierta? —quiso saber Montalbano.

—Les tocaba hacer inventario.

—¿Lo vieron salir?

—No.

—¿Y entonces?

—El propietario de la librería, que se llama Varvaro, conoce el coche de Arturo, que siempre está aparcado delante de su casa. El domingo pasado, el tal Varvaro llegó hacia las seis de la mañana con un dependiente. Y allí estaba el coche. Entraron y volvieron a bajar la persiana metálica. Cuando no habían pasado ni cinco minutos, Varvaro se dio cuenta de que se había dejado el tabaco en el coche. Subió la persiana, salió y vio que el automóvil de Arturo ya no estaba.

—Y de Montelusa al chalet se tarda una media hora... —comentó Fazio.

—No me basta —dijo Montalbano.

—¿Por qué? —preguntó el inspector.

—Porque Arturo siempre puede argumentar que, antes de ir al chalet, tenía que hacer otra cosa. O que tuvo una avería y por eso llegó al chalet a las ocho.

Mimì Augello sonrió.

—A ver, ¿no te he dicho que nací con una flor en el culo? He encontrado otro testigo. El señor Modica.

—¿Quién es?

—El propietario de otro chalet que está medio kilómetro más allá del de Barletta y al que, por lo tanto, se llega por el mismo camino. Se me ha ocurrido ir a hablar con él. Me he enterado de dónde vive en el pueblo y he ido a

verlo. Me ha contado que, el domingo pasado, se dirigía a su chalet de buena mañana cuando lo adelantó el coche de Arturo de mala manera, lo sacó de la calzada y ni siquiera paró.

—¿Y recuerda qué hora era?

—Sí. Podían ser las seis y treinta y cinco o las seis cuarenta. La mujer de Modica se hizo daño en la frente. Entonces Modica llegó a su chalet, curó a su señora, cogió el coche y volvió, furioso, hasta la casa de Barletta. Aparcó y bajó, pero vio a Arturo, que corría hacia él desencajado: «¡Han disparado a mi padre! ¡Váyase!» Asustado, Modica subió al coche, metió primera y salió pitando. ¿Te basta con

eso?

—¿Es cierto que Arturo lo echó? — preguntó Montalbano.

—Ciertísimo.

—En ese caso, actuó de forma antinatural. Porque, cuando uno acaba de encontrar a su propio padre asesinado, pide auxilio al primero que ve. Él, en cambio, no quería que un desconocido le tocara los huevos, necesitaba tener el campo libre para buscar el testamento. Está todo claro —concluyó el comisario.

—¿Y ahora? —preguntó Augello.

—Ahora me toca ir a ver a Tommaseo. Y, a propósito de tu culo, Mimì, te felicito no sólo por eso, sino

también por tener tan buena cabeza de policía.

Al entrar en el despacho del fiscal, Montalbano se quedó estupefacto.

Encaramado a una silla, Tommaseo estaba colgando con chinchetas ampliaciones de las fotografías de Barletta. Ya tenía una pared llena. Encima de su mesa quedaban todavía unas cincuenta. Aquello parecía la redacción de una revista pornográfica.

—En la puerta debería poner un rótulo que dijera: «Despacho prohibido a los menores de dieciocho años», ¿no cree? —balbuceó Montalbano.

El otro se lo tomó en serio y, bajando

de la silla, contestó:

—Puede que tenga razón. —Miró a su alrededor con aire satisfecho—. Las he hecho ampliar para que se vean mejor los detalles.

En la mesa había incluso una lupa digna de Sherlock Holmes. Montalbano se imaginó que Tommaseo, siempre pensando obsesivamente en las mujeres, debía de pasar unas noches de órdago cada vez que le diera por acordarse de esa exposición que había montado.

—¿Han identificado a alguna?

—A cuatro, hasta el momento. El *dottor* Mazzacolla está haciendo un trabajo magnífico.

El comisario observó que al fiscal se



le había quedado la cara como de cera, sin sangre, y que le temblaban ligeramente las manos. Seguro que estaba a punto de sufrir otro ataque.

—¿Las ha interrogado?

—¡Cómo no, cómo no! ¡Largo y tendido! ¡He entrado hasta el fondo!

Rebuscó en la americana, sacó una cajita, tragó una pastilla y se bebió medio vaso de agua que tenía al alcance de la mano.

«Este pobre hombre se deja el pellejo», pensó Montalbano.

—¿Y ha sacado algo en limpio?

—Bah... Ya sabe, son chiquillas que mienten con facilidad... Una dice que sólo estuvo una vez con Barletta porque

la obligó a beber... Otra que tuvo que ceder a la fuerza... Está claro que el finado tenía un argumento de peso para convencerlas de que se acostaran con él: el dinero. Con ellas no escatimaba en gastos. Imagínese que a la última con la que estuvo...

—¿Han descubierto a la última chica de Barletta?

—Sí. ¿No se lo ha dicho el *dottor* Mazzacolla? Esa de ahí, ¿la ve?

Señaló una de las fotografías colgadas. Una jovencita que no debía de tener ni veinte años, guapísima, retratada completamente desnuda, de espaldas y volviendo la cabeza para mirar al fotógrafo.

—Como ve —prosiguió Tommaseo —, es morena, así que no puede ser la de la última noche. Además, tiene una coartada férrea.

—¿Cuánto tiempo llevaba con Barletta?

—Un mes. ¡Ha declarado que él se había enamorado perdidamente de ella! ¡Figúrese! También ha dicho, aunque está claro que es mentira, que Barletta le había jurado solemnemente que iba a hacer testamento a su favor y a enseñárselo en su próxima cita, el lunes. Pero el domingo lo mataron...

Montalbano sintió una violenta sacudida eléctrica por todo el cuerpo. Logró controlarse. Luego se echó a reír.

—¿Es lo más absurdo que podría decirse de Barletta! No sé, por pura curiosidad, ¿cómo se llama?

—¿La muchacha? Alina Camera. Es de Vigàta. Bueno, ¿y usted qué había venido a decirme?

—Nada. Pasaba por aquí y he entrado a saludarlo.

—Gracias. ¿En qué punto está su tronco de la investigación?

—Tenemos sospechas, pero sólo sospechas, que quede claro, sobre Arturo, el hijo.

—¿En serio? ¿Y por qué iba a matar a su padre?

—Porque le tiraba los tejos a su mujer.

—¿Ése no dejaba títere con cabeza!

—exclamó Tommaseo, algo envidioso

—. ¿También iba... detrás de su nuera?!

—Sí, eso parece.

—¿Es guapa? —preguntó Tommaseo, relamiéndose.

¿Es que no le bastaba con las que tenía a su alrededor, aunque fuera en fotografía? Había que desviar su atención. ¡A la pobre Michela, que al final le había dado lástima, sólo le faltaba que el fiscal se le echara encima!

—Eso es lo raro.

—¿El qué?

—Pues que es más bien feúcha. Las piernas un poco torcidas, una sombra de bigote... A saber qué le veía él.

Tommaseo pareció decepcionado.

—¡Bah! ¡En temas de sexo, el hombre es insondable! —observó, filosófico.

Montalbano asintió, absorto, y luego preguntó:

—¿Quiere interrogarla usted?

Tommaseo no se mostró muy entusiasta:

—¡Qué va, qué va! Eso, además, forma parte de su tronco. En fin...

Se levantó y le tendió la mano. Sudaba. Tenía prisa por volver a analizar las fotos con la lupa.

En cuanto salió, miró el reloj. Eran exactamente las ocho y diez. Si no perdían el tiempo, los demás y él, tal

vez lo conseguirían. Llamó a Catarella.

—¡A sus órdenes, *dottori*!

—¿Augello y Fazio siguen por ahí?

—Sí, señor *dottori*, están *in situ*.

—Diles que me esperen. Llego enseguida. Mientras, pásame a Fazio.

—Dígame, jefe.

—Fazio, apúntate este nombre: Alina Camera. Es una joven de unos veinte años de Vigàta. Si es posible, y también si es imposible, llévamela a comisaría.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿El *dottor* Tommaseo ha firmado la orden de detención?

—No.

—¿Y por qué?

—Porque no se lo he pedido. Me ha parecido mejor oír antes a esta chica. No pierdas el tiempo, encuéntrame a esa tal Alina.

—Está aquí —le dijo Fazio, que lo esperaba a la entrada de la comisaría.

—¿Alina?

—Sí, jefe.

—¡Perfecto! ¿Cómo lo has conseguido?

—Se me ha ocurrido buscarla en el listín telefónico. Y allí estaba, con nombre, apellido y dirección. También yo he tenido suerte, como el *dottor* Augello, porque cuando he llegado estaba saliendo para ir al cine con una



amiga.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Como si la hubiera invitado a venir a tomarse un café. Se ha despedido de su amiga y en todo el camino no ha dicho esta boca es mía.

—Hazla pasar a mi despacho, y venid también Augello y tú.

## 16

Al natural, Alina Camera estaba aún mejor que en fotografía. Mimì la contemplaba, estupefacto por su belleza. Desde luego, no podía decirse que Barletta no supiera elegir a las mujeres. ¿Cómo era posible que aquel tipo, al salir de paseo por el pueblo, encontrara chicas tan guapas hasta debajo de las piedras y que él, en cambio, no viera ni una? Quizá estuviese dotado de un ojo particular, como el olfato de los perros

para las trufas.

—Siéntese. Sólo voy a entretenerla unos minutos.

—Muy bien.

Se mostraba como había dicho Fazio, completamente indiferente. Incluso parecía algo aburrida.

—¿Usted trabaja?

—No. Voy a estudiar Letras Modernas en Palermo. Me matriculé hará una semana o poco más.

—¿Vive sola?

—Sí.

—¿Y sus padres?

—Están aquí, en Vigàta.

—¿El piso en el que reside es de alquiler?

—No. Es mío.

—¿Se lo han comprado sus padres?

—¿Mis padres? A mis padres a duras penas les alcanza para llegar a fin de mes.

—Entonces, ¿cómo...?

—Me lo compró Cosimo hace dos meses.

¿Y ése quién era? La joven leyó la pregunta en los ojos del comisario.

—Barletta —explicó.

Cierto, su nombre de pila era Cosimo. Alina se vio en la obligación de añadir:

—Lo de que me había comprado el piso ya se lo he dicho al *dottor* Mazzacolla y al fiscal Tommaseo.

—En ese momento, ¿ya era su

amante?

—No.

—En ese caso, ¿por qué se lo compró?

—Para convencerme de que lo fuera.

—¿Y la convenció?

—Sí. Al día siguiente de que me entregara las llaves.

—Entendido. Mire, es tarde y voy a ir al grano. ¿Es cierto que Barletta se había enamorado de usted?

—Sí.

—¿De las demás no y de usted sí?

—Quizá porque yo, a diferencia de las demás, aguanté tres meses antes de... Tengo sus cartas, en las que se comprende que...

¡Eso era una novedad!

—¿Le escribió cartas?!

—Sí, unas diez. Dan risa.

—¿Por qué?

—Un viejo que escribe cartitas de amor como un chaval... Y encima con errores gramaticales.

Hablaba, pero era como si no participara de las palabras que decía. No era una chica de carne y hueso, sino una especie de nevera.

—¿Le ha hablado de esas cartas al *dottor* Tommaseo?

—No.

—Tendría que haberlo hecho. ¿Por qué no lo ha hecho?

—Porque, cuando les he dicho que

Cosimo se había enamorado de mí, se han echado a reír y no me han creído. Por eso...

—¿Dónde están?

—¿Las cartas? En mi casa.

—¿Tendría algún inconveniente en que las leyéramos?

—Me da exactamente igual.

—¿En qué momento le dijo Barletta que iba a hacer testamento a su favor?

Fazio y Augello, que no estaban al corriente de ese detalle, aguzaron el oído, asombrados.

—La segunda vez que vino a verme, le dije que dos veces con él me bastaban y que no quería seguir... Que podía quedarse el pisito. Se puso a llorar. Me

escribió una carta desesperada... La tengo junto a las demás... Le dejé volver a cambio de que me pagara los estudios. Depositó en el banco, a mi nombre, una cifra considerable que me permitiría acabar la carrera. Yo tengo ganas de estudiar, pero mis padres no están en condiciones de mantenerme... Total, era o él u otro... Desde entonces quiso estar conmigo prácticamente a diario.

—¿Cuándo se vieron por última vez?

—Hace dos jueves. En esa ocasión fue cuando me dijo que iba a hacer testamento a mi favor, a condición de que no lo dejara nunca hasta su muerte, y que me lo enseñaría en nuestro siguiente encuentro, que iba a ser el lunes



siguiente. Especificó que sería un testamento hecho por un notario, que no sería ninguna tomadura de pelo. Pero el domingo lo mataron.

Había contado la historia sin el más mínimo cambio de voz, sin demostrar un solo sentimiento de ningún tipo, vergüenza, disgusto, resentimiento, pena... nada de nada.

—¿Por qué hubo ese intervalo entre sus encuentros?

—Yo tenía que ir a Palermo el viernes por la mañana porque se había abierto la matrícula en la universidad. Dormía en casa de una amiga y habíamos quedado en que pasaría dos días con ella. Y así fue: volví a Vigàta el

domingo por la tarde. Me enteré de la muerte de Cosimo por televisión. El *dottor* Mazzacolla ya lo ha comprobado.

Montalbano, Augello y Fazio se dirigieron una mirada rápida. No había nada más que decir.

—Gracias, puede irse. Fazio, acompaña a la señorita y que te entregue las cartas.

—Adiós —se despidió Alina.

Se levantó, se recolocó la falda y salió con la misma indiferencia con la que había entrado.

—¿Sabes una cosa? —dijo Mimì en cuanto se hubieron marchado los dos—. Esa chica me ha dado miedo.

—Y a mí —reconoció Montalbano.

—Menos mal que tiene coartada, porque habría sido más que capaz de cargarse a Barletta sin pensárselo ni un minuto.

—Creo que he entendido por qué el hombre se enamoró de ella.

—¿Por qué?

—Porque era idéntica a él. Sin un ápice de humanidad.

Fazio tardó menos de media hora en ir y volver. Dejó un fajo de cartas encima de la mesa.

—¿Puedo decir algo? Esa chica me ha dado...

—¿...miedo? —soltaron Montalbano y Augello a coro.

—¿A ustedes también?

—Lo que nos ha dicho Alina nos permite entender al menos dos cosas — empezó el comisario—. La primera es que Arturo conocía la intención de su padre de cambiar el testamento. Estaba haciéndose realidad algo que siempre había temido: que Barletta se enamorase de cualquier jovencita e hiciera una gran estupidez. Y se lo comentó a Giovanna. Esa novedad significaba que perdería incluso la parte menor de la herencia, dado que la mayor ya era para su hermana. En resumen: no habría visto ni una lira. La segunda es que por fin he conseguido contestar a una pregunta que no dejaba de rondarme por la cabeza: ¿qué era lo que había que impedir a toda

costa que hiciera Barletta ese domingo? La respuesta está clara: cambiar el testamento. El domingo era el último día válido. El lunes habría sido demasiado tarde porque había prometido a Alina que ese día precisamente se lo daría a leer. ¿Está claro?

—Clarísimo —dijo Augello.

Montalbano miró el reloj, eran las nueve y media.

—Y ahora vamos a por la confirmación definitiva. Fazio, ¿te acuerdas de cómo se llamaba el notario amigo de Barletta del que nos habló Giovanna?

—Piscopo, me parece. Está en Montelusa.

—Búscalos en el listín y pregúntale si puedo ir a verlo.

—¿A estas horas?

—Sí, señor, a estas horas. Explícale que es importantísimo. Vamos a ir los tres.

—Voy a llamar a Beba para decirle que llegaré tarde —dijo Mimì cuando ya se levantaba para salir.

Fazio volvió al cabo de diez minutos.

—Se ha resistido un poco, pero al final lo he convencido. Nos espera en su casa.

Cogieron un coche patrulla que condujo Fazio. Una vez en las inmediaciones de la calle donde vivía el notario,

Montalbano ordenó:

—Pon la sirena.

—¿Por qué?

—Efecto psicológico. El notario tiene que quedarse con la idea de que se trata de algo gravísimo, así no pondrá resistencia a las preguntas.

Abrió la puerta Piscopo en persona.

Era un hombre de unos sesenta años, distinguido, con gafas de oro y muy trajeado.

—Los he oído llegar. Adelante.

—*Dottor* Piscopo, soy el comisario Montalbano.

A continuación, presentó a Augello y a Fazio. Pasaron a un salón decorado con muebles de calidad.

—Me gustaría ofrecerles algo, pero no sé si en casa tengo... Soy soltero, vivo solo y aquí vengo a dormir y poco más.

—No se moleste. Le agradezco que nos haya recibido tan amablemente y me disculpo por la hora. Le haré perder el menor tiempo posible. ¿Cosimo Barletta era amigo suyo?

—Sí.

—¿Le había consignado su testamento?

—No.

—Entonces no era cliente suyo, pero, como amigo, ¿le había pedido consejo sobre cómo hacer un testamento ológrafo?



—Sí.

—Así pues, como amigo, no debe ceñirse al secreto profesional.

—Bueno...

—Sólo quiero saber si lo había hecho o no.

—Lo había hecho.

—La señora Giovanna, la hija de Barletta... ¿La conoce?

El notario sonrió levemente antes de contestar.

—Bastante.

—La señora me ha dicho que el testamento la favorecía a ella frente a su hermano, Arturo. Porque ella tenía hijos y él no. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Barletta le manifestó con posterioridad su intención de anular ese testamento?

—Sí.

—¿A favor de alguien ajeno a la familia?

—Sí.

—¿Sus hijos habrían quedado completamente excluidos?

—Según sus intenciones, sí. Tal vez habría dejado un pequeño porcentaje a Giovanna. Pero, a ver...

—Dígame.

—Un testamento como el que tenía en mente Cosimo no es fácil de redactar. Los problemas no vienen sólo por la legítima... Se queda expuesto a

demasiadas alegaciones... Incluso puede acabar impugnado si no se prevén todas las excepciones... En resumen, me ofrecí a ayudarlo, como por otro lado ya había hecho con su primer testamento.

—¿Aceptó?

—Sí. El viernes por la mañana, lo recuerdo perfectamente, me llamó para invitarme a pasar el domingo en su chalet.

—¿Le dijo que también iba a estar Arturo?

—¡¿Arturo?! Su presencia habría sido cuando menos inoportuna. ¡Habría tenido que asistir a la redacción de un testamento que lo desheredaba! No, Cosimo especificó que estaríamos los

dos solos.

—¿Cuándo se enteró de que habían asesinado a su amigo?

—El mismo domingo, hacia las ocho y media de la mañana.

—¿Quién se lo dijo?

—Me telefoneó Giovanna. Fue un mazazo, estaba a punto de salir para reunirme con él.

Montalbano se levantó, Augello y Fazio lo imitaron.

—Gracias por su amable colaboración, *dottore* —dijo Montalbano, estrechándole la mano.

—¿Y ahora qué? —preguntó Fazio de camino a Vigàta.

—Ahora me llevas a Marinella.

Mañana a las nueve de la mañana quiero tener delante a Arturo. Tú, Mimì, te pasas por comisaría, coges las cartas de Barletta a Alina, te las lees esta noche y...

—¿Por qué siempre me toca a mí?!

—Porque yo aún tengo que acabarme las otras, las de la desconocida.

El teléfono de Marinella tenía la costumbre de ponerse a sonar siempre que Montalbano estaba a punto de abrir la puerta de la calle. Por suerte, llegó a tiempo.

—¿Dónde estabas? Es la segunda vez que llamo —dijo Livia.

—Acabo de entrar en casa en este

preciso instante.

—¿Has ido a ver a Mario?

¡Uf, qué manía le había entrado!

—Créeme, no he tenido ni un minuto porque...

—¡...para hacer lo que te pido y yo nunca encuentras tiempo!

—¡Tampoco hay que pintarlo así!

—¿Y cómo quieres que lo pinte?

—Es que no he tenido nada de tiempo y ya está. No es que haya dejado de ir por hacerte un desprecio...

—Me gustaría creerte, pero...

Estaban empezando realmente mal.

Se enzarzaron durante unos diez minutos y luego, a modo de conclusión, él le juró que al día siguiente iría a

visitar al vagabundo.

Adelina le había dejado pasta frita con brécol y una ensalada de anillas de calamar, gambas, apio, zanahorias y aceitunas negras. Mientras la pasta se calentaba en el horno, puso la mesa en el porche.

Al terminar, quitó la mesa, cogió el tabaco y el encendedor y volvió a sentarse fuera. Metió una mano en el bolsillo, sacó las cartas y empezó a leer.

*Tú eres muy terco, no paras hasta que todo el mundo, quiera o no, se amolda a tu voluntad. Pero esta vez voy a plantarte cara.*

*No podrás hacerme cambiar de*

*idea jamás, te lo he dicho por escrito y te lo he repetido de viva voz.*

*Y vuelvo a repetírtelo: no voy a abortar.*

*Estaremos unidos para siempre por esta criatura mucho más que por el secreto que desde hace años guardamos en nuestros corazones.*

*Aquel día terrible, ¿lo recuerdas?, tomamos una decisión fulminante.*

*Sin decirnos una palabra, sin intercambiar una mirada, reaccionamos los dos a una y dejamos que las cosas siguieran su curso.*



*Aun así, ahora no estás de acuerdo conmigo.*

*Y eso me duele.*

*Pero he tomado una decisión.*

*Elijo yo sola, por mí y por ti.*

Eché un vistazo a las demás cartas. En una hablaba de una ocasión en que habían hecho un viaje juntos, en otra le daba las gracias por los regalos que le hacía y por el dinero que le daba con regularidad, en una tercera lo regañaba por sus continuas aventuras sexuales y le anunciaba que pensaba vengarse pagándole «con la misma moneda»... La última le llamó especialmente la atención.

Recordaba un día en que, cuando era

pequeña, Barletta la había llevado al circo...

Era una pista importante. Aquello quería decir que Barletta ya había conocido de niña a la mujer que acabaría siendo su amante y la madre de su hijo. Probablemente se trataba de la hija de algún amigo íntimo.

No obstante, aparte de ese dato, en ninguna otra carta había el más mínimo indicio que pudiera conducir a la identificación de su autora.

Entró, cerró la cristalera y fue a acostarse.

A saber por qué, aquellas cartas lo habían inquietado.

—Fazio, antes de hacer pasar a Arturo, te digo que es de suma importancia que te informes sobre los amigos de Barletta, los que acudían habitualmente a su casa. Hazlo hoy después de comer. Yo ahora me voy.

—¿¿Qué?! —se sorprendió Augello —. ¿Y el interrogatorio de Arturo?

—Ocupaos vosotros.

—Perdona, Salvo, pero...

—Mimì, ese hombre ha matado a su padre por un asunto de dinero. El móvil más abyecto que pueda existir. Y, sobre todo, lo ha matado como un estúpido: dejó que lo viera el propietario del chalet vecino, Modica, llamó a su hermana a las siete y media y luego a

nosotros nos dijo que eran las ocho, cuando sabemos que ya estaba allí a las siete, y para colmo ¡le pegó un tiro a su padre sin darse cuenta de que ya estaba muerto! ¿Por qué voy a perder una hora de mi vida con un imbécil de ese calibre? Habladle de los testigos, del librero, de Modica, repetidle lo que nos han dicho su mujer y el notario. Ya veréis como canta.

—¿Y si pide un abogado?

—Se lo llamáis. Luego lo esposáis y se lo lleváis a Tommaseo. Y, como me imagino que la cosa os ocupará toda la mañana, nos vemos después de comer.

Salió, cogió el coche, corrió hasta

Marinella y entró en su casa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Adelina, asombrada al verlo aparecer a una hora desacostumbrada.

—Nada, nada.

Se quitó la ropa, se puso el bañador y corrió a tirarse al mar.

Le había bastado con hablar de Arturo para sentirse sucio.

Verlo allí, delante de él, lo habría hecho vomitar.

El agua estaba fría, pero le sirvió para sentirse limpio.

Volvió a casa, cogió las cartas de la desconocida y se las llevó al porche.

—Adelì, prepárame un café.

—Ahora mismo.

En aquellas cartas había algo que no lo convencía, que no conseguía enfocar bien.

«... la misma que *nos abrumba desde hace tantos años...*»

«... debido tal vez a *esa separación demasiado larga...*»

«Nadie podrá sospechar que se trata de un hijo nuestro, *ni él ni quienes nos rodean...*»

«... encuentros eran casi diarios, *aunque sumamente arriesgados...*»

¿Por qué eran tan arriesgados esos encuentros? No debían de serlo sólo para ella, sino también para Barletta.

Sin embargo, a él por lo general nunca le había importado el peligro que

representaban sus caprichos... Bastaba ver cómo se había comportado con Michela. ¡Había intentado violarla en la cocina, mientras el resto de la familia estaba en la playa, a pocos metros!

Así pues, ¿qué tenían esos encuentros para representar un peligro tan grave?

—El café, *dottori*.

Repasó las cartas una por una, pero no llegó a ninguna conclusión.

—¡Quédese a comer en casa, en vez de ir siempre al *ristaurante*! ¡A saber qué porquerías le dan! Aceite frito y *rifrito*, salsas agrias, *piscado* de tres al cuarto...

En la *trattoria* de Enzo comía estupendamente bien, pero Adelina

estaba convencida de ser la mejor asistente y cocinera del mundo.

—¿Qué me ofreces?

—Le preparo una buena pasta *'ncasciata*.

Consiguió controlarse, porque si no le habría dado un abrazo y un beso, y hasta una vuelta de vals.

—¿Y me haces algo también para la noche?

—¡Por supuesto!

Adelina puso la mesa en el porche y el comisario disfrutó de lo lindo, no tanto por el plato que le había preparado, que era siempre la quintaesencia del paraíso, sino porque aquella comida tenía el mejor



condimento que podía desearse: una jornada de sol, con una brisa muy ligera que no sólo no molestaba, sino que llevaba el aroma del mar.

En vez de caminar hasta la punta del muelle, esa vez dio el paseo por la orilla, descalzo, y de vez en cuando el agua le acariciaba los pies.

Cuando llegó a la comisaría, eran las tres. En la misma entrada se topó con Fazio, que salía.

—¿Adónde vas?

—A hacer lo que me ha dicho usía esta mañana. A buscar a los amigos íntimos de Barletta...

—¿Está Augello?

—Sí, jefe.

—Entonces quédate. Ve a buscarlo y  
venid los dos a verme.

—Contadme cómo ha ido esta mañana —les pidió en cuanto se sentaron delante de él.

—¿Cómo iba a ir? —replicó Mimi—. Cuando le he soltado la ristra de alegaciones se ha quedado blanco como el papel y lo único que ha dicho, al final, ha sido que quería ver a su abogado. Pero el abogado no estaba disponible, así que nos hemos llevado a Arturo a ver al fiscal, al que Fazio ya

había llamado para avisarlo. Tommaseo me ha llamado aparte, ha querido que se lo contara todo de pe a pa y no ha empezado el interrogatorio hasta que ha llegado el abogado en cuestión, media hora después. Todo de acuerdo con la ley.

—¿Cómo se ha defendido?

—Ha seguido manteniendo que llegó al chalet poco antes de las ocho, de modo que Tommaseo ha convocado al librero y a Modica para esta tarde. Delante de ellos, seguro que acaba cantando.

—¿Ha dicho algo que pueda interesarnos?

—Ha dejado a su hermana a la altura

del betún —informó Fazio.

—La ha llamado zorra y puta —añadió Mimì.

—Y la ha acusado de ser hija de su padre —continuó Fazio.

—¿Y qué clase de acusación es ésa?

—Lo decía en el sentido de que ella, en cuestiones de amantes, tampoco se queda corta —precisó Mimì.

—¿Ha dado nombres?

—¡Desde luego! El propio notario Piscopo, el ingeniero Lamantia, un abogado que se llama Di Stefano, un tal Santo Fallace, que es un pequeño industrial farmacéutico... —enumeró Fazio.

—¿Y eso qué tiene que ver? —lo

interrumpió Montalbano—. Que su hermana tenga tantos amantes no significa que él no sea un asesino.

—Es cierto —dijo Mimì—, pero Arturo ha subrayado que eran todos hombres que conocían a su padre y que Giovanna los utilizaba para ponerlo de vuelta y media. Según él, si Barletta se lo dejó casi todo a ella en el testamento no fue porque tuviera dos hijos, sino porque lo embaucaron la propia Giovanna y los amigos de los que ella había sido amante.

En resumen, delante del fiscal, Arturo, sin pelos en la lengua, se había resarcido de las acusaciones que le había endosado su hermana.

¡Una familia ejemplar, sin duda! Quizá lo más exacto habría sido describirla como un nido de víboras.

—Muy bien —concluyó Montalbano—. Fazio, ya puedes ir a empezar la investigación.

El inspector se despidió y se marchó.

—¿Qué investigación? —preguntó Augello.

—Ahora te lo cuento. Primero dime cómo son las cartas de Barletta a Alina.

—Exactamente como aseguró la chica: dan lástima y están llenas de errores gramaticales. Pero demuestran que se había enamorado en serio de ella. Está claro que habría hecho testamento a su favor. Había perdido la cabeza. Para

él, en el mundo ya sólo contaba esa jovencita.

—Y ahora vamos a hablar de otras cartas de amor.

Sacó del bolsillo las de la autora desconocida y se las tendió.

—Pero ¡si ya las he leído!

—Mírate los fragmentos que he subrayado.

Cuando Augello hubo terminado, el comisario le dijo:

—Mimì, trata de seguirme. Voy a hacer una especie de esquema. De las cartas se desprende, primero, que Barletta conocía a esa mujer desde niña; segundo, que la relación tuvo altibajos; tercero, que sus encuentros



representaban un riesgo enorme; cuarto, que con el tiempo ella se comprometió con otro; quinto, que pasó algo que les permitió volver a ser amantes; sexto, que ella se quedó embarazada y tuvo el hijo; séptimo, que se trata de una historia que duró muchos años, y octavo, que entre ellos hay otro secreto en común, además del hecho de ser amantes.

—Eso es el resumen de los capítulos anteriores, ahora dime qué sigue.

—He llegado a la conclusión de que esa mujer sólo puede ser la hija de un amigo íntimo de Barletta, un amigo que visitaba su casa. Eso es lo que ha ido a investigar Fazio.

Mimì se había quedado pensativo.

—¿No estás de acuerdo?

—Hasta la última coma. Lo que me pregunto es por qué guardaría Barletta esas cartas.

—Aparte de que lo guardaba todo, en esas cartas está la prueba escrita, irrefutable, de que esa mujer tuvo un hijo suyo.

—Sí, pero ¿de qué le servía una prueba como ésa?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Habría que meterse en el alma de Barletta. Y eso sería muy difícil. Por lo pronto, está claro que de esa mujer también estaba enamorado, aunque fuera a su manera. Podría haber sido una forma de tenerla

atada para siempre.

—¿Cómo?

—Mimì, si ella amenazaba con dejarlo, Barletta habría podido chantajearla con el asunto del hijo.

—Pues a mí me parece que ella estaba más enamorada que él.

—Exacto. Así pues, la pregunta es la siguiente: ¿cómo reaccionaría una mujer tan enamorada si se enterase de que el hombre de su vida había perdido la cabeza por una chiquilla de veinte años? Si supiera que la había reemplazado definitivamente.

—Quizá lo mataría.

—Es lo mismo que pienso yo. Por eso he puesto a trabajar a Fazio.

—Un momento. Si tan enamorado de Alina estaba Barletta, ¿por qué pasó la última noche con otra mujer?

—A ver, el hecho de que pasó la noche con una mujer lo hemos deducido nosotros por los pelos rubios encontrados en la cama, que evidentemente habían ocupado dos personas, pero Giovanna me hizo dudar...

—¿De qué?

—Me dijo que su padre no siempre hacía la cama. Se contentaba con echar la sábana o la colcha por encima, y la dejaba así hasta que, al cabo de unos días, iba la asistenta. En consecuencia, los pelos rubios no tienen por qué ser

necesariamente de la noche del sábado al domingo.

—Me parece razonable.

—De acuerdo, Mimì. Sin embargo, a pesar de ese apunte de Giovanna, una cosa está clara: la persona que lo mató a las seis de la mañana con el veneno es la misma que había pasado la noche con él, rubia o morena, eso me da igual. Ese café se lo tomaron juntos al levantarse.

—Pero ¿tú de verdad crees que lo envenenó la autora de las cartas, la cual, no hay que olvidarlo, no sólo sería su amante de toda la vida, sino también la madre de su hijo?

—Sí. Y me explico. Tú mismo te has preguntado la razón por la cual Barletta,

pese a estar perdidamente enamorado de Alina, pasó la noche con otra mujer. Sólo hay una respuesta posible: no se trataba de una mujer cualquiera, sino de ella, de la persona con la que tuvo, hasta el momento de conocer a Alina, una relación de auténtica pasión.

—¿Y tú qué crees que ocurrió, Salvo?

—Es sólo una hipótesis. La antigua amante descubre que Barletta ha perdido la cabeza por Alina y que ya no hay esperanzas de recuperarlo. Para ella es una noticia trágica, puesto que, hasta el momento, Barletta sólo ha tenido historias pasajeras. Y ella, no lo olvides, también tenía celos de esas chicas; se lo echa en cara e incluso le

paga con la misma moneda, como escribe en una carta. ¿Hasta aquí de acuerdo?

—De acuerdo.

—Sin embargo, esta vez ya no se trata de una aventura fugaz, sino de amor, de encaprichamiento, de demencia senil, llámalo equis. Los celos de nuestra desconocida debieron de ser insoportables, cegadores. Se pondría tan pesada que Barletta, el sábado por la noche, accedió a recibirla en el chalet. Ella debió de llorar, de desesperarse, pero él se mostró firme como una roca.

—Salvo, ahí hay una contradicción. Si Barletta no quería saber nada más de ella, ¿cómo acabó llevándosela a la

cama?

—Porque era inevitable. Acuérdate de lo que escribió ella misma, aunque con otras palabras. En cuanto sus cuerpos entraban en contacto, estallaba la pasión. Es más fuerte que todo lo demás. Sucedió lo mismo también esa noche. Pero no significaba nada, la desconocida sabía que al día siguiente, por la mañana, tenía que irse, no había otra. Se había llevado el veneno con ella, por si su intento fracasaba. Y, como fracasó, acabó utilizándolo. ¿Te convence?

—Me convence —contestó Mimì—, pero ¿qué veneno era?

—Pasquano me lo dijo. Es un veneno



paralizante. Espera.

Rebuscó en todos los bolsillos, pero no encontró el papelito con el nombre que le había dictado el forense. La única solución era llamarlo. Conectó el altavoz.

—¿Qué nueva estupidez se le ha ocurrido? —preguntó Pasquano, furioso.

—Disculpe, *dottore*, pero he perdido el papel con el nombre de aquel veneno.

—¿Ve como se está idiotizando más y más con cada día que pasa? Llamémoslo «curanina». Un subproducto del curare. ¿Es que nunca ha leído un libro de aventuras entre los salvajes del Amazonas?

—Sí, pero ¿por qué ha dicho

«llamémoslo»?

—Porque, aunque sea un derivado del curare, que como usted no sabe paraliza las terminaciones de los centros nerviosos, se presenta en una concentración altísima y puede actuar sobre el sistema respiratorio por ingestión.

—¿Es que el curare no hace efecto al ingerirlo?

—No. Puede beberse un vaso y quedarse tan ancho. En cambio, si se lo inyectan, cosa que le deseo, se quedará tieso de inmediato. Y, dicho esto, me despido y lo dejo con Dios —concluyó, antes de colgar.

—No le has preguntado una cosa —

apuntó Mimì—. Si es fácil de encontrar.

—Ya lo había hecho. Me contestó que se utiliza en los hospitales contra la rabia, la epilepsia...

De repente, se echó a reír. Augello lo miró pasmado.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Me ha picado que Arturo, al disparar a su padre, debió de mandar a tomar viento el plan de la auténtica asesina. Había utilizado un veneno que no deja rastros externos. Seguro que contaba con que el médico, al acudir a certificar la muerte, la atribuyese a causas naturales. Y así nadie se habría enterado de que lo habían asesinado. Pero Arturo le disparó sin saber que ya

estaba muerto, y con eso hizo obligatoria la autopsia. Gracias a ello, se descubrió en el cadáver la cianurina, o como se llame, y la asesina, que esperaba pasar desapercibida, se queda bien jodida.

—Bien jodida se va a quedar cuando la atrapemos —replicó Mimì, y añadió —: En conclusión, no podemos hacer nada más que esperar a Fazio.

—Habría otra vía.

—¿Cuál?

—Que yo hablara con Giovanna. Es posible que nuestra desconocida fuera una amiguita suya de la infancia. Es posible incluso que hayan mantenido la amistad, que sigan viéndose.

—¿Y por qué no la llamas?

—Mimì, ¿te parece buen momento? ¿El mismo día en que hemos detenido a su hermano? También es verdad que ella no se ha cortado a la hora de lanzar sospechas contra Arturo, pero en fin...

—Yo lo haría de todos modos —afirmó Augello al salir.

Le dio vueltas durante un rato, estudiando los argumentos en contra y a favor, y finalmente decidió seguir el consejo de Mimì. Eran las cuatro y media. Marcó el número. Contestó ella.

—Montalbano al aparato. ¿Cómo está?

—¿Cómo quiere que esté? ¿Cómo estaría usted si le hubiera pasado esta...

desgracia? ¡Mi padre asesinado por mi hermano, su hijo! No... ¡No esperaba que Arturo pudiera caer tan bajo!

—Mire, Giovanna, sé perfectamente que mi llamada es inoportuna...

—¿Por qué? ¿Se refiere a la detención de Arturo?

—Pues sí.

—Usted no ha hecho más que cumplir con su deber. ¿Por qué me ha llamado?

—¿Está ocupada en este momento?

—En absoluto. He mandado a los niños a comer a casa de sus abuelos paternos. Mi marido se ha ido. He querido quedarme sola. Dígame.

—Tengo que hablar con usted.

Pareció dudar un momento.

—Venga a casa.

—Gracias. Deme la dirección.

Acababa de colgar cuando sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori!* ¡Parece que estaría la señorita novia de usía que quiere hablarle personalmente en persona!

¡¿Livia lo llamaba a la comisaría a esas horas?!

—¿Has ido a ver a Mario? Te llamo porque, en el caso de que aún no hayas ido...

¡Mierda! ¡Había vuelto a olvidarse! Y no sabía si encontraría un momento para ir. La única solución era soltarle un embuste.

—¡Mujer, si te había jurado que iría!

¿Esa opinión tienes de mí? ¿Crees que soy de los que no cumplen su palabra?

—Te pido disculpas. ¿Cómo estaba?

—De maravilla. Se ha recuperado por completo. Te manda muchísimos recuerdos.

Al cabo de diez minutos, ya salía hacia casa de Giovanna.

Cuando la vio, se sintió incómodo. No era la misma Giovanna de la última vez. Iba sin maquillar, sin peinar, tenía ojeras y dos arrugas a los lados de los labios, que no sonreían. Era evidente que aquella especie de tragedia griega en la que se había visto envuelta su familia la había marcado.



—Ha sido un día horrible —dijo mientras hacía pasar al comisario al salón—. ¡Y la tortura de los periodistas! ¡Buitres, hienas! ¡Decenas de llamadas! ¡No me han dado ni un instante de respiro! ¡Me han despedazado!

—Y ahora llego yo también... —se lamentó él.

—Usted es otra cosa —contestó Giovanna sin un atisbo de sonrisa.

Se sentó en una butaca delante de él.

—Voy a molestarla lo menos posible —empezó Montalbano.

Sacó del bolsillo las cartas de la desconocida.

—Estas cartas aparecieron en un cajón secreto del escritorio de su padre.

Mírelas.

—Ya las he visto.

Montalbano se quedó boquiabierto.

—¿Cuándo?

—La tarde que fui a la comisaría, ¿se acuerda? Las tenía encima de la mesa. De hecho, una se le cayó al suelo y...

—Pero no pudo leerlas...

—No.

—¿Puedo pedirle que lo haga ahora?

—Muy bien. ¿Le apetece un whisky?

—Gracias, sí.

Mientras él bebía, ella leía. En un momento dado, empezaron a caerle unos lagrimones por la cara. Lloraba en silencio.

—Si le resultan demasiado

dolorosas...

Giovanna negó con la cabeza. Al terminar, las dejó encima de la mesa de centro y se levantó.

—Discúlpeme.

Volvió al poco rato, había ido a lavarse e incluso se había maquillado.

—¿Se ve con fuerzas para comentarlas?

—Sí.

—¿Qué opina?

—Que esa mujer es la única que amó de verdad a papá.

—¿No tendrá una idea...?

—¿... de quién pueda ser? No, en absoluto. Por otra parte, ¿cómo iba a saberlo yo?

—A eso voy, mire. Como esa mujer, en una carta, recuerda que su padre la llevó al circo cuando aún era niña, he pensado que tal vez la conociera de pequeña...

—Espere... Recuerdo que yo también... Sí, papá también me llevó al circo. Tenía... Cuatro años. Ahora que me hace pensar... —Se interrumpió y se le formó una arruga en mitad de la frente —. Sí, había otra niña de mi edad, pero no consigo...

—Haga un esfuerzo, para nosotros sería fundamental saberlo.

—¿Por qué?

—Porque estoy convencido de que esa niña, que creció y fue la amante de

su padre, es la persona que lo envenenó.

—¿Por qué iba a hacer eso si tanto lo quería?

—Acaba de decirlo usted misma: porque lo quería y no soportaba que se hubiera...

—...enamorado locamente de una veinteañera. Comprendo.

A Montalbano aquello no le cuadró.

—¿Quién le ha dicho que su padre había perdido la cabeza por una jovencita?

Giovanna contestó con toda la tranquilidad del mundo:

—Me lo ha dicho el abogado de mi padre, lo he llamado hoy. Lamento no poder serle de ayuda, pero...

—Espere un momento. He encargado a Fazio, al que ya conoce, que haga una lista de los amigos de su padre, de los que iban habitualmente a su casa. Si me diera usted algunos nombres, ahorraríamos tiempo.

—Por supuesto. Los primeros nombres que me vienen a la cabeza son los del notario Piscopo, el abogado Di Stefano y el ingeniero Lamantia. Pero...

—Pero ¿qué?

—Piscopo no está casado, Di Stefano tiene dos hijos y ninguna hija, y sólo Lamantia tiene una hija de mi misma edad. Se llama Anna... Oiga, comisario...

—Dígame.

—¿Puedo quedarme estas cartas? Me gustaría estudiarlas. A lo mejor se me ocurre alguna idea...

—Muy bien, pero...

—No se preocupe, se las devolveré.

Tuvo la impresión, al salir de casa de Giovanna, de que la investigación estaba llegando por fin a algo concreto.

Y también de que, a saber por qué, no tenía tiempo que perder. Llevaba el móvil en el bolsillo y lo utilizó para llamar a Fazio.

—Dentro de veinte minutos en comisaría.

—¿Qué sucede, *dottore*?

—¿Has descubierto quiénes eran los

amigos íntimos de...?

—*Dottore*, no había nada que descubrir. La lista ya nos la había proporcionado Arturo delante de Tommaseo. Piscopo, Di Stefano, Fallace, Lamantia. Fue cuando enumeró a los amantes de su hermana.

—Eso, Lamantia. Tiene una hija que se llama Anna y que...

—Justo he empezado por Lamantia.

—¿Te has enterado de algo de esa Anna?

—Sí, jefe. Está muy enferma. Lleva casi un mes ingresada en una clínica de Palermo.

Montalbano se desanimó. Esa pista también se había ido a tomar por el culo.



Pero, entonces, ¿por qué le había dado Giovanna ese nombre?

Cuando llegó a Marinella, detuvo el coche al principio del sendero que llevaba a la gruta del vagabundo, bajó del vehículo y emprendió el ascenso, pero no lo vio dentro, aún no había regresado. Por consiguiente, si había salido sería señal de que se encontraba bien. El embuste que le había soltado a Livia se correspondía con la verdad. Con la conciencia tranquila, volvió al coche, hizo una pequeña maniobra y llegó a su casa. Por descontado, mientras abría la puerta sonó el teléfono.

—Salvo, soy Mimi.

—Dime.

—Acaban de llamar ahora mismo del despacho de Tommaseo. Arturo ha confesado. Ha salido todo como habías previsto tú. Sabía, porque se lo había dicho Barletta, que dicho sea de paso era bastante sádico, que el notario iba a acudir esa mañana al chalet para cambiar el testamento. O, mejor dicho, para dar forma definitiva al borrador que el propio Barletta había redactado ya.

—¿Había redactado un borrador?!

—Eso es lo que ha dicho. Y él quería impedirselo. Llegó a las siete menos cuarto, abrió con su llave sin hacer ruido, vio a su padre en la cocina,

sentado a la mesa tomándose un café, le pegó un tiro y se puso a buscar ese borrador. Pero no lo encontró. De hecho, tampoco lo hemos encontrado nosotros. Y eso es todo... Ah, me olvidaba: la pistola la enterró. Han ido a buscarla.

Apenas tocó lo que le había preparado Adelina. Se quedó sentado en el porche, fumando y pensando. Se sentía incómodo porque en su interior tenía la molesta sensación de haber pasado algo por alto en el panorama general del caso, un detalle, alguna particularidad que merecía mayor atención. Pero ¿qué era exactamente? ¿Y en qué momento de la investigación?

Sintió ganas de tomarse un dedo de whisky, pero se lo prohibió, quería tener la cabeza despejada.

De pronto, y sin motivo aparente, recordó una frase que le había dicho Augello hacía un momento por teléfono: Arturo se había enterado del cambio de testamento porque se lo había dicho su propio padre, por puro sadismo... Y muy probablemente le hubiese explicado la razón: se había enamorado de una veinteañera. Su hermana, en cambio, acababa de decirle que había tenido noticia de la historia de Barletta con la jovencita porque se la había contado el abogado Alfano ese mismo día... Y eso equivalía a decirle que hasta entonces

no se había enterado ni del cambio del testamento ni del motivo de dicho cambio.

¡Era eso precisamente lo que no cuadraba!

Dejando a un lado si estaba o no al corriente del motivo, era imposible que Giovanna no supiera nada del cambio. ¿Cómo podía ser que su padre se lo hubiera comunicado a Arturo sin mencionárselo también a ella, con quien tenía más confianza? Y, si Barletta no lo había hecho, ¿cómo podía ser que Arturo no le hubiera revelado las intenciones de su padre? Pero ¡si había sido la propia Giovanna quien le había dicho, la primera vez que se habían

visto, que Arturo estaba aterrado precisamente por esa posibilidad! Sin duda la había llamado al instante para decirle: «¿Ves como yo tenía razón?»

No, era más que evidente que Giovanna estaba al corriente de la situación. Así pues, si lo sabía, ¿podía ser que no lo hubiera hablado con su padre para tratar de que cambiara de idea?

Muy bien, ¿y qué? Ella le había sacado el tema y él se había mantenido en sus trece.

Estaba mareando la perdiz. Mejor apartar a Giovanna de sus pensamientos y volver a concentrarse en las cartas de la desconocida.

## 18

Sin embargo, en ese momento sonó el teléfono. Era Livia, que quería darle las buenas noches. Le preguntó cómo iba el caso y él le contó la confesión de Arturo.

—¡Menos mal!

—¿Por qué?

—¡Porque así ya no tendrás motivos para volver a ver a esa mujer que tenía por costumbre saludarte con demasiada efusividad!

No le respondió que, en realidad, había salido a cenar con ella y había seguido viéndola, sólo que ella ya no le daba besos. Al rato se despidieron, milagrosamente sin haber discutido.

Cuando volvió a sentarse en el porche, se acordó de la escena del bofetón que le había atizado Livia. Le entraron ganas de reír, pero se le quitaron de golpe.

¡Un momento, Montalbà! ¡Alto ahí! ¡No puedes apartar a Giovanna de tus pensamientos! Al contrario, vamos a rebobinar.

¿Por qué había insistido tanto Giovanna en ir al chalet?

Le había contado una historia de un



anillo que debía recuperar antes de que desprecintaran la casa...

Quizá lo mejor era recordar todo lo que habían hecho en el tiempo que habían pasado allí. Muy bien, después de que él retirase el precinto, ella abrió y entraron, la luz no funcionaba, Giovanna abrió una ventana, subieron por la escalera, ella se metió en el baño, abrió también allí la ventana y se dio cuenta de que el anillo no estaba en el lavabo, como les había dicho Mimì. Entonces él llamó por teléfono y Augello le explicó que se había equivocado, que el anillo estaba debajo de las camisas del primer cajón del armario. Giovanna, que lo había oído,

salió corriendo, y él se entretuvo secándose el sudor y cerrando la ventana. Luego entró en la habitación de invitados, pero no vio a Giovanna, porque se trataba del armario del dormitorio de Barletta. Cuando por fin entró, vio el armario abierto, el cajón de las camisas a medio abrir y a Giovanna con el estuche del anillo en la mano. A propósito, ¿cómo se llamaba el joyero? Ah, sí: Marco Falzone, de Montelusa.

Llegados a ese punto, se podía aventurar una hipótesis. Giovanna se entera, gracias a su hermano, de que existe un borrador del nuevo testamento. Es un documento muy peligroso que debe hacer desaparecer cuanto antes.

Sabe incluso que ni Arturo ni la policía lo han encontrado. Le da vueltas al asunto y se hace una idea del lugar en el que puede haberlo escondido el difunto en el chalet. Pero no puede entrar. Entonces, con la excusa del anillo, consigue que quiten el precinto, entra y, aprovechando el momento en el que la dejan sola, se lleva no sólo el anillo, sino también el testamento viejo, si es que existe aún, y el borrador del nuevo. Y adiós muy buenas.

Así, con Arturo entre rejas (y ella misma había contribuido a mandarlo allí con sus insinuaciones ya en el segundo encuentro), y sin el más mínimo rastro de ningún testamento, la señora

Giovanna pasa a ser heredera universal. Como plan no estaba mal. Enhorabuena. ¡Y él, el comisario Montalbano, célebre por su perspicacia y por sus imprevistas intuiciones, se lo había puesto en bandeja! ¡Una muy efusiva enhorabuena también para él! ¡No se merecía sólo un bofetón, sino cien mil!

Le entró tal arrebató de rabia que se levantó, fue a buscar el whisky y un vaso, volvió al porche y se puso a beber. Por la mañana temprano iría a ver a Giovanna y le cantarí las cuarenta.

Aunque ya se había bebido media botella, no le entraba sueño, pasaban las horas y él ni se enteraba. Se devanaba

los sesos, se insultaba, le daba la razón a Pasquano, que no dejaba de repetirle que se había hecho viejo para ese oficio. Le ofendía profundamente saber que Giovanna lo había utilizado como a un títere, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que era muy lista y de que sabría defenderse de esa acusación con una facilidad enorme. Al fin y al cabo, se trataba de una hipótesis que no podía sostener con pruebas. No tenía nada concreto. ¿Cómo podía inculparla?

Y, hablando de no tener nada concreto, tampoco había avanzado en la identificación de la auténtica asesina, la envenenadora. Quizá hiciese falta empezar de cero desde otro punto de

vista... Tenía que dejar a un lado quién era la asesina y centrarse en cómo había podido hacerse con un veneno que sólo se encontraba en los hospitales...

¿Entre las muchas amantes de Barletta había alguna que fuera hija de un médico, de un farmacéutico? ¿Alguna de ellas era enfermera?

¡Quieto ahí, Montalbà, quieto ahí! ¿No había hablado alguien de una farmacia en algún momento, o algo por el estilo?

Sí, estaba seguro, pero ¿cuándo había sido exactamente? ¿Y quién lo había dicho?

Sin darse ni cuenta, se levantó, se fue al salón, descolgó el teléfono y llamó a

Fazio. Tuvo que esperar un buen rato antes de que contestara.

—¿Qué pasa, jefe?

—¿Dormías?

—¡Si son las cinco de la madrugada!

Miró el reloj. ¡Era verdad! En fin, ya que lo había despertado, mejor no hacerle perder el sueño en vano.

—Perdona, pero... Oye, sobre el tema de Barletta, ¿alguien ha hablado de un farmacéutico o de una farmacia?

—No, señor, estoy seguro.

¿Era posible que lo hubiera soñado?

—Y de médicos, hospitales, ambulatorios...

—No, jefe. El único que tiene que ver con medicamentos es Santo Fallace, que

es propietario de una pequeña empresa farmacéutica de Montelusa...

Le pareció que el relámpago que acababa de estallar en su cerebro había iluminado la casa como si fuera de día. ¡Qué casualidad! ¡Ese nombre precisamente era el único que Giovanna no le había dado al enumerar los amigos de su padre! ¡Lo había excluido con toda la intención! ¡Porque también era uno de sus amantes! Se notó las piernas como un flan, se agarró a una silla y se sentó.

—¿Sigue ahí, jefe?

Le costó abrir la boca.

—Sí. Aquí estoy. Dentro de tres horas, a las ocho, quiero a Fallace en comisaría.



No, Montalbà, resiste con todas tus fuerzas, cierra el paso al horrible pensamiento que trata de dinamitar en tu cerebro las barreras que le pones por delante. No le dejes ni una grieta, ni una rendija, ni una mínima fisura, porque entonces te despeñarás por un precipicio infernal.

Atúrdete, apura el whisky que queda en la botella, emborráchate, o si no baja a la playa y mete la cabeza en la arena para no ver, para no oír, como los avestruces...

A pesar de todo, no consiguió evitar la caída por el precipicio.

Mientras iba corriendo a darse una

ducha, ya que de pronto había tenido la sensación de que le había caído encima un bidón de aceite industrial, oyó, muy cerca, el canto de un pájaro. Un pájaro que entonaba variaciones fantasiosas en torno al tema de *Il cielo in una stanza*. Se detuvo en seco. ¡Qué cosa tan extraña! Aquel canto lo había oído antes. ¿Era el del sueño del bosque de Yadwigha? Pero ¡si estaba despierto! No, no podía ser. Y de pronto comprendió que era Mario, el vagabundo, quien silbaba. Corrió al porche.

—Buenos días. He visto que estaba levantado y... he pasado a saludarlo. También quería anunciarle algo. Me voy

de aquí.

—¿Por qué?

—Porque, después de contarle lo que he venido a contarle, usted mismo comprenderá que...

—Pase conmigo a la cocina. Voy a hacer café.

El hombre lo siguió. Montalbano lo invitó a sentarse mientras trasteaba con la cafetera napolitana.

—Bueno, usted dirá.

—Hace años, tenía por costumbre dormir en un pajar desde el que se veía, más abajo, el chalet de Barletta. Estaba en lo alto de una loma, más allá de la calle... pero quedaba sólo a un centenar de pasos del chalet.

—Siga.

—Una mañana, en concreto el seis de julio, ésa es otra fecha de mi vida que nunca olvidaré, estaba bajando hacia la calle a eso de las diez cuando oí un grito tremendo, desgarrador, desesperado. Al cabo de un momento, salió de la casa la señora Barletta, a la que conocía perfectamente, y echó a correr hacia el mar. Y mientras corría chillaba, y mientras chillaba iba quitándose la ropa, el camisón, para tirarlo en la arena... Se metió en el agua sin dejar de gritar. Yo me quedé inmóvil, sin saber qué hacer, sin entender lo que sucedía...

Y entonces vi salir del chalet a su hija Giovanna, semidesnuda, y un instante

después de ella apareció su padre, que llevaba puesto el bañador... Se quedaron así varios segundos, quietos como dos estatuas, y luego Barletta agarró a su hija del brazo y la hizo entrar en casa. Por entonces, los gritos de la señora ya casi no se oían, era poco más que un punto lejano en el mar... Hasta ese instante no fui capaz de lanzarme ladera abajo, cruzar la calle, correr hasta la playa y tirarme al agua... Soy... Era buen nadador, pero cuando llegué... ya no la vi. Entonces me sumergí, la busqué y por fin la distinguí... Comprendí al instante que había llegado demasiado tarde, soy... Fui... cirujano. En fin, logré arrastrarla hasta la orilla y practicarle el

boca a boca, pero todo fue en vano. La dejé allí y me alejé a la carrera. Aquel mismo día me trasladé a otra parte.

—¿Por qué?

—No quería que nadie me... me reconociera, eso es. Los periódicos dijeron que había sido un accidente. No es cierto, comisario, fue un suicidio. Esos dos podrían haberlo impedido, pero no movieron un dedo.

*Aquel día terrible, ¿lo recuerdas?, tomamos una decisión fulminante.*

*Sin decirnos una palabra, sin intercambiar una mirada, reaccionamos los dos a una y dejamos que las cosas siguieran su curso...*

Salir del fondo de aquel precipicio en el que le faltaba el aire. Volver a la superficie a la desesperada, fingiendo casi no haber oído lo que acababa de contarle Mario, servir el café en la taza, preguntar:

—¿Cuántas cucharadas de azúcar?

—Una, gracias —contesta Mario.

Lo mira asombrado, porque no se explica su falta de reacción.

Y Montalbano, tranquilo, como si estuviera sentado a la mesa de un café, dice:

—Perdone la pregunta, pero ¿por qué no quería que...? Si era...

Mario lo comprende al vuelo.

—Cometí un trágico error. Maté a un

niño en el quirófano. La justicia me absolvió, pero yo sabía que era culpable. Me había distraído, pensaba en mi mujer, que me engañaba... No volví a ser capaz de... Me abandoné. ¿Lo ve? —Esbozó una triste sonrisa—. Ya ha empezado.

—¿A qué?

—A hacer preguntas. Por eso me voy.

Se levantó y tendió la mano al comisario.

—Además, como comprenderá, por mi situación personal no estoy en condiciones de testificar. Dele muchos recuerdos a la señora Livia. Cuídela mucho.

Hizo una especie de media



reverencia, se dio la vuelta y se marchó.

Y ahora que estás solo, Montalbà, a la fuerza tienes que volver a dejarte caer por el precipicio. No puedes negarte. Es tu obligación como policía. Es tu condena.

De todos modos, trata de hacerlo evitando la sensación de vértigo que da mirar al fondo, desciende con cautela, con los ojos cerrados, escalón a escalón.

*Llevo en mi interior un hijo tuyo...*

¿Cómo llamar a ese niño que era a la vez hijo y nieto del mismo hombre, hijo y hermano de la misma madre? Al

menos Barletta había reaccionado ante aquel horror, pero ella no. Ella no...

*He decidido pagarte con la misma moneda, tus aventuras me están volviendo loca de celos...*

¡Y había mantenido la promesa haciéndose amante de todos los amigos de su padre! Uno tras otro, a sangre fría, y quizá incluso se lo había dicho a su... a Barletta, para darle celos...

*Tomamos una decisión fulminante...*

Dejar que se suicidara su esposa y madre, respectivamente, que sin duda los había pillado in fraganti... Tenía que

pasar tarde o temprano, ella misma había dicho que sus encuentros eran de alto riesgo...

«Recuerdo cuando, de niña, me llevaste al circo...»

Pero ¿cuándo había empezado esa historia entre los dos? ¿Tres años después? ¿Cuando la cría tenía siete años? ¿Ocho? ¿Diez?

Montalbano debió de pisar en falso, porque la caída a un vacío sin fin, sumido en una oscuridad aterradora, fue repentina y vertiginosa.

Temblando, apoyó la frente en la madera de la mesa y se quedó así un buen rato, sin dejar de despeñarse.

—Hazlo pasar —ordenó a Fazio.

También estaba presente Augello, que nada más verlo entrar en la comisaría se quedó mirándolo y le preguntó:

—¿Tienes fiebre?

—No.

Santo Fallace era un hombre de unos sesenta años que se esforzaba por estar en forma e ir bien vestido. Parecía preocupado.

—Señor Fallace, ¿tiene usted una empresa farmacéutica?

—Sí. En Montelusa.

—¿Se ha enterado de que su amigo Barletta fue asesinado con un veneno paralizante que únicamente se utiliza en hospitales?

—Sí.

—¿Su empresa lo fabrica?

—Sí. En pequeñas cantidades.

—¿Conoce usted a la señora Giovanna Barletta?

Fallace mostró el primer signo de incomodidad.

—Era... amigo de su padre.

—Mi pregunta es otra. ¿Ha tenido relaciones personales con la señora?

—Pues... sí.

—¿Cuándo?

—Bueno, han sido... esporádicas.

—¿La última vez?

—Hace poco más de un mes.

—¿La señora ha tenido oportunidad de visitar su empresa?

—Sí, al menos tres veces.

—¿La última cuándo fue?

—Hace justo un mes.

—En esa ocasión, ¿la señora le hizo alguna petición particular?

—No... No comprendo.

—¿La señora le pidió algún medicamento sin tener la receta pertinente?

La incomodidad y la preocupación de Fallace se concretaron en unas cuantas gotas de sudor en la frente.

—Sí. Dado que su hijo Cosimo... —  
¡hasta le había puesto el mismo nombre!  
— sufre epilepsia... me rogó que le diera...

—...un frasco de ese mismo veneno

que...

—Pero ¡si yo le expliqué que utilizado de esa forma era un veneno mortal! —estalló Fallace—. Que había que diluirlo con... Y ella me aseguró que...

—Muy bien. Puede irse.

Más aún que el propio empresario, los que se sorprendieron de las palabras de Montalbano fueron Augello y Fazio.

—Gracias. Buenos días —dijo Fallace cuando ya se levantaba para salir pitando.

—¿Le dejas irse sin más?! —preguntó Augello, sin poder creérselo.

—Entonces, ¡fue Giovanna! —exclamó Fazio a su vez, aturdido.

—Sí, fue ella —confirmó Montalbano.

—En ese caso, podemos ir enseguida a... —empezó el inspector.

—Aún no —replicó el comisario, firme.

—Pero ¿tú sabes qué estará haciendo Fallace en este momento? —se sublevó Augello—. ¡Telefonar a Giovanna para avisarla! ¡No hay tiempo que perder!

—Calma, Mimì, no escapará. No tiene adónde ir. Antes he de hacer una llamada.

Fazio lo miró fijamente, pero el subcomisario, nerviosísimo, salió del despacho. Montalbano descolgó el auricular.



—Catarè, llama a la joyería Marco Falzone de Montelusa y pásame la comunicación.

—Joyería Falzone, ¿qué desea?

Puso el altavoz.

—El comisario Montalbano al aparato. Me gustaría saber quién les compró un anillo de mujer con una rosa de brillantes en el centro.

—¿Cuándo?

—No sabría decirle.

—Comisario, como comprenderá, con tan pocos datos...

—Ya veo. Podría darle el nombre de un posible cliente.

—Eso ya sería algo.

—Cosimo Barletta.

—Espere, que lo miro en el ordenador... Sí, aquí está. Lo compró ese señor, en efecto. Hace ocho meses. Pero, perdone, ¿Barletta no es el hombre al que han...?

—Gracias —contestó Montalbano, y colgó.

—Y, ahora que ha ganado todo el tiempo posible —dijo Fazio—, ¿podemos irnos?

—Vamos.

—¿Aviso al *dottor* Augello?

—Déjalo, no hace falta.

—¿Giovanna Barletta está en casa? —preguntó Montalbano a la portera.

—Esta mañana aún no ha salido.

Llamaron un buen rato, pero nadie abrió la puerta.

—Baja a ver si la portera tiene una copia de la llave.

Mientras esperaba, encendió un pitillo. Estaba seguro de que Giovanna había aprovechado bien el tiempo que le había concedido. Fazio volvió con la llave. Abrieron y entraron.

Giovanna estaba echada en la cama, muerta.

En una mano tenía un frasco vacío.

Se había suicidado con el mismo veneno.

Encima de la mesita de noche había una nota escrita con mano firme.

*Comisario Montalbano:*

*Después de la llamada de Fallace no me queda otra elección. Usted lo ha entendido todo. Lamento haber tenido que destruir las cartas. Por favor, proceda de la mejor forma posible. Hice todo lo que hice, quiero dejarlo claro, para quedarme yo sola con toda la herencia. Gracias.*

Entonces comprendió que todo aquel asunto era muy distinto. Claro que la palabra que lo definía era muy difícil de pronunciar.

—Tú esta nota no la has visto —dijo a Fazio mientras se la guardaba en el bolsillo.

—...tal vez pasa la noche tratando de convencer a su padre, pero no lo consigue. Luego se van a dormir, cada uno a su cuarto. Giovanna se levanta pronto, tiene que volver a Montelusa como máximo a las seis. Se ducha, baja a la cocina y hace café. También baja Barletta, una vez que se ha lavado superficialmente, y se sienta a la mesa. Giovanna le sirve el café envenenado, se bebe el suyo y lava la taza. Después se marcha y cierra la puerta con llave. Ha impedido que su padre cambiara el testamento, ha conseguido su objetivo. De regreso quizá toma otro camino, porque no se cruza con el coche de su hermano. A las seis y media está en

Montelusa, abre con cuidado la puerta de su casa, se cambia de ropa y va a despertar a la tata. Y, poco después, también a los niños. La llamada de Arturo para decirle que le han pegado un tiro a su padre sin duda la sorprende, porque hace saltar por los aires su plan, que consistía en que pareciera una muerte natural. Y eso es todo.

—¡Dios mío, qué familia! ¡Dos hermanos que matan a su progenitor por una sórdida cuestión de interés! — exclamó Tommaseo.

—Pues sí —contestó Montalbano.

Había sido incapaz de contarle la verdad, como Giovanna, indirectamente,

le rogaba en su nota.

*Por favor, proceda de la mejor forma posible.*

Y es que, al menos para ella, no había sido cuestión de interés. Ella los testamentos se los pasaba por el forro.

Y al chalet había ido realmente para recuperar el anillo, el último regalo del hombre al que amaba.

Había sido una cuestión de amor.

¿Era posible utilizar esa palabra? Si se lograba superar la repugnancia, la náusea, el horror, y llegar a la esencia, tal vez sí. Sí, podía emplear esa palabra, pero sólo para sus adentros, sin mencionarla a los demás.

Desesperado,                      contranatural,  
incestuoso,      terrible,      inconcebible,  
nauseabundo,                      escandaloso,  
degenerado... Todos los adjetivos que  
uno quisiera.

Y, sin embargo, un tipo de amor.

No, era inútil contarle a Tommaseo lo  
que había sucedido en realidad.

—¿¿Amor?! ¿Usted a esa... infamia  
inhumana la llama «amor»?! —habría  
refutado, indignado, el fiscal.

Pero ¿cómo iba a llamarlo de otro  
modo?



## Nota

La escritura de la novela que tienen entre manos se remonta a 2008.

Su publicación se aplazó entonces porque aún era reciente la de *La luna de papel*, del año 2004, en la que no había tenido el valor de desarrollar a fondo un tema como el incesto, que sigue siendo difícil de tratar. En este caso lo intenté.

Espero que nadie pretenda reconocerse en esta historia, fruto exclusivamente de mi fantasía.



*Un nido de víboras*

Andrea Camilleri

ISBN edición en papel: 978-84-9838-784-1

ISBN libro electrónico: 978-84-15631-75-0

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo 2017

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a

cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Un covo di vipere*

Traducción del italiano: Carlos Mayor

Ilustración de la cubierta: Peter Zelei Images / Getty Images

*Copyright © Sellerio Editore, Palermo, 2013*

*Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)